

# Contrapoder y moral. Una perspectiva desde América Latina

Roberto Mora Martínez



**CIALC**  
Centro de Investigaciones sobre  
América Latina y el Caribe



  
EDICIONES  
EON

Ediciones  
sociales



**Contrapoder y moral.  
Una perspectiva desde América Latina**



# Contrapoder y moral. Una perspectiva desde América Latina

Roberto Mora Martínez



Este libro es producto de una investigación realizada gracias al Programa UNAM-PAPIIT IN402119 *Poder y contrapoder: análisis sobre las caracterizaciones de lo humano en el ámbito de la filosofía política*.

**Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información.**

**Nombres:** Mora Martínez, Roberto, autor.

**Título:** Contrapoder y moral : una perspectiva desde América Latina / Roberto Mora Martínez.

**Descripción:** Primera edición. | Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe : Ediciones Eón, 2023.

**Identificadores:** LIBRUNAM 222284 (impreso) | LIBRUNAM 222290 (libro electrónico) | ISBN (UNAM) (impreso) | ISBN (Eón) (impreso) | ISBN (UNAM) (libro electrónico) (pdf). | ISBN (Eón) (libro electrónico) (pdf).

**Temas:** Ética política -- América Latina. | Poder (Filosofía). | Valores (Filosofía) -- América Latina. | América Latina -- Política y gobierno.

**Clasificación:** LCC JL959.5.E8.M67 2023 (impreso) | LCC JL959.5.E8 (libro electrónico) | DDC 172.098—dc23

Primera edición: 2023

© Ediciones y Gráficos Eón, S.A. de C.V.  
Av. México-Coyoacán, núm. 421  
Colonia Xoco, Alcaldía Benito Juárez  
C.P. 03330, Ciudad de México  
Tel.: 55 5604 1204  
administracion@edicioneon.com.mx  
www.edicioneon.com.mx

D.R. © 2023 Universidad Nacional Autónoma de México  
Ciudad Universitaria, Coyoacán  
C.P. 04510, México, Ciudad de México

© Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe  
Torre II de Humanidades, 8º piso, Ciudad Universitaria,  
04510, México, Ciudad de México  
Correo electrónico: cialc@unam.mx  
<http://www.cialc.unam.mx>

ISBN: 978-607-30-8275-4 UNAM (Impreso)  
ISBN: 978-607-30-8276-1 UNAM (PDF)  
<https://doi.org/10.22201/cialc.9786073082761e.2023>  
ISBN: 978-607-59947-2-7 Eón (Impreso)  
ISBN: 978-607-59947-3-4 Eón (PDF)

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

## AGRADECIMIENTOS

Al Dr. Mario Magallón Anaya, quien ha inspirado muchas de las ideas que en este trabajo se presentan y que es digno ejemplo del ser humano.

A Rosa María Hernández Monsiváis, por todo su apoyo y comprensión.

A la DGAPA-UNAM, porque con su apoyo al proyecto PAPIIT (IN402119), *Poder y contrapoder: análisis sobre las caracterizaciones del ser humano a partir de la filosofía política*, esta obra pudo ser escrita.





# Índice

<b>Agradecimientos</b>	7
<b>Prefacio</b>	11
<b>I. Lo moral-ético</b>	25
Aproximaciones al inicio de lo moral	27
El inicio de lo moral y la dificultad de su establecimiento	29
Los conflictos: sociedad/individuo, favorable/perjudicial	35
Preservación y apropiación	39
El principio de apropiación-seguridad, base de lo favorable y lo perjudicial	42
Cultura inmaterial y organización social	46
El bienestar como precedente a lo benéfico para el grupo	50
Humanizar al ser humano	54
Humanizar, acción positiva	58
<b>II. Por qué queremos ser morales</b>	61
La ética indolora	64
Barreras al comportamiento moral	68
Problemas actuales que renuevan el interés por la moral	70
Lo racional y lo razonable y su relación con la moralidad	72
Otros aspectos sobre la razonabilidad y su relación con la moral	75
Por qué queremos ser morales	79
El ser influenciable, individuo-comunidad	81

<b>III. Reflexiones en torno de la empatía.</b>	
<b>El camino hacia la convivencia</b>	85
El origen natural de la socialización	87
Sobre la empatía	89
El grado cero de la empatía	92
Dominación, el problema crucial del ser humano	95
Contra la empatía	97
Lo moral y su diferencia con la empatía	99
El ser humano, ente tripartito (primera parte)	102
Inteligencia sentiente	105
Cierre del ser humano, ente tripartito (primera parte)	108
La inteligencia emocional: cerebro emocional y cerebro pensante	109
Una aproximación al tema de la conciencia	116
<b>IV. La época de las evidentes tensiones</b>	121
Los problemas actuales a la luz de la violencia	124
La violencia, ¿consustancial al ser humano?	125
La situación de guerra	129
Otro ejemplo de violencia	131
La violencia evidenciada por la Covid-19	132
La colaboración, una alternativa humanista	134
El ser humano, ente tripartito (segunda parte)	135
<b>V. La mundialización de la ética y la propuesta intercultural</b>	143
Interculturalidad	147
Hacia una ética mundial	148
La interculturalidad y los derechos humanos	152
La ética intercultural	154
<b>Conclusiones</b>	159
<b>Fuentes</b>	169

## PREFACIO

El presente libro es la segunda parte de una investigación enfocada en el análisis del contrapoder, cuya primera exposición se presenta en el libro de Roberto Mora Martínez, *Contrapoder y dominación: la paradójica experiencia del poder en lo político* (2022). Así, se apuntó que esta propuesta latinoamericana fue iniciada por el sociólogo brasileño Florestan Fernandes, continuada por los filósofos mexicanos Joaquín Sánchez Macgrégor y Luis Villoro, así como por el argentino Arturo Andrés Roig, quien abordó el tema de las mediaciones dialécticas.

De tal forma, esta investigación permanece en el área de filosofía latinoamericana, con el objetivo de contribuir al fortalecimiento de las posturas humanistas que promueven la convivencia respetuosa e incluyente entre los distintos grupos humanos de América Latina y el mundo. Así, los latinoamericanos ya formamos parte de la trama mundial, por lo que no es posible apartarlos de temas relacionados con la especie, como la moral y la empatía, entre otros. Posteriormente, analizo la manera en que dichas tendencias se han manifestado en nuestra región, dando lugar a la ética intercultural.

Un dato importante es que el concepto central del proyecto de investigación lo constituye el tema del contrapoder o poder alternativo, como también se lo conoce, expuesto de manera amplia en el libro citado al

inicio (Mora, 2022). Éste se basa en el análisis de los movimientos sociales que se organizan en contra de las imposiciones del poder político y económico; desafortunadamente, dentro de un número considerable de las agrupaciones de poder alternativo, se registran enfrentamientos por el liderazgo, por controlar al grupo, lo que en no pocas ocasiones deriva en agresiones extremas. Por tanto, constantemente, nos hacemos la pregunta: ¿por qué en algunos movimientos reivindicatorios se observan actitudes de dominación? No olvidemos que, históricamente, algunos movimientos revolucionarios, después de lograr el triunfo, llevaron a cabo acciones más crueles y violentas que las de los gobiernos a los que combatieron.

No está de más señalar que, a pesar de que las paradójicas experiencias del contrapoder o poder alternativo no aparecen a lo largo de toda la investigación, sí constituyen la guía de inclusión de autores e ideas que posibilitaron la construcción del discurso sobre lo moral, sus orígenes, así como la relación que guarda con otras actitudes humanas, como la empatía y el altruismo. De ahí la importancia que se le concede en el título.

Entre las preguntas centrales que orientan la investigación es oportuno destacar las que surgen en torno al proceder de los seres humanos: ¿por qué, en no pocas ocasiones, aquellas personas que luchan contra una injusticia, pasando el tiempo, tienden a cometer acciones semejantes? ¿Qué factores inciden para que sus actitudes cambien y, de buscar la liberación, comienzan a anhelar ejercer control sobre la población?, cuando supuestamente ya habrían tomado conciencia del mal padecido por la sociedad a manos de sus opresores, por lo que los libertadores no deberían infligirlo.

Sin embargo, se recae en la violencia, la cual, en mi entender, ocurre debido al deseo de castigar, en primer lugar, a los dirigentes que causaron el daño y, posteriormente, a toda persona que se oponga al cambio.<sup>1</sup> Por otra parte, el nuevo poder político se esfuerza por mantenerse a la

<sup>1</sup> En este sentido, no está de más señalar el temor asociado con todo movimiento revolucionario, esto es, el de liberar las emociones contenidas por parte de los grupos afectados.

cabeza del sistema, cualquiera que éste sea; desafortunadamente, se llevan a cabo acciones que vuelven a dañar a la sociedad, por lo que entonces ya estaríamos hablando de dominio.

Así, el malestar social se origina por diversas vías de sobra conocidas: la política, la militar y la económica. Empero, lo que en esta investigación me interesa analizar es al ser humano de carne y hueso, centrándome en los factores que históricamente se han considerado importantes para su subsistencia, por lo que en este volumen reflexiono sobre lo que destaca como tendencias naturales en nuestra especie: las acciones prosociales, pero sin dejar de lado la violencia y la dominación.

Para dilucidar esta paradoja, recorro al principio de apropiación-seguridad, con el que explico una tendencia humana, manifiesta en algunos individuos: la de adueñarse del entorno natural y de los seres humanos en su derredor, controlándolos para sentirse a salvo de los múltiples riegos del mundo. Por ello, no pretendo señalar que dicho principio explica el comportamiento humano mejor que otros, por ejemplo, la razón, el lenguaje simbólico o *el homo faber*, etcétera; sino que me interesa apuntar que, al momento de considerar cuáles son las acciones a llevar a cabo en la vida, los seres humanos valoran su seguridad, la cual obtienen al apropiarse de objetos, lugares y personas.

Por tanto, lo observable en las personas, desde su congregación en pequeñas manadas, es que, al igual que otras especies, luchan por la sobrevivencia, pero la humanidad, a diferencia de las demás especies, ha salido triunfante porque, entre otros aspectos, ha desarrollado la creatividad y su capacidad de aprendizaje, estimuladas por la urgencia de proveerse refugio, protección y alimentos, para lo cual fue necesario apropiarse de lugares, plantas y animales; sin embargo, esta acción se hizo extensiva a la vida de sus congéneres, todo lo cual fue un factor para avanzar en la labor civilizatoria y cultural, aspectos que constituyen la base del principio señalado.

Como en toda investigación, se acudió a los planteamientos de diversas fuentes, entre ellas, las reflexiones del filósofo español José Ortega y Gasset, quien ocupó un importante lugar en el marco teórico, pues una de sus ideas brindó la posibilidad de profundizar en torno al mencionado principio de apropiación-seguridad. Así, una parte de la

investigación se centra en el supuesto de que toda especie busca la mejor manera de sobrevivir a las diversas adversidades y de perpetuarse a través de su descendencia. Esta idea, expresada por diversos autores para señalar que toda vida se abre camino, ha servido también para explicar el origen de la violencia sexual ejercida contra las mujeres, principalmente durante las guerras; no obstante, no concuerdo con este tipo de afirmaciones, pues, en primer lugar, considero que en el estado de naturaleza no hay violencia porque ésta implica llevar a cabo un acto premeditado, obligando a otra persona a aceptar condiciones que la dañan e, incluso, a dejar de llevar a cabo acciones que obrarían en pro de su bienestar.

La contraposición señalada en el párrafo anterior es la que dio lugar a la presente obra en la que abordo el concepto de la moral (y lo moral), desarrollando análisis que apoyan la convicción de que la autonomía y la dominación son factores que deben considerarse al valorar las actitudes humanas. En este punto considero oportuno señalar la perspectiva de Adolfo Sánchez Vázquez, quien, en la Presentación al libro *El mundo de la violencia* (Sánchez Vázquez, 1998: 9), subraya la dificultad de considerar por separado dichas actitudes, pues para este filósofo la violencia es tan vieja como la humanidad misma, por lo que persiste de una época a otra, así como en cada sociedad; por tanto, su presencia se vuelve avasallante en episodios de conmoción, como las guerras o las revoluciones. Empero, no sólo irrumpe a tambor batiente sirviendo a las relaciones de dominación y explotación, sino también en los intentos de liberación e independencia, además de la vida cotidiana. Con esta base, se pregunta si estamos condenados a ser violentos y, por ello, a no ser libres, debido a que toda violencia entraña exclusión y merma la libertad.

Más adelante, el filósofo mexicano aclara que a la noción de violencia se le asigna una carga negativa, en tanto que desarticula o dobla la voluntad del otro, impidiendo la construcción de su autonomía; por ello, somos sus reos. Claro que sin dejar de reconocer que también puede servir, como se señaló, para el acto liberador, es decir, cuando se emplea para quitar de la dirección política a un tirano.

Por lo tanto, a lo largo de este libro expongo el surgimiento, los criterios y valoraciones en torno a los actos que posteriormente se denominan como morales. Un punto que se destaca es la importancia de entender las propuestas de quienes abordan los temas de la violencia como explicación de la conducta humana, sin apresurarse a condenarlos o ignorarlos, ya que, de una u otra manera, están expresando ideas presentes en los imaginarios social e intelectual. En este orden de ideas, también retomo las posturas que se afianzan en comportamientos calificados como egoístas; incluso algunas que se manifiestan en contra de la empatía, debido a que también aportan orientaciones sobre las conductas con la intención de que se tome conciencia del actuar humano y, desde esa base, mejorar la convivencia. Así, el objetivo es mostrar los orígenes de dichas tendencias, pues, en algunos casos, aportan ideas para mejorar las relaciones sociales.

### **Reciprocidad, altruismo, empatía**

Es necesario apuntar que las ideas expuestas en torno a la moralidad y la eticidad se basan en la dicotomía autonomía-dominación, en tanto conceptos que explican, por una parte, el ideal al que aspira el ser humano y, por la otra, lo indeseable, lo que se debe superar. En este sentido, al estudiar el desarrollo humano se echa de ver el valor de la interacción social que, al manifestarse, sobre todo en la lucha por la sobrevivencia, posibilitó la permanencia de la especie. Para algunos autores como Peter Singer (2011), la reciprocidad jugó un papel de suma importancia, ya que es un rasgo de todas las comunidades que prosperan, pues en ella se adopta la estrategia *do ut des* ('doy para que des'); sin embargo, es posible que algunos individuos dejen de ayudar en cuanto sienten que los demás se aprovechan de ellos, lo que dificulta la vida de la comunidad y, en casos extremos, se pone en riesgo la permanencia del grupo.

Es oportuno señalar que la reciprocidad es un comportamiento que se puede considerar como la base de acciones posteriores que se califican de morales, debido a que no se puede reducir a un yo que ayuda y a

un tú beneficiado, quien debe corresponder auxiliando a quien lo respaldó en momentos de necesidad, pues dicha postura puede conducir a sostener la teoría de la fachada, según la cual el ser humano ayuda por conveniencia, por el interés de que posteriormente sea ayudado.

Así, apunto la importancia de los vínculos que se establecen gracias a las relaciones sociales de ayuda mutua, que se fortalecen cuando se retribuye el bien recibido por los demás integrantes sin esperar que éste sea “pagado” en lo futuro. Entonces, con ello observamos la formación de una cadena de acciones que contribuyan a mejorar la convivencia en el grupo, en tanto conducta que habrá de incentivarse por los beneficios que entraña para la interacción; por ello resalto las nociones de colaboración, altruismo y empatía, que en esta investigación son las más aludidas, principalmente en los dos últimos capítulos, en los que se hace referencia al acto de prestar ayuda sin esperar algo a cambio.

De esta forma, debido al beneficio comunitario que propicia el auxilio desinteresado, su transmisión a las nuevas generaciones contribuye a consolidar el grupo; incluso, se puede decir, con lazos más fuertes que los creados por conductas egoístas y divisionistas. Un dato insoslayable es que las actitudes adoptadas por cada grupo se desarrollan en relación con otras capacidades, como el aprendizaje y la creatividad, ámbitos que se nutren de las propias experiencias, teniendo como base la interacción con la materia inerte, la fauna y los climas específicos. Por ello, es amplio el universo de formas generadas que pueden considerarse benéficas.

En este sentido, a lo largo del libro se abordan otros asuntos relacionados, por ejemplo, el hecho de que la cooperación, aunque positiva, no es obligatoria; y, en el caso de la reciprocidad e incluso del altruismo y la empatía, éstas son acciones que, en opinión de algunos autores, son producto del egoísmo. Aquí es oportuno señalar que los debates en torno al egoísmo se reflejan en las opiniones y discusiones acerca de cómo sensibilizar a las personas, motivo por el cual se incluyen unas breves reflexiones sobre el humanismo.



## Ser humano y humanismo

En primer lugar, se debe tener en cuenta que cuando se habla de ser humano, del origen de las nociones de humanidad y humanismo, por lo general, se asocia todo ello con un ente que, a pesar de las dificultades cotidianas y los conflictos bélicos, tiende a realizar acciones solidarias, altruistas y empáticas, aun cuando también busca su propia seguridad y la satisfacción de sus necesidades, algunos de los factores por los cuales inician los problemas entre individuos, lo que no necesariamente debe considerarse como una consecuencia del egoísmo.

Empero, es oportuno señalar que la persona busca la manera de convivir mejor, esto es, de manera pacífica y respetuosa; sin olvidar que además es observadora, curiosa, por lo que investiga. Todo lo anterior forma parte de las actitudes humanas; no obstante, la manera en que se conduzca dependerá de múltiples factores, como, por ejemplo, la manera de vivir del grupo al que se pertenezca, las experiencias personales y comunitarias, en donde la cultura y la cosmovisión son de suma importancia para comprender el comportamiento de los individuos.

En este trabajo, parto de la noción de humanismo para explorar nuestras actitudes tendientes a mejorar la convivencia; por ello, es oportuno señalar que fue en Europa, entre los siglos XIV y XV, cuando, retomando el pensamiento grecolatino, iniciaron los intentos de dotar de un objetivo, de un sentido racional, a la vida de los seres humanos. Así, se reconoció que toda persona es capaz de analizar y tomar decisiones, responsablemente, junto con el otro;<sup>2</sup> aunque la experiencia de América

<sup>2</sup> Es necesario tener en cuenta que la palabra “humano” proviene del latín *humus*, “tierra” o “lodo”, más el sufijo *anus*, que implica ‘pertenencia’ o ‘procedencia’, como se observa en las palabras “mexicano”, “aldeano”, etcétera, por lo cual, con el término “humano”, se hace referencia a un ser que proviene de la tierra. Recordemos que un número considerable de culturas señalan esto mismo, ya sea porque el humano fue creado a partir de ella o de alguna planta o fruto nacido de la tierra. Adicionalmente, la noción de humano ha sido asociada a adjetivos como “bondadoso”, “generoso”, aplicándose a quienes tienden a ayudar a sus semejantes. De ahí que la concepción de humanismo, construida con el sufijo -ismo, aluda a la actividad, doctrina o siste-

Latina y otras regiones enseña que los impulsores de este pensamiento no consideraron como iguales a las personas de otras partes del mundo. Por ello se debe complementar esa concepción para formar una incluyente.

Además, es oportuno dejar en claro que formamos parte de una misma especie. Por ello, a pesar de la diversidad de actitudes de una cultura a otra, es posible observar similitudes; por ejemplo, que, en cada una, de distinta manera, se ha asumido como necesidad educar o formar a la sociedad en aras de mejorar la convivencia. Entonces, si se tiene que humanizar a las personas, esto conduce a la pregunta: ¿ello implica que *no* hay una tendencia a aceptar y a dirimir los conflictos? En mi opinión, sí se busca la mejor manera de convivir, pero esto no significa que sea con base en las propuestas de un individuo o grupo, sino porque quienes integran una comunidad así lo exigen. Por esta razón, cada sociedad debe buscar la mejor manera de llevarlo a cabo, sin coartar la libertad de expresión de quienes desean cambiar ciertas prácticas tradicionales que oprimen a un sector de la población. Así, es oportuno considerar que en el presente es valioso incluir posturas de respeto a la otredad, a la equidad entre todas las personas, sin importar el género, preferencia sexual, creencia religiosa, ideología, etcétera.

Es importante señalar que los debates en torno al ser humano obedecen al interés por descifrar el origen de las pautas que rigen su conducta; no obstante, a pesar de que durante siglos se han vertido ideas de suma importancia en torno a esta temática, es sorprendente lo poco que este ente sabe de sí mismo, sobre los impulsos que lo estimulan a llevar a cabo ciertas acciones, así como de las reflexiones, por mínimas o por profundas que sean, que fundamentan sus decisiones. En este sentido, es oportuno destacar que los análisis de las acciones violentas están presentes en mayor medida en las investigaciones de los teóricos; aunque también se han estudiado –menos– los actos bondadosos, altruistas y empáticos, pese a ser aspectos de suma importancia.

---

ma vinculado con lo humano, por lo que los integrantes de esta especie constituyen el centro de los análisis éticos, sociales y científicos de las disciplinas enfocadas a estudiar lo humano.

En este punto, es oportuno subrayar que la violencia y la dominación son temas de gran interés para el pensamiento filosófico latinoamericano, por estar presentes en los procesos históricos; por ello se ha señalado que la primera, cuando se ejerce para la liberación, es justificada; claro que lo mejor sería no emplearla, de ahí los esfuerzos por establecer diálogos con acuerdos que, si bien podrían no ser benéficos para todos, por lo menos permitan continuar con el intercambio de ideas para que, con el tiempo, se resuelvan los problemas. Esta cuestión se aborda en el último capítulo, donde se trata la ética intercultural.

### **Paulo Freire y el ser más**

Con base en la perspectiva latinoamericana, es oportuno señalar las ideas en torno a la liberación y la dominación. Por ello es dable citar al sociólogo, educador y filósofo brasileño Paulo Freire, para quien el problema de la humanización es una realidad histórica, pero que en el presente es una preocupación ineludible. En su opinión, sólo la primera responde a lo que él denomina la verdadera vocación de los seres humanos, esto es: el ser más, que inicia con el ideal de constituirse plenamente como mujeres y hombres, es decir, como personas libres, quienes, al estar conscientes de su inconclusión, de su inacabamiento, buscan realizarse en sociedad. Dicha situación se evidencia en las acciones de quienes viven en opresión, ya que en ellos se observa la tendencia a ser cualitativamente mejores.

Para Freire, el opresor le ha negado al oprimido el derecho a seguir su vocación de ser más, de transformar su modo de vida en algo mejor, tanto a nivel social como material, y la ha distorsionado; sin embargo, la verdadera vocación

[...] conduce a los oprimidos, tarde o temprano, a luchar contra quien los minimizó. Lucha que sólo tiene sentido cuando los oprimidos, en la búsqueda por la recuperación de su humanidad, que deviene de una forma de crearla, no se sienten idealistamente opresores de los opresores

ni se transforman, de hecho, en opresores de los opresores, sino en restauradores de la humanidad de ambos (Freire, 2006: 40).

Siguiendo con las reflexiones, la deshumanización no sólo se verifica en quienes fueron despojados de su humanidad, sino también en quienes los despojaron, aunque en otro sentido. Así, cumplir con la vocación de ser más llegará por medio de la liberación, a la que no se arriba por casualidad, sino, como él apunta, por la praxis de su búsqueda, con base en el conocimiento y reconocimiento de que es necesario luchar y trabajar por ella. Por esta razón, actualmente, en América Latina ciertos grupos emergentes y algunos intelectuales han apostado por la interculturalidad.

Así, el presente libro no consiste en un repaso de las diversas teorías morales o éticas que se han propuesto como tendencias universalistas, pues, como señala Sánchez Vázquez:

[N]inguna teoría –y menos aún aquella que no conciba la obligatoriedad moral en función de necesidades sociales– puede señalar lo que el hombre debe hacer en todos los tiempos y en todas las sociedades. Y cuando una teoría trata de señalarlo, nos encontramos con el formalismo o universalismo abstracto en que caen no sólo las doctrinas deontológicas (como la de Kant), sino también las teleológicas (como la del utilitarismo de la norma) (2016: 167).

Por tanto, se ofrece un análisis de ideas en torno a problemas humanos.

## **Capitulado**

El presente libro se divide en cinco capítulos. El primero aborda las ideas que sobre la moralidad propuso Adolfo Sánchez Vázquez, quien señala que aquella inicia cuando el ser humano abandona el estado de naturaleza puramente instintiva y desarrolla una naturaleza social, lo cual sucede cuando forma parte de una colectividad, *gens*, varias fami-

lias emparentadas o tribu, y comienza a producir objetos; esto es, con la cultura material.

Así, tomando como base la propuesta del filósofo mexicano, retomo las experiencias de organización social en la interacción humana para complementar dichas ideas y proponer que es en este ámbito de la actividad humana en donde inician las acciones que darán sustento a la moralidad.

En el segundo capítulo, continuó elaborando en torno a la moralidad, tomando como punto de partida una interrogante de Luis Villoro (2013): ¿para qué queremos ser racionales? Debo señalar que de la pregunta de este filósofo mexicano transitó a otra: ¿por qué queremos ser morales?, cuya respuesta se dirige a cuestionar las tendencias del neoliberalismo, según las cuales las personas que no aportan a dicho sistema son prescindibles. Debido a ello, han surgido las llamadas éticas indoloras, para las cuales lo único que importa es el bienestar individual, sin tomar en cuenta los problemas sociales. Por esta razón, incluyo análisis sobre cómo la cooperación, el altruismo y la empatía permitieron el desarrollo y la supervivencia de la especie, por lo que las respuestas a las preguntas sobre la moralidad giran en torno a la centralidad de la interacción humana.

En el tercer capítulo, se aborda la empatía, tanto desde el punto de vista de quienes la consideran una opción viable para mejorar la convivencia humana, como desde la perspectiva de autores que opinan que se estaría mejor sin ella. Tal es el caso del psicólogo estadounidense Paul Bloom (2018), quien señala que, si bien es cierto que la selección natural ha intervenido en la construcción de la moralidad, ésta no es un mecanismo estático. Por ello piensa que no sólo la empatía puede motivar buenas acciones, y considera que más que un impulso natural, la moralidad estructura el intento de guiar nuestra conducta por la razón, por lo cual se debe atender a las reflexiones.

Al abordar los puntos de vista a favor y en contra de la empatía, advertí la necesidad de considerar la armonización de razón y emociones, lo cual se lleva a cabo con base en los trabajos sobre la inteligencia emocional de Pablo Fernández-Berrocal (2021) y Daniel Goleman

(1985), respectivamente. En el caso del último, señala que, debido a los millones de años de evolución, el cerebro ha ido creciendo de abajo hacia arriba, de manera que los centros superiores se constituyen como derivaciones de los centros inferiores, que son más antiguos. Así, no es posible considerar al cuerpo como dividido entre razón y emociones; por ello, este capítulo es la base para abordar el tema del ser humano como ente unitario conformado por emociones, razón y espíritu, que no se contraponen.

En el cuarto capítulo, el tema principal es justamente el ser humano como ente unitario; empero, para ello fue necesario retomar un aspecto surgido en el capítulo precedente, esto es, la violencia, pues, para algunos autores como Michael Ghiglieri (2005), aquélla permite comprender el malestar y los problemas en las sociedades actuales; sin embargo, también señala que las personas han nacido con el instinto de colaboración, por lo que la mayoría de las relaciones sociales están teñidas de un altruismo recíproco.

El quinto y último capítulo inicia recuperando ideas de Sánchez Vázquez, quien señala que la realización moral atañe a los individuos, pero insertos en una sociedad, por lo que en mayor medida las acciones responden a necesidades e intereses comunitarios. Así, deduce que en las sociedades más atrasadas hay un enorme peso de la cultura sobre los individuos, anulando sus expresiones personales, propuesta que se modifica al señalar la relevancia de la historia, cultura y conocimientos de los pueblos emergentes.

Sin embargo, la participación plena de los diferentes grupos humanos ya había sido abordada por el suizo Hans Küng (1999), quien propuso elaborar una ética mundial que, en su opinión, se podría conformar mediante un consenso básico con respecto a valores vinculantes, criterios irrevocables y actitudes fundamentales, tomando en cuenta las necesidades y propuestas de las poblaciones.

El tema fundamental de este capítulo es la ética intercultural, una propuesta surgida en América Latina debido al llamado de las naciones indígenas actuales, emparentadas con los pueblos originarios, que reclaman el pleno reconocimiento de su humanidad por parte de los países desarrollados, sin olvidar a otras poblaciones que, como ellas, están

demandando su inclusión en el concierto mundial. Así, en la ética intercultural se reconocen la validez y relevancia de las morales existentes, de manera que, si se busca una mejor convivencia entre los grupos humanos, resulta de la mayor importancia el reencuentro dialógico con las culturas tradicionales a través de la manifestación de la diversidad.

En este punto, consideré oportuno retomar las ideas de Ana Luisa Guerrero (2011) quien, desde la perspectiva de los derechos humanos, señaló que la interculturalidad es un universalismo tenue y consistente, abierto a determinados márgenes de pluralidad, significación e interpretación. Respecto a ello, la propuesta de una ética intercultural va en el sentido de mejorar la convivencia con base en un mayor entendimiento que, sin sacrificar la igualdad, acepte las diferencias.





## I. LO MORAL-ÉTICO

Para empezar, abordaré las ideas del filósofo argentino Arturo Andrés Roig, según las cuales, en la actualidad, se vive una moral del conflicto surgida de un enfrentamiento entre una moralidad de la protesta y una eticidad del poder. Debido a ello, “la moral se nos presenta como una forma de saber reconocida y estimada, [que pasa] a otra en la que se produce una devaluación y hasta podríamos hablar de una degradación o borradura de aquel saber” (Roig, 2002a: 7).

Así, el saber práctico-moral ocupa un lugar de indudable importancia debido a que invita a no conformarse con lo existente, por lo que dicho malestar puede ser frenado o contenido por el derecho, cuyo poder coercitivo puede mejorar las condiciones.

Para aproximarse a los problemas específicos de América Latina, recurre al pensamiento de Martín Heidegger (1889-1976), empero toma distancia de su violenta ideología occidentalista grecogermánica debido a que, justamente, promueve una visión de predominancia y superioridad racial de Occidente. Por ello, no debe abandonarse la función crítica del filosofar, que consiste en cuestionar las prácticas racionales, rescatando la potencialidad ética de las que se las intentó vaciar; sin embargo, no sólo se trata de lo moral y la función que se le asigne, ya que no consiste sólo en un conjunto de acciones buenas o malas, o de costumbres observables y permisibles o no, pues lo que está en juego

es “una concepción del ser y de la vida como fuerza emergente enfrentada a estructuras de ‘civilización’ organizadas sobre valores opresivos, expresados en códigos” (Roig, 2002a: 18).

Se trata de partir de una experiencia moral de los motivos o impulsos sobre los que se intentará estructurar una conducta diferente. Para sustentar su propuesta, Roig considera que se debe revalorar el *a priori* antropológico que, en su opinión, implica que todo ser humano es valioso aun antes de cualquier cosa que se diga sobre él. De modo que, al partir de la historia de América, en la que destacan las acciones de pueblos que luchan por el reconocimiento de sus derechos, señala que se está viviendo una moral de la emergencia.

En su opinión, “la moral de la emergencia parte, pues, de un expreso rechazo de toda filosofía de la conciencia y, junto con ella, de los trascendentalismos sobre los que ha sido formulada” (Roig, 2002a: 29-30). Señala que en su libro *Teoría y crítica* (Roig, 1981) apuntó que el *a priori* es el acto de un sujeto empírico para el cual su temporalidad no se funda ni en el movimiento del concepto ni en el desplazamiento lógico de una esencia otra, por ello:

No hay, pues, cabida para una estructura trascendental idealista. Se trata de un existir fáctico, individual y colectivo a la vez y no ajeno a ciertos trascendentales que surgen de la misma experiencia en un juego al que hemos llamado de a-posterioridad-a-prioridad. La comprensión de la vida humana como empiricidad o existencia fáctica facilita la superación de la contraposición conciencia-mundo, así como abre las puertas para una presencia de la corporeidad a través del universo complejo de impulsos, superados los prejuicios kantianos que veían en ellos manifestaciones patológicas (Roig, 2002a: 31-32).

Se pregunta, entonces, ¿por qué indagar sobre los caminos de una nueva propuesta moral?, ¿en qué podrá ser de más valor que las anteriores? A lo cual contesta argumentando que todas las propuestas que en materia de moral surjan del seno de la filosofía constituyen un ejercicio de la razón, el cual se sustenta en hechos e incluso creencias que se consideran válidas. Sobre esa base, se pretende establecer ciertos principios

que arrojen luz sobre la conducta humana, dotándola de sentido y con la pretensión de reorientar una conciencia moral. No está de más señalar que esta última idea es la que da sustento al presente capítulo, pues más adelante expongo una aproximación al inicio de lo moral como preámbulo del análisis del comportamiento humano.

Una de las ideas de Roig, de suma importancia para este trabajo, es que la conciencia moral es anterior a toda doctrina o teoría debido a que la vida social posee una estructura nomotética que le es necesaria; empero, ¿cómo o de qué manera se puede sustentar dicha idea de la anterioridad de la conciencia moral? Para responder, muestro las dificultades del estudio sobre el inicio de lo moral.

### **Aproximaciones al inicio de lo moral**

Uno de los objetivos de este capítulo es abordar las circunstancias sociales en torno al origen de lo moral, con el apoyo de la teoría de apropiación-seguridad, la cual fue expuesta más ampliamente en los dos primeros capítulos del libro de mi autoría, *Contrapoder y dominación: la paradójica experiencia del poder en lo político*. En este sentido, entre ciertas características humanas como la razón, la creatividad, la solidaridad e incluso el egoísmo, la violencia, etcétera, con las que se han explicado ciertas pautas de conducta, se le abre un espacio a la búsqueda de protección, a la necesidad de sentirse o de estar a salvo tanto de la materia inerte y los climas, como de los depredadores, lo cual, en buena medida, se obtiene controlando, e incluso dominando, las plantas, los animales y las características de los entornos. Con lo anterior, se están subrayando dos tendencias humanas: la búsqueda de seguridad y de apropiación.

Un dato destacable es que se alude a los primeros estadios humanos, cuando se formaba parte de un grupo más entre las diversas especies animales; por tanto, las circunstancias geográficas, con todos sus retos, constituyeron las principales pruebas para la permanencia de los humanos, y en ese contexto se desarrollaron las conductas vinculadas con la

apropiación y la seguridad, que se manifestaron de manera simultánea, pues para estar a salvo era necesaria la apropiación.

Para significar su relevancia, considero oportuno incluir un muy sencillo ejemplo que ilustra la idea que defiendo. Piénsese que si se desea obtener carne es necesario matar al animal, lo cual se logra mejor usando una piedra y sus posteriores versiones, mejoradas, como herramienta de cacería; de tal manera que se aprendió que, para asegurar que más adelante se obtendrá carne, era necesario conservar la roca; sin ella se obtendría comida, pero no la seguridad de que, en el futuro, podría correrse con la misma suerte. No está de más señalar que en este ejemplo también se pueden observar la capacidad de aprendizaje y la creatividad.

Un dato de suma importancia es que la creación de herramientas se puede verificar en algunos animales y, más específicamente, en los homínidos de quienes el ser humano actual forma parte. Por ello, es dable considerar la opinión de Joan S. Mejía, quien señala que la diferencia radica en el hecho de que los artefactos fabricados por los homínidos, a lo largo de la historia, han transmitido cognición, esto es, archivan conocimiento. A este respecto, el último autor citado señala: “En esta medida hay dos tipos diferentes de artefactos: las herramientas con fines prácticos (para cambiar el mundo); y las herramientas con fines propiamente cognitivos (para cambiar la mente). Estas últimas han recibido el nombre de herramientas cognitivas o epistémicas” (Mejía, 2018).

En este punto, recupero una propuesta inserta en el principio de apropiación-seguridad, para mostrar que en las relaciones sociales es donde mejor se entiende que la sobrevivencia de la especie obedeció a su capacidad de colaborar, lo que condujo al desarrollo de pautas de un comportamiento prosocial que, posteriormente, han sido consideradas la base de lo que después se denominó moral, por lo que se puede considerar como una adaptación evolutiva. Retomo el pensamiento del marxista Adolfo Sánchez Vázquez (1915-2011), quien resalta la importancia de tomar en cuenta los primeros años de la evolución humana para comprender lo moral.

## El inicio de lo moral y la dificultad de su establecimiento

El presente libro, y en particular este capítulo, nacen de la inquietud de responder a la pregunta: ¿qué actos se consideran el fundamento de las acciones morales? y ¿cuáles acciones positivas o actitudes prosociales permitieron la sobrevivencia de nuestra especie?

Para ofrecer una respuesta, recurrí a la *Ética* de Sánchez Vázquez, donde el autor señala que lo ético-moral inicia cuando el ser humano abandona el estado de naturaleza puramente instintiva y desarrolla una de carácter social, lo cual ocurre cuando forma parte de una colectividad, *gens*, familias emparentadas o tribu, y comienza a producir objetos. Esto es, cuando se hace una cierta estratificación de las actividades, por lo que en este punto es conveniente recordar al también filósofo Mario Magallón Anaya, quien concluye que la identidad y la diferencia en los sujetos se constituyen sólo en sociedad.

En opinión de Sánchez Vázquez, los seres humanos requieren de un cierto grado de conciencia sobre la colectividad de la que forman parte, así como de su entorno, al cual tratan de dominar. “Dicha vinculación se expresa, ante todo, en el uso y la fabricación de instrumentos, o sea, en el trabajo humano” (Sánchez Vázquez, 2016: 39).

Es oportuno señalar que en el trabajo del filósofo mexicano están presentes las ideas de Federico Engels, por lo cual considero oportuno citarlo, ya que en su trabajo *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*, apuntó:

El trabajo es la fuente de toda riqueza, afirman los especialistas en economía política. Lo es, en efecto, a la par que la naturaleza proveedora de los materiales que él convierte en riqueza. Pero el trabajo es muchísimo más que eso. Es la condición básica y fundamental de toda la vida humana. Y lo es en tal grado que, hasta cierto punto, debemos decir que el trabajo ha creado al propio hombre (Engels, 1980: 371).

En las últimas líneas, es evidente la importancia asignada al trabajo, pues indica que antes de que la primera mano hubiese construido un

cuchillo de sílex, el tiempo transcurrido debió haber sido tan largo que el transcurso histórico conocido por los seres humanos actuales resulta insignificante. Ése fue el resultado de una mano libre; sin embargo, la mano era y es un miembro de un organismo entero y complejo, por lo que se benefició a todo el cuerpo. Así, los humanos en formación tuvieron la necesidad de comunicarse debido a que el trabajo “al multiplicar los casos de ayuda mutua y de actividad conjunta, y al mostrar así las ventajas de esta actividad conjunta para cada individuo, tenía que contribuir forzosamente a agrupar aún más a los miembros de la sociedad” (Engels, 1980: 373). Todo lo cual dio origen a la laringe.

Así, el trabajo y el lenguaje contribuyeron al desarrollo del cerebro característico de las personas. Posteriormente, se fortalecieron y evolucionaron los sentidos, al servicio del cerebro, la conciencia, la capacidad de abstracción y de discernimiento que, a su vez, impactó en el cerebro, siendo elementos que contribuyeron a la conformación del ser humano.

Con base en los planteamientos del filósofo alemán, Sánchez Vázquez apunta que cuando inicia la construcción de la cultura, se da un paso adelante respecto de la naturaleza puramente natural, específicamente en su aspecto material, pues la vinculación social con el entorno físico se logra con el diseño y la elaboración de herramientas, lo que implica la existencia de objetivos que van más allá de ayudar al cuerpo a cazar, pescar o a realizar cualquier otra actividad; de tal manera que, con base en el trabajo compartido, se toma conciencia de lo importante de vivir en colectividad y se percibe que “la necesidad de ajustar la conducta de cada miembro de la colectividad a los intereses de ésta determina que se considere como bueno o beneficioso todo aquello que contribuye a reforzar la unión o la actividad común y, por el contrario, que se vea como malo o peligroso lo contrario, o sea, lo que contribuye a debilitar o minar dicha unión: el aislamiento, la dispersión de esfuerzos, etc.” (Sánchez Vázquez, 2016: 40).

Por tanto, la necesidad de lo moral se observa a través de un proceso de transmisión-formación y esperanza de aceptación, pues en la naturaleza no existían cualidades morales personales, y lo bueno –lo digno de aprobación o el altruismo, etcétera– era intrínseco a todo miembro

de la tribu, pues el individuo vivía fundido con la comunidad y, por tanto, ésta constituía el límite de lo moral. De acuerdo con el filósofo mexicano, los seres humanos se ayudan mutuamente por naturaleza, porque es conveniente para la sobrevivencia del grupo; por lo tanto, los actos de solidaridad no se deben considerar acciones morales, porque se incentivan dada su positividad, y además se opta por ellas de manera responsable.

En este punto es conveniente aclarar la diferencia entre la actividad humana con respecto de otras. En *Filosofía de la praxis* (2003), Sánchez Vázquez señala que, a diferencia del nivel meramente natural, la actividad humana, gracias a la conciencia, obtiene un doble resultado, primero, el ideal –lo que se desea obtener–, y, en segundo lugar, el real, lo que efectivamente se obtiene.

Entonces, la asunción responsable debe entenderse como conciencia debido a que la actividad plenamente humana se caracteriza porque se lleva a cabo conforme a fines, y éstos son producto de su conciencia. Así, escribe: “toda acción verdaderamente humana exige cierta conciencia de un fin, el cual se supedita al curso de la actividad misma. [...] El fin es, a su vez, la expresión de cierta actitud del sujeto ante la realidad” (Sánchez Vázquez, 2003: 256). Por ello se afirma que la actividad humana es plenamente consciente.

Ahora bien, de regreso al tema de lo moral, ésta ya se empieza a perfilar como una actividad asumida, por lo que el filósofo mexicano la define como un “conjunto de normas y reglas de acción destinadas a regular las relaciones de los individuos en una comunidad social dada” (Sánchez Vázquez, 2003: 37). De tal modo que, si consideramos la diversidad de sociedades, dichas directrices, asimismo, varían, lo cual también acontece con el paso del tiempo. Por esta razón es dable hablar de múltiples moralidades.

Un dato importante es que en las primeras comunidades humanas es posible identificar un accionar moral colectivista, de justicia en la reparación de agravios, principalmente en el caso de alguna agresión durante la cual se derramó sangre, por lo que es asunto colectivo vengar la sangre derramada. Por ello, “el reparto igual, por un lado, y la venganza colectiva, por otro, como dos tipos de justicia primitiva, cumplen

la misma función práctica, social: fortalecer los lazos que unen a los miembros de la comunidad” (Sánchez Vázquez, 2003: 40).

Lo expresado sobre el fortalecimiento de la comunidad resulta interesante, pero es poco probable que toda una comunidad participe en la reparación de un agravio en contra de uno de sus miembros; más bien algunos contribuirán a aligerar el dolor y compartirán esta tarea con otros integrantes del grupo. Por otra parte, el supuesto de que el reparto de bienes ha sido equitativo debe reformularse y afirmar que se realizó de la manera más justa posible; aunque es oportuno apuntar que un reparto inequitativo no implica egoísmo, sino que quien más se esfuerza por abastecerse es quien tuvo mayor capacidad para ello, pues no es posible afirmar que hubieran tenido parámetros de equidad; empero, se debe aclarar que, por acción de los individuos que la integraban, la comunidad podía sobrevivir.

En este punto considero oportuno detenerme. El hecho de que los integrantes del grupo exigiesen su parte es una experiencia de suma importancia debido a que es el resultado de un proceso de trabajo con carácter social, esto es, una socialización que no debería dejarse de lado fácilmente; ello debido a su importancia en la posterior distribución y articulación de los poderes, ya que la participación de los integrantes cada vez se hizo más esporádica, dando lugar a ulteriores formas de vida en las que el control y la dominación se fueron desarrollando.

Es oportuno señalar la importancia que brinda Sánchez Vázquez al colectivismo, ya que su fortalecimiento es una necesidad vital, con lo que se produjo un avance en lo moral que no estuvo al margen de los cambios sociales. Por ello, señala que, constantemente, “se progresa en las actividades humanas fundamentales y en las formas de relación u organización que el hombre contrae en sus actividades prácticas y espirituales” (Sánchez Vázquez, 2003: 50). Así, es conveniente señalar lo esencial que resulta considerar al espíritu en la vida cotidiana, ya que la existencia no puede ser estática, por lo cual cabe preguntarse cómo se produce el cambio o, más bien, el progreso en la historia. Para responder, habremos de regresar a la *Filosofía de la praxis*, en donde se informa que la actividad del ser humano es consciente y parte de un



doble resultado: el ideal, lo que se elabora mentalmente, y el real, lo que de hecho se obtiene.

Una cuestión fundamental es que, para Sánchez Vázquez, el ser humano no acepta al mundo ni a sí mismo como es, en su estado presente, por lo cual siente la necesidad de transformarse y también a su entorno. Debido a esto, actúa conociendo y se conoce actuando, sin dejar de lado los fines y sin preocuparse porque el resultado real diste del ideal; de hecho, puede asemejarse sólo un poco o incluso nada. En todo caso, lo importante es que el progreso histórico, entre otros aspectos, se caracteriza por la superación de la intencionalidad, pues se debe considerar que, a nivel social, se persiguen diversos fines, lo que da lugar a distintas actividades.

En este sentido, sostiene que los fines se contraponen, se equilibran e incluso se subordinan unos a otros, produciéndose una variedad de resultados independientes de las intenciones. A esto último nuestro autor lo denomina *inintencionalidad*, idea de gran relevancia y a partir de la cual deriva que “el progreso histórico se caracterizará, entre otras cosas, por una superación de esta *inintencionalidad*. Los hombres que en el pasado produjeron *inintencionalmente* la esclavitud, el feudalismo y el capitalismo se proponen hoy, conscientemente, la destrucción de las relaciones capitalistas de producción y la instauración del socialismo” (Sánchez Vázquez, 2003: 256). Aquí hay que señalar que, si bien no se puede afirmar categóricamente que se aspira a un socialismo marxista, sí se requiere construir un sistema más justo y equitativo que no ignore los avances del socialismo y de la interculturalidad.

A pesar de que no se concrete lo deseado, Sánchez Vázquez reafirma que los fines son productos de la conciencia, por lo que la actividad que rigen forma parte de la conciencia de un ser social. En este sentido, subraya, el humano no

[...] conoce por conocer, sino al servicio de un fin o serie de fines que puede tener como eslabón inicial el de la conquista de la verdad; a su vez, como antes señalamos, los fines que la conciencia produce llevan en su seno una exigencia de realización, y esta realización presupone —entre otras condiciones— una actividad cognoscitiva sin la cual dichos

finés jamás podrían tocar tierra, es decir, cumplirse. Por otro lado, todo fin presupone determinado conocimiento de la realidad que él niega idealmente, y, en ese sentido –como índice de cierto nivel cognoscitivo– no podría desvincularse tampoco del conocimiento (Sánchez Vázquez, 2003: 269).

Como señaló este marxista mexicano, se constata lo dicho líneas antes acerca de que el ser humano no se acepta a sí mismo ni al mundo como es y emprende una transformación, lo cual ha marcado dos tendencias: la búsqueda de la autonomía y la dominación; desafortunadamente, esta última ha prevalecido y por ello la necesidad de escudriñar los temas de lo moral y lo ético.

Sin dejar de lado los fines, que constituyen el motor del accionar humano, Sánchez Vázquez continúa su trabajo sobre la praxis con la que explica la centralidad que adquiere el progreso en la historia, y, al regresar a su propuesta sobre la ética, queda claro por qué los roles adoptados en la organización social son posteriores al desarrollo de la moralidad; empero, hay que considerar que el establecimiento de las jerarquías basadas en las actividades individuales dio lugar a una modificación de las propuestas morales, pues se trata de un proceso dialéctico,<sup>1</sup> punto fundamental para este trabajo, ya que el escalafón comunitario permitió la diferenciación, la cual se va fortaleciendo con la creación de herramientas y el uso que se les da para satisfacer las necesidades.

Para este autor, el cambio social puede tener consecuencias tanto negativas como positivas, y señala como ejemplo al esclavismo, producto del atesoramiento desmedido, que causó sufrimientos y crímenes espantosos. Afortunadamente, su abolición enriqueció el mundo moral, llevándose a cabo un progreso. Por ello, las normas y reglas, con el paso del tiempo, se fueron mejorando para asegurar el bienestar de la

<sup>1</sup> Pero no sólo de una aceptación, negación y negación de la negación, sino de un proceso en el que hay diversas propuestas que se aceptan y niegan, las que no necesariamente deben estar escalonadas, esto es, concatenadas unas con otras en una relación cuasi mecánica.

comunidad;<sup>2</sup> en consecuencia, a pesar de los problemas cotidianos, han permitido la concordia en la consecución de cada uno de los intereses colectivos. De ahí que el filósofo opine que la solidaridad y la ayuda mutua son aspectos de suma importancia, que la cobardía es un vicio; y en ese contexto se repudian el egoísmo y el ocio. Así se llega al concepto que Sánchez Vázquez considera fundamental: la responsabilidad, pues, para que se suscite el acto moral, es necesario armonizar la libre voluntad con la capacidad de decidir en libertad, pero de manera comprometida y responsable.

Una cuestión que no debe dejarse de lado es que los últimos temas: el progreso moral y la responsabilidad, alejan a este capítulo de una de sus líneas principales: el inicio de lo moral; no obstante, las ideas de Sánchez Vázquez resultan fundamentales para contextualizar mis reflexiones.

### **Los conflictos: sociedad/individuo, favorable/perjudicial**

Con base en lo anterior, es oportuno señalar que el interés colectivo es de suma importancia en las primeras sociedades humanas, dado que los conflictos internos son asunto de toda la comunidad, pues, de no solucionarse, estará latente la probabilidad de dispersión del grupo, poniéndolo a merced de los depredadores y enemigos, e incluso de los elementos naturales, debido a la posibilidad de que no se lleven a cabo los trabajos necesarios para su protección y, por ende, para la supervivencia; sin embargo, es precisamente porque surgen conflictos que no se puede afirmar la completa subsunción del individuo al grupo, ya que siempre hay intereses personales.

La cuestión de los conflictos entre los integrantes de una comunidad merece un espacio, ya que, por lo general, desde la Ilustración hasta

<sup>2</sup> Por ejemplo, el Código de Hammurabi, aunque presenta una concepción de igualdad entre los habitantes. Además de evitar que el fuerte oprima al débil. Sin embargo, también establece una división jerárquica entre seres humanos libres, siervos (*mus-kenu*) y esclavos.

el presente, se alude a dos polos: bondad y agresividad. Claro que los debates sobre la violencia y el egoísmo han ocupado mayor espacio, y, como ejemplo, es oportuno citar la percepción de la persona como “lobo” de su propia especie (*lupus homini lupus*) (del filósofo Thomas Hobbes [1588-1679]), codicioso (John Locke [1632-1704]) o del ser egoísta (Adam Smith [1723-1790]). No está de más señalar que Smith, en el libro *Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, también apuntó que en los seres humanos había principios internos que lo motivaban a interesarse por el bienestar e incluso por la felicidad de los demás.

En éstas y en otras apreciaciones, se observa una predisposición al bienestar individual; es algo con lo que se nace y, por lo tanto, es un impulso inconsciente que lleva a realizar ciertas acciones, aun antes de que sea el momento propicio para su ejecución.

Incluso, hay que considerar la posibilidad de que un integrante modifique los intereses del grupo cuando convence a algunos de sumarse a su causa y deponer al líder; sin embargo, dicha conducta no siempre nace de una actitud egoísta o del ansia de poder, ya que, si el dirigente que se pretende sustituir se ha convertido en un déspota, la deposición es correcta. De tal modo que, para ofrecer una valoración de la conducta individualista, es pertinente recurrir a experiencias suscitadas entre los diversos grupos de primates. En este punto, se debe pasar del clásico análisis del bien y mal a los conceptos positivo o favorable/negativo o perjudicial, lo que implica modificar las apreciaciones sobre la interacción individuo-sociedad.

Es adecuado indicar que cuando se emplean las nociones de bien y mal, que, como se señala, en este trabajo se enuncian, respectivamente, como positivo (o favorable) y negativo (desfavorable y egoísta), la primera hace referencia a actitudes como el altruismo, la bondad y empatía, conductas y actitudes que van más allá del beneficio individual y no requieren ningún tipo de retribución, aunque después ésta pueda llegar. En el caso de la segunda noción, los actos malos o negativos para la comunidad son exageradamente egoístas, pues no importa el daño infligido a otros, ya que el único objetivo es la satisfacción individual o de un pequeño grupo.

En este punto es oportuno señalar que la persona requiere de un cierto grado de egoísmo, esto es, de priorizar sus necesidades, sentimientos y deseos, para un desarrollo óptimo. No obstante, el egoísmo exagerado afecta a la población en torno porque incluso los intereses mínimos tienen que ser satisfechos sin importar el daño que se pueda causar a otras personas.

De acuerdo con Baruch Spinoza, lo bueno y lo malo se definen según el sitio que el sujeto ocupe en un determinado problema. En este sentido, lo que es malo para alguien, porque lo daña, puede ser bueno para otro porque le reporta un beneficio; y no necesariamente debe ser una acción premeditada para afectar intencionalmente, sino simplemente necesitaba algo que estaba en manos de otra persona y, al no poderse dividir ese objeto, se tuvo que tomar posesión de él. Así, en la “Proposición VIII”, escribe que “el conocimiento del bien y el mal no es otra cosa que el efecto de la alegría o de la tristeza en tanto que somos conscientes de él” (Spinoza, 2005: 182).<sup>3</sup>

Para Spinoza, experimentamos alegría al considerar que algo es bueno o sentimos tristeza al valorarlo como malo, por lo que entonces lo aceptaremos o rechazaremos en función de lo que nos provoque; aunque para el filósofo judío lo mejor es esforzarse por obtener conocimiento, pues ello permite al ser humano decidir a partir de otros parámetros. Así lo apunta en la “Proposición XXVII”, en la que anota: “Por consiguiente, sólo sabemos con certeza que es bueno aquello que conduce realmente al conocimiento y, al contrario, que es malo aquello que puede impedir que conozcamos” (Spinoza, 2005: 193).

Sin embargo, no se puede establecer una postura que defina lo bueno como opuesto a lo malo, ya que mentir es considerado como pernicioso, pero sí se realiza en la situación adecuada, se puede salvar una o varias vidas. Por ese motivo, es necesario considerar las circunstancias en las que se desarrollan las decisiones y las acciones humanas, ya que, como se señala con el principio apropiación-seguridad, el ser humano valora la situación en la que vive, considerando que las situaciones y

<sup>3</sup> Algunas ideas presentes en esta sección se desarrollan en mi libro *Contrapoder y dominación* (en prensa).

objetos tienen un valor extrínseco al sujeto que valora; por ello se debe asignar la importancia debida a la valoración que se ejerce de manera personal.

En lo tocante a las tribulaciones sociales, es oportuno señalar que los apuros cotidianos obedecen a diversos factores, entre ellos, a la urgencia de proveerse de los insumos básicos para la vida cotidiana, cuya obtención, como se sabe, no es nada sencilla para la mayoría de las personas, por lo cual se ha establecido una forma de lucha que no necesariamente recurre a la violencia extrema, pero sí estimula el individualismo. En otras palabras, se trata de una competencia por la satisfacción de las necesidades básicas y, en este sentido, se deben considerar las necesidades creadas —que algunas personas creen impostergables, como tener un automóvil—, además de las ambiciones superfluas, como el proveerse de un determinado tipo de ropa o artículo decorativo de uso personal.

La competencia por la obtención de insumos se constituye como uno de los orígenes del malestar social, ya que no todas las personas pueden acceder a empleos en los que se les retribuya con un salario suficiente. A ello hay que sumar el nepotismo y el clientelismo, otras formas de violencia al negarle el acceso al trabajo a quienes por su capacidad, estudios y experiencia les correspondería. Y no olvidemos otra más: el acoso laboral, que ocurre cuando una persona que ocupa un puesto de dirección fuerza a un subalterno a realizar actos en contra de lo ético, lo moral y lo legal, por lo que, partiendo de esa base, en una investigación previa señalé que “sí es posible calificar como mala, dañina, perversa, etcétera, toda decisión, acción o situación a través de la cual una persona obtiene privilegios y favores en detrimento de otra; por ejemplo, cuando una persona ocupa un puesto de mando, por lo que puede obligar a alguien a obedecerla, ya que de no ser así, lo despiden dejándolo sin posibilidades de mantener a su familia” (Mora Martínez, s. a.: 99).

Así, el acoso laboral (o *mobbing*) se define como una presión ejercida sistemáticamente en el área de trabajo sobre un empleado, princi-

palmente por parte de un superior jerárquico, dañando su integridad;<sup>4</sup> por esta razón, desde mi punto de vista, estas acciones sí pueden ser calificadas como malas, ya que dichos actos constituyen la única satisfacción del acosador; es decir, no se trata de una situación en la que diferentes puntos de vista o necesidades estén en juego, sino que se inflige un atropello de la dignidad y los derechos de las personas.

Ahora bien, las tribulaciones individuo-sociedad y lo positivo-negativo para la sociedad se deben considerar parte de la convivencia comunitaria en la que puede existir una disparidad de opiniones, lo que no siempre lleva a la violencia; y la inconformidad en cuestión puede resolverse celebrando acuerdos de paz y equidad, o bien, simplemente puede ocurrir que quien obtuvo menos beneficios o ninguno se conforme, en espera de tomar revancha más adelante.

Nuevamente se observa lo esencial que nos resulta obtener seguridad, lo que nos remite a Adolfo Sánchez Vázquez, quien considera que la construcción de herramientas, esto es, la cultura material, propició el surgimiento de lo moral-ético; empero, al retomar el principio de apropiación-seguridad, cobra mayor relevancia la cultura inmaterial; sin embargo, el mencionado principio ya había sido puesto de relieve por Arturo Andrés Roig, sólo que él utilizó el término “preservación” para referirse a lo que aquí se denomina “seguridad”. Asimismo, argumenta en torno a la presencia del espíritu y su centralidad para el ser humano, lo que considero un fuerte asidero para anclar las ideas que expongo.

## **Preservación y apropiación**

En sus propuestas para sustentar el fortalecimiento de una moral diferente que contribuya a mejorar la convivencia social, Arturo Andrés Roig subraya la importancia de profundizar en dos ideas: la de preser-

<sup>4</sup> Cabe aclarar que esta forma de hostigamiento también puede provenir de los propios colegas (violencia horizontal entre iguales) o de un subalterno (violencia en sentido vertical ascendente).

vación, junto con la de apropiación. Para él, todos los seres humanos, en cierta etapa de su existencia, muestran un comportamiento primario común a todo ser vivo y, por ello, universal: el impulso (*hormé*) de preservarse; en otras palabras, tienden a una apropiación o a asumir la pertenencia de sí mismo (*oikéiosis autó*), en torno a la cual se tiene una cierta sensibilidad o sentimiento.

Lo escrito por el filósofo argentino es fundamental para este trabajo y por ello lo cito *in extenso*:

Vale la pena destacar esa noción de “apropiación” o de “permanencia” que es atribuida a todo animal respecto de sí mismo con el sustantivo *oikéiosis*. Se trata de las mismas relaciones naturales o de parentesco (*oikéioma*) que caracteriza la vida en nuestro hogar o casa (*oikos* u *oikía*), las que no sólo nos ponen frente a lo que sería común a todos los seres vivos, sino, además, a lo que es un cierto orden, una cierta acción ordenada respecto de la preservación de la CONSTITUCIÓN de cada uno, sino también mediante la consecución de lo necesario para aquella preservación, o el rechazo de lo que la amenaza. Podemos, pues, hablar de una conducta en cuanto que hay una teleología, aun cuando de todo esto no se tenga plenamente conciencia, sino una cierta sensibilidad y, sobre todo, de un comportamiento en un ámbito que si bien para los humanos es el de la casa (*oikía*), para estos mismos y los animales es también esa otra “casa” mucho más amplia y abarcadora, la naturaleza. Y ahí se cumple, además, “naturalmente”, ese acto de “apropiación” o “conciliación” y, a la vez, de “tenencia”, que es la *oikéiosis*, para los animales, a lo largo de su vida y para los humanos; en esa etapa en la que aun la cultura no los ha “humanizado”, o inclusive, depravado (Roig, 2002a: 81).

Por ello, conforme el ser humano se va desarrollando, sus *sensu* percepciones aumentan en cantidad y variedad, y se refinan, ya que al evolucionar sus facultades racionales éstas adquieren mayor capacidad para evaluar el material sensible que capta a través de los sentidos.

A lo largo de un proceso de modulación de los impulsos naturales, mediante la razón, se logra la *oikeiosis* (apropiación, familiaridad afiliación), alcanzándose la virtud, esto es, una vida de conformidad con



la naturaleza. En este sentido, dice Roig, se debe regresar a experiencias espirituales olvidadas por causa de una postura antropocéntrica que se ha expresado de diversos modos:

Entre ellos podemos afirmar una teología que ordenó el mundo, poniéndolo al servicio del hombre, considerado como vicario de Dios en la tierra y, más tarde, una ciencia que declaró, sin más, al hombre como “amo y señor de la naturaleza”, con lo que la figura del “amo y el esclavo” se extendió hacia un ente con el cual no había posibilidad de una autoconciencia recíproca y, en fin, de una filosofía —que en verdad no era nada nueva y en muchos momentos tan antigua como aquella teología y aún más— que trazó una línea divisoria aparentemente insalvable entre la naturaleza y el espíritu (Roig, 2002a: 79-80).

Así, en su opinión, la moral humana lleva a la autopreservación debido a que se basa en un *a priori* óntico y en un *a priori* biológico; este último lo considera como más completo que su propuesta de *a priori* antropológico, en la que él destaca que para que el *en sí* y el *para sí* del ser humano estén realmente completos, no puede menos que considerarse igualmente “dignos”, esto es, “valiosos”, a los demás.

El filósofo argentino avanza en sus reflexiones sobre el ser humano y va más allá al señalar que no se puede quebrar el espíritu de la *oikeiosis*; es decir, que no se puede negar a la naturaleza un valor (dignidad) para todo ser vivo que tiene su origen en ella. Así, no basta con tener ingenio, sino que además hay que aplicarlo bien.

En este sentido, para que el mejor y más bien intencionado pedagógico funcione, debe dirigirse a regular el ejercicio de la razón, por lo que se ha arrogado la tarea de construir una “razón bien razonada”, a la vez que se funda el sistema de relaciones humanas en el proceso de dominación de los integrantes de su especie y el señorío de la naturaleza.

Al respecto, Roig se pregunta: ¿cómo considerar a la naturaleza? Para responder, hay que apuntar que ésta debe entenderse como un sistema que produce y da continuidad a la vida, y que, salvo los casos en los que la naturaleza inerte ha provocado la desaparición de algunas especies, los ecosistemas biológicos permiten la continuidad y apari-

ción de otras especies; aunque no está de más señalar que en menor medida. Sin embargo, en lo tocante a la naturaleza, no se puede hablar ni de bien ni de mal, sino de un sistema que ha propiciado la vida y así propone considerarlo.

Por mi parte, puedo agregar a lo escrito por Roig que en la naturaleza hay ciclos que algunas veces no son benignos para algunas especies, ya que se prolongan demasiado, como las sequías o las inundaciones; empero, incluso ello ha generado que algunas de aquéllas encuentran mejores posibilidades para su desarrollo y, con el paso del tiempo, para la creación de otros ecosistemas. En este sentido, todos los factores bióticos y abióticos son valiosos, son fines intrínsecos, pues su combinación da como resultado nuevos hábitats.

Tomando en cuenta todo ello, es esencial dar lugar a los argumentos en los cuales se sustenta el principio de apropiación-seguridad.

### **El principio de apropiación-seguridad, base de lo favorable y lo perjudicial**

Para esta parte del trabajo, y con base en lo escrito por Roig, es oportuno traer aquí las experiencias expuestas por Frans de Waal quien, en su libro *Bien natural* (1997), apunta que los orígenes del bien, es decir, de lo favorable en el sentido de positivo al permitir la continuidad de la especie, son naturales; empero, antes de continuar con este análisis, es oportuno recuperar algunas de las ideas de Sánchez Vázquez, quien detecta tres posturas equivocadas sobre el origen del bien: Dios como origen y fuente de lo moral; la naturaleza como origen y fuente de lo moral, y el humano como origen y fuente de la moral.

Para el marxista mexicano, la conducta moral se deriva de la conducta natural, biológica, y escribe: “Las cualidades morales –ayuda mutua, disciplina, solidaridad, etc. – tendrían su origen en los instintos y, por ello, podrían encontrarse no sólo en lo que hay en el hombre de ser natural biológico, sino incluso de los animales” (Sánchez Vázquez, 2003: 38). Más adelante señala que el ser humano está dotado de una esencia

eterna e inmutable, inherente a todos los individuos sin importar las vicisitudes históricas o la situación social.

Considero oportuno abundar sobre esta idea, pues la esencia, como lo señala este filósofo, se puede ubicar en el gregarismo, esto es, en la tendencia a la ayuda mutua que históricamente ha permitido la permanencia de la especie humana y de otras; pero en la nuestra ha cobrado tintes dramáticos debido a la aniquilación de importantes núcleos humanos, y de ahí la necesidad de repensar estos temas.

Luego de los dos puntos señalados por Sánchez Vázquez, me permito introducir otra opinión sobre el papel de la naturaleza como punto de partida de lo que posteriormente se denomina moral. De acuerdo con investigaciones recientes, principalmente de primatología, el origen del bien está en la naturaleza. Claro que, para académicos de otras disciplinas, en ella también está el origen de la violencia; no obstante, para enfocar de una manera adecuada ambos aspectos, es oportuno retomar a Sánchez Vázquez, quien previene sobre evitar los esencialismos; por tanto, se mantiene la postura antes expuesta al emplear las nociones de “benéfico” y “perjudicial”, aplicándolas a los actos que contribuyen, en el caso de la primera, a mantener la unidad del grupo, y la segunda, a los que debilitan la cohesión, poniendo en riesgo la sobrevivencia; aunque surge la duda sobre qué aspectos o circunstancias influyen en las decisiones individuales para que la balanza se incline hacia una u otra opción.

A fin de orientar sobre los factores que se ponderan al momento de tomar una decisión, es necesario reforzar los planteamientos expuestos con los aportes del principio de apropiación-seguridad, según el cual los humanos formamos parte del proceso evolutivo en el que toda forma de vida tiene como principal objetivo preservar la existencia y propagar su especie, lo que implica velar por su sobrevivencia, tal vez no siempre de manera consciente ni involucrando a todos los integrantes. En este sentido, se debe conceder la importancia debida a la filiación, ya que en las relaciones familiares más cercanas es posible encontrar el impulso de protección, aunque no siempre es así; por ello, es posible señalar que no hay ningún plan que deba cumplirse, por lo que se des-

carta la existencia de leyes o reglas de comportamiento inscritas en la naturaleza a las cuales se deba obediencia.

Si se considera que el inicio de la especie humana se caracteriza por la conformación de pequeñas manadas que integraban la cadena alimenticia, al principio más como presas que como depredadores, debe darse peso a la metáfora de la lucha por la sobrevivencia, ya que si se mantuvieron con vida, no siempre fue peleando con otras especies, sino gracias a la seguridad que les brinda la apropiación de lugares, plantas y animales, sin olvidar la creación de armas y herramientas con las que fueron transformando la materia inerte y creando objetos.

Así, la sensación de resguardo vino con la modificación del entorno, pero también con la capacidad de aprender y de crear, aspectos del quehacer humano fundamentales para su evolución. Todo ello, en conjunto, fue parte de un proceso cultural y, por tanto, de un desarrollo diferente del de las demás especies, pues implicó la fabricación de herramientas para la cacería, la construcción y la defensa, algo que no se detuvo en sus propósitos iniciales, sino que se fue mejorando con el paso del tiempo, lo que constituyó un progreso que proporcionó mayores ventajas en la lucha por la sobrevivencia. Se obtuvo seguridad, algo fundamental, para cuya consecución el aprendizaje y la creatividad jugaron un papel esencial, por lo que el proceso fue consciente, pues, en ocasiones, las sensaciones físicas experimentadas al momento de llevar a cabo una acción determinada son resultado de una combinación de las situaciones por enfrentar y de la información que se tiene sobre ellas, o de la conciencia de aquello de lo que se carece; lo cual, por lo tanto, provoca otras reacciones. Empero, cuando se han vivido situaciones semejantes y se han fabricado herramientas y modificado lugares para enfrentar con más ventajas las amenazas, entonces se gana valor y aumenta la confianza en que se saldrá airoso del problema. En eso consiste la seguridad requerida por los seres humanos. Por otra parte, es oportuno destacar que ésta se obtuvo gracias a la apropiación, esto es, a la modificación y transformación de las condiciones naturales en unas que no existían en la materia inerte, que limitaron la capacidad de ataque de los demás animales, los cuales no estaban preparados naturalmente para enfrentar dichas innovaciones.

Entonces, gracias a la capacidad creativa, que inicia con la observación del estado natural de las cosas, principia un proceso de elaboración de algo nuevo que, a pesar de que no se pueda determinar qué tan nuevo o diferente deba ser, lo cierto es que implica la transición de un estado natural a otro transformado por el trabajo. Ahora bien, debido a ello, los humanos ampliaron su capacidad de apropiación y ganaron seguridad, ya que la sensación de tranquilidad brindó mayor impulso a la capacidad inventiva, obteniendo con ello la certeza de mantenerse con vida y asegurando la permanencia de la especie.

Ahora, es cierto que la sensación de seguridad o la necesidad de ésta no es idéntica entre todos los integrantes del grupo, pues a veces unos sienten seguridad beneficiando a la sociedad y otros la obtienen al engañarla y, con ello, al sojuzgarla, por lo que la variabilidad entre las distintas maneras de proceder se debe buscar en las enseñanzas transmitidas, en las dificultades cotidianas, en los intereses individuales, etcétera; sin embargo, ya sea que los individuos se ubiquen en una u otra tendencia, todos requieren de seguridad.

Así, cuando señalo la centralidad de la organización social, no pretendo encauzar una explicación mecanicista, según la cual algunas personas trabajan en beneficio de la sociedad, mientras que otras se mueven en otro sentido, sea porque tuvieron experiencias favorables, en el caso de los primeros; o porque fueron maltratados, en el caso de los segundos. Definitivamente ése no es mi objetivo. Lo que sostengo es que en la diversidad de experiencias humanas también deben considerarse otras variables que contribuyen a dar mayor precisión a las opiniones sobre nuestra conducta.

Por tanto, es conveniente enfatizar que toda comunidad busca la manera de organizarse para sobrevivir. Esto último conduce a una serie de reflexiones, por ejemplo, sobre que el ser humano cuando tiene sexo no siempre es con fines reproductivos; también lo hace por placer. Además, no debe olvidarse que perpetuar la especie también implica vigilar y ayudar al grupo, lo cual puede manifestarse de distintas formas, como enfrentar al enemigo, gritar o emitir ciertos sonidos para alertar a la comunidad, y, acto seguido, huir todos juntos, entre otras múltiples posibilidades.

En este sentido, desarrollar habilidades para superar los ataques o dificultades, incluyendo los cambios del entorno físico que ponen en riesgo la vida, también incide en la construcción y evolución de la cultura; no obstante, las transformaciones intencionales han provocado un distanciamiento respecto de las demás especies, pero tal vez las diferencias solamente sean de grado, aunque con mucho espacio de por medio. Estas ideas sirven de marco para introducir el tema de la organización social en donde es posible brindar mayor sustento al origen de lo moral.

### **Cultura inmaterial y organización social**

No está de más señalar que cultura es un término polisémico que, de manera sucinta, puedo resumir como el conjunto de conocimientos, ideas, costumbres, tradiciones y organización social, lo que incluye la adopción o imposición de roles, así como la distribución de labores, además de un elemento de suma importancia: la lengua. Todos estos aspectos, en conjunto, forman parte de la identidad que los pueblos se han forjado en el transcurso de su historia, esto es, en la convivencia interna, con otros pueblos y con el medio ambiente. Por ello, al considerar la diversidad de componentes de la noción de cultura, es dable tomar en cuenta los bienes espirituales, entre los que se incluyen los valores y concepciones místicas, origen de las religiones, con lo cual se hace referencia al ámbito inmaterial de la cultura. Específicamente, me refiero a lo espiritual, que ha sido objeto de debates, ataques y negaciones, aun cuando innegablemente forma parte del ser humano.

Empero, para incluir el ámbito inmaterial es necesario ahondar en las ideas en torno a la definición de cultura. Por ejemplo, el filósofo de origen ecuatoriano Bolívar Echeverría (1941-2010) expresa que para construir una definición es necesario considerar, por un lado, las formas culturales del pasado, transmitidas de generación en generación, pero que han sido devastadas, dominadas; por el otro, al mundo moderno, basado en los avances técnicos de la civilización actual, cuya vida so-

cial “lo ha obligado a aferrarse a aquellas mismas formas arcaicas, obstruyendo la dinámica propia de las mismas y negándoles la oportunidad que necesitan para transmutarse, mezclarse y re-generarse sobre esas nuevas bases técnicas y civilizatorias” (Echeverría, 2001: 46).

A lo largo de la historia, puede constatarse que la humanidad ha experimentado un doble proceso, uno operativo o material; y otro al que se puede denominar como semiótico o espiritual. Para avanzar sobre esa dicotomía, el autor elabora una síntesis de ideas en las que se echa de ver una propuesta surgida de un debate iniciado en la década de los treinta del siglo XX. Empieza identificando los aportes del mundo moderno, de lo que se configuran dos perspectivas, ambas críticas del espiritualismo, cuando éste se emplea en la definición moderna de dimensión cultural; es decir, cuestionan lo que se ha dado en llamar la función mistificadora construida en torno a la noción de espíritu.

Para Echeverría, la primera reivindica lo que hay de libertad en la vida natural, esto es, lo que hay de actividad inventora de formas cualitativamente diferentes. Ésta es “una posición que lleva su reivindicación de la libertad hasta la exageración romántica, hasta la supeditación de la consistencia del mundo al estallido instantáneo de la elección subjetiva” (Echeverría, 2001: 43). La segunda, en su opinión, también exagera en la defensa de la forma natural; empero, a diferencia de la primera, en ésta se “reivindica la impenetrabilidad o la ‘naturalidad’ de su forma, la permanencia en ella de una actividad inerte u objetiva que no sólo resiste y escapa a las nuevas formas con las que la actividad libre del sujeto pretende modificarla, sino que se impone sobre ésta e incluso la adopta como propia, como una derivación de sí misma” (Echeverría, 2001: 46).

Con respecto a la primera posición, la modernidad capitalista ha intentado, con embates cada vez más fuertes y directos, cerrar el paso a los seres humanos para que abduquen del ejercicio directo de la función política. Es decir, se ha tratado de reducir a las personas a un rol de trabajadores, de mano de obra, de una cosa que se compra y vende. En el segundo caso, el trabajo no sólo consiste en una actividad dirigida a vencer la escasez y proporcionar a la sociedad abundancia de los bienes

necesarios, sino que además es presentado como una actividad ilimitadamente creadora, capaz de satisfacer cualquier necesidad.

Una vez expuestas las dos posturas, señala que toda definición debe “tener en cuenta una realidad que rebasa la consideración de la vida social como un conjunto de funciones entre las que estaría la función específicamente cultural. Nos referimos a una dimensión de la existencia social, con todos sus aspectos y funciones, que aparece cuando se observa a la sociedad tal como es cuando se empeña en llevar a cabo su vida persiguiendo un conjunto de metas colectivas que la identifican o individualizan” (Echeverría, 2001: 49).

Con base en estas ideas, es pertinente subrayar la inmaterialidad de la cultura, esto es, el conjunto de tradiciones, rituales, prácticas comunitarias, la transmisión oral, etcétera, construido con base en percepciones sobre la vida, relacionadas con la dimensión espiritual, esto es, con la búsqueda de respuestas a las sensaciones experimentadas por los seres humanos. Sólo resta señalar que también forman parte de la cultura la creación de herramientas, la confección de ropa y de utensilios para el diario vivir, además de los tipos de vivienda, entre otros factores que se resumen en creaciones materiales.

El conjunto de elementos que conforman la cultura se transmite y enriquece de generación en generación. Cabe destacar que su origen está en la interacción entre los individuos de una especie, por lo que, como se indicó, se van generando e inventando roles específicos que constituyen la base de continuidad y supervivencia de la comunidad.

Por ello, no es posible negar la importancia del grupo, aunque de la misma manera se debe considerar la existencia de objetivos e intereses individuales, los cuales no necesariamente nacen del egoísmo ni de un desinterés en la colectividad como tampoco de la tendencia a dominar, ya sea a la propia comunidad o a alguna otra.

Entre los actos en pro de la continuidad del grupo está la lucha por la sobrevivencia en la que, en buena medida, se perfila lo que se ha denominado organización social. Con respecto a las relaciones de convivencia, es oportuno señalar que, a pesar de que entre otros integrantes del reino animal y los humanos hay grandes similitudes, en los primeros se han establecido ciertas jerarquías, como los estatus de macho alfa,



beta, etcétera, relacionados directamente con las capacidades naturales; en tanto que en los segundos el liderazgo no se basa únicamente en la fuerza física ni en la agresividad demostrada en el combate, sino que además se toma en cuenta la inteligencia para apropiarse del entorno, en combinación con el carácter, así como las estrategias de mando y la capacidad de mantener la unidad a pesar de los conflictos individuales, entre otros aspectos. Claro que también dichas actitudes se pueden encontrar en los animales, principalmente en los primates; empero, en los humanos la intervención de las diferentes aptitudes ha sido más notoria; por tanto, la estratificación social es la base de la moral, entre otras cuestiones.

Para ejemplificar esta idea, es esencial señalar que, a fin de mantener una convivencia pacífica, se requiere de la solidaridad de los integrantes del grupo; para ello, se debían llevar a cabo adecuados repartos de comida, de espacios en el refugio, además de contar con oportunidades semejantes al momento de escapar o de recibir el apoyo de los demás al enfrentar a los rivales, etcétera, lo cual requiere de la participación de la mayoría. Así, en la intervención, sino de todos, por lo menos sí de los representantes de cada familia, también era necesario que se llevaran a cabo repartos más o menos justos, por lo que los reclamos, exigencias o simplemente el esforzarse por obtener parte de lo conseguido por el grupo también constituye otro aprendizaje: exigir lo propio. Con el paso del tiempo, a esta actitud se la ha signado como la base de lo que ahora se conoce como justicia, equidad y democracia. En este sentido, se echa de ver la importancia de todos y cada uno de los integrantes, así como las tendencias a la autonomía y la dominación, cuestiones que no se deben dejar de lado.

No está de más apuntar que la intervención de los integrantes del grupo para un reparto más equitativo es fundamental, por lo que muy posiblemente hubo empujones y gritos en los inicios, lo que no implica, necesariamente, luchas por arrebatarse la comida ni agresiones. Como un ejemplo de lo que pudo suceder con los seres humanos, es oportuno aludir al caso de los primates, sobre lo que Frans de Waal cuenta que, “al rebelarse contra la falta de equidad, su comportamiento es con-

gruente tanto con la importancia de los incentivos como con un rechazo natural de la injusticia” (De Waal, 2010: 20).

De manera evidente y desafortunada, las demandas de los integrantes de una comunidad por mantener repartos y actividades equitativas se fueron volviendo más complejas con el crecimiento de las tribus, lo que originó nuevas relaciones de poder, así como diversas actividades o roles sociales, en donde la producción no sólo de herramientas, sino de otros muchos objetos, incluyendo los de ornato, fueron estableciendo una estratificación social, causa de las futuras desigualdades; empero, a pesar de que es muy difícil señalar cómo fue el desarrollo social, es posible apuntar que la convivencia en aquellos tiempos no podía ser tan desigual, pues ello pudo haber puesto en peligro la permanencia del grupo. Esto último constituye la base de lo que se ha denominado moralidad.

De regreso al tema del origen de lo moral, es oportuno señalar que la unidad permitió el aprendizaje tanto de los abusos como del bienestar general, pues, debido a que seguramente se cometieron injusticias, éstas también motivaron que se llevaran a cabo actos de resarcimiento y pacificación. Así, por las acciones de supervivencia, el aprendizaje y la creatividad humana, que tienen parte de su origen en la consecución de seguridad y en la necesidad de apropiación, fue posible la continuidad comunitaria.

Es pertinente remarcar que en este punto de la investigación estoy enfocado en la cultura inmaterial, por lo que no pretendo ofrecer una conclusión definitiva, pero sí aportar algunos datos que permitan sostener que dicha cultura es antecesora de la cultura material, identificada por Sánchez Vázquez como el origen de la moralidad, respecto a la cual, como se señaló, reconoce la importancia de la conciencia para la creación de objetivos, primero ideales y luego reales.

### **El bienestar como precedente a lo benéfico para el grupo**

Hay que enfatizar que la cultura se transmite de una generación a otra, y en ello se debe considerar el comportamiento individual que da origen

a las complejas relaciones sociales, lo cual se complica en la medida en que crece el número de integrantes de un grupo; de ahí que los conflictos personales también se susciten con más frecuencia en los núcleos amplios de población que en los pequeños. Por ello las acciones positivas para la colectividad son bien aceptadas debido a que, pese a las dificultades cotidianas, todos los integrantes de un grupo quieren vivir en paz, cuestión que no se debe dejar de lado por banal que parezca.<sup>5</sup>

En este punto, es conveniente acudir a las ideas de Frans de Waal, para quien el bien tienen su origen en la naturaleza, y para apoyarlo recuerda que entre las diversas especies de animales es posible observar la aceptación y ayuda a los discapacitados, y apunta que las acciones de salvamento de otras vidas, arriesgando la propia, se basan tanto en la simpatía como en la empatía, que son naturales.<sup>6</sup> Asimismo, considera los diferentes tipos de relaciones que se pueden establecer en una comunidad, las cuales van desde la cooperación para brindar ayuda, como para la deposición de un líder, pasando por el altruismo recíproco, postura en la que cooperar y compartir o dar y recibir son fundamentales, ya que de no hacerlo se corre el riesgo de ser condenado al ostracismo, e incluso a la muerte; de tal manera que, si bien es cierto que con los animales compartimos actitudes que se pueden calificar como positivas, también las hay negativas, como la proclividad a las peleas, las agresiones y la venganza.

Debido al registro de conflictos y violencia, De Waal señala que “los sistemas morales se crean con motivo de la tensión surgida entre los intereses colectivos e individuales, sobre todo cuando colectividades enteras compiten una con otra” (De Waal, 1997: 44).

Dicho sea de paso, aporta una interesante reflexión en torno a la violencia, al indicar que las peleas no pueden ser un mero fenómeno

<sup>5</sup> Lo contrario, acciones que dañan o ponen en peligro la unidad, por lo general, son sancionadas, aunque inevitables.

<sup>6</sup> Hay una idea interesante de Paul Bloom (2018), quien afirma que, si bien la empatía y la simpatía radican en los seres humanos, no nacemos con ellas. En otros términos, son conductas aprendidas y no naturales. En el siguiente capítulo abordaré más ampliamente esta cuestión.

cultural debido a que genes, cerebro y hormonas tienen algo que ver en esos actos. En este orden de ideas, escribe: “También disponemos de abundantes pruebas históricas del uso de la violencia como medio para provocar cambios sociales necesarios, y, ante esta violencia, las elites se dan cuenta de que corren un gran riesgo si hacen caso omiso de las dificultades económicas de los pobres y desfavorecidos” (De Waal, 1997: 238). En relación con esta cita, cabe señalar que el término “violencia” debe entenderse como lucha debido a que uno de sus aspectos más importantes es la intencionalidad de agredir no sólo física, sino psicológicamente, dañando la dignidad de la víctima.

Para explicar lo último que se expresó en el párrafo anterior, considero muy pertinente recurrir al filósofo Mario Magallón, quien, en relación con el tema de la violencia, señaló que ésta se funda en los principios de alteridad y diferencia, de control y dominio de unos sobre otros; empero, también es *pólemos*, lucha, cambio y transformación práctica, histórica y discursiva dialécticamente abierta. Por otra parte:

[...] la violencia es también una forma de rebeldía, justificada o no, contra el derecho y la ley. Por ejemplo, para el derecho civil es causa de nulidad de contrato; para el derecho penal es una circunstancia agravante de ciertas infracciones. Dicho esto, la escritura y la fe hacen violencia, la policía las sustituye, cuando la autoridad es también causa de ellas. Rousseau ha señalado en *El origen de la desigualdad entre los hombres*, “que el más fuerte tiene siempre la razón”, por ello, “sólo hay que tratar de ser el más fuerte” (Magallón, 2012: 30).

Por lo expuesto, cuando se afirma que el más fuerte impone su razón, ello no sólo implica fuerza física, sino también de carácter, de voluntad y de asociación. Esta última característica es la que determina que algunas decisiones dependan del resto del grupo humano, sobre todo del conjunto social que no está agremiado.

Para Magallón, el gran problema de la actualidad es que la violencia se ejerce en contra de la vida y la paz. Es contraria a los derechos humanos, a las libertades, a los principios mínimos reguladores de la ética, sistematizados por la libertad, la justicia, la equidad y la solidari-

dad. Obviamente, en la vida cotidiana no es posible excluir o suprimir el conflicto y la confrontación; no obstante, debe tenerse en cuenta que la violencia tampoco impide el diálogo y la conciliación sobre los problemas que afectan y lesionan la existencia, la vida y las relaciones humanas.

Por tanto, dentro del universo de lo moral, es necesario considerar la violencia como algo inevitable, pero en definitiva adquiere carácter negativo cuando se la asocia a la idea de violación; esto es, cuando el abuso o la transgresión de la dignidad y los derechos de las personas puede considerarse una herramienta que emplea el agresor, sobre todo cuando se ejerce en contra de ciertos integrantes sólo por disentir o cuestionar la manera como se produce la repartición de bienes; sin embargo, si la violencia se emplea para deponer a un líder déspota, entonces se acepta y adquiere un rasgo positivo, aunque no deja de ser violencia. Así, estos aspectos, en conjunto, integran el comportamiento social, hacia donde se dirigen mayormente los análisis sobre la moralidad.

Una reflexión de De Waal que contribuye a reforzar las ideas sobre la cultura inmaterial apunta a que los sistemas morales se crean debido a las tensiones surgidas dentro de los grupos. Recordando lo dicho por Dewey en *Evolution and Ethics* (1898), el primatólogo holandés señala que el ser humano lucha contra la naturaleza usando a la naturaleza, de tal modo que aquello que lo conduce a cometer actos buenos está en el origen de la especie. Así, puedo señalar que cuando emplea la comunicación y considera su historia, entonces se está echando mano de lo aprendido, de lo que se adquiere gracias a una capacidad biológica que lo ha diferenciado en relación con otros animales.

Sin embargo, De Waal señaló en otra investigación que actos positivos y negativos se realizan en todos los grupos; además, es necesario tener en cuenta que “la mayoría de los biólogos [...] recelan de los argumentos evolutivos que ponen al grupo por delante del individuo. Esto se debe a que la mayoría de los grupos no actúan como unidades genéticas” (De Waal, 2014: 40).

No está de más señalar que en este trabajo destaco que las acciones positivas son las que convienen a la especie, de ahí que reciprocidad, altruismo y empatía sean factores que contribuyen y amplían las rela-

ciones cooperativas, más allá de los lazos de parentesco, fortaleciendo la autonomía de las personas; por tanto, contradice lo postulado por la teoría de la fachada.<sup>7</sup> El ser humano ha desarrollado una tendencia a cuidar de otros, esto es, ha aprendido de manera colectiva; lo que varía es la manera de hacerlo.

En lo que se refiere a la asistencia recíproca, el primatólogo señala que la empatía, la aceptación y la ayuda de los discapacitados, así como la simpatía, la cooperación, el altruismo, el dar y recibir ponen en tela de juicio las opiniones que consideran a las acciones individualistas, egoístas y agresivas las más distintivas de la convivencia humana, y que para algunos teóricos constituyen la base de la dominación. Por tanto, profundizar y difundir propuestas de sensibilización sobre lo que se va construyendo en la manera de ayudar a la población mundial es una tarea que deben llevar a cabo, de forma conjunta, los estudiosos dedicados a las humanidades y las ciencias sociales, sin olvidar a las personas adscritas a las asociaciones que trabajan por el bienestar colectivo, incluyendo a aquéllas de índole religiosa. No debe excluirse a nadie, pues es una tarea en la que se requiere la colaboración de todos los seres humanos.

Y aparece la interrogante: ¿debe humanizarse a las personas, lo que significaría que la tendencia a la ayuda mutua no forma parte de nuestra naturaleza humana? Para responder, es necesario recurrir a algunas precisiones propuestas por el filósofo español Fernando Savater.

### **Humanizar al ser humano**

Savater parte de la pregunta: ¿qué supone exactamente tener humanidad? En torno a lo cual responde que entraña “la posesión de una virtud, la propensión a cierto sentimiento, el derecho a reivindicar frente a otro determinado estatuto. ¿Consiste la humanidad en la esencia

<sup>7</sup> Según esta teoría, la bondad humana no existe, por lo que la moral es como un barniz que oculta nuestra auténtica naturaleza, que es absolutamente egoísta. Vale aclarar que dicha postura ha sido rebasada.

que caracteriza a los pertenecientes a la clase o conjunto de humanos? ¿Acaso se trata de un proyecto político de una reivindicación moral? En todas estas acepciones se ha utilizado el término y sin duda en otras próximas y aquí no mencionadas” (Savater, 1992: 259).

En su opinión, la humanidad no es precisamente la condición más intrínseca a las personas debido a que se hacen humanas unas a otros, pues nadie puede *darse* la humanidad en soledad.<sup>8</sup> Así, la sociabilidad es fundamental para la construcción de los espacios públicos y, con ello, la política.

Para Savater, la humanidad sólo la alcanza quien se expone a los riesgos de la vida pública, al enfrentarse a lo no subjetivo. “De hecho, es en el lenguaje y los elementos de comprensión y expresión que allí se vehiculizan donde brota la raíz de la formación de lo humano, en cuanto apertura hacia los demás” (Savater, 1992: 261).

En lo público se habla y, al hacerlo, se humaniza la palabra intercambiada y aceptada, humanizándose así lo que pasa en el mundo y en nosotros. Para Savater, hay que distinguir entre ser persona y tener humanidad: “Lo primero es una categoría que no proviene sino de la especie biológica y de una noción funcionalista de cultura naturalizada hasta el punto de no presentarse más que como nicho ecológico, por complejo que sea, de la especie; lo segundo implica la asunción de un valor comunicacional centrado no en un hecho sino en una vocación” (Savater, 1992: 262).

Lo humanamente importante para las personas es el mutuo entendimiento entre los miembros de la especie, y, por tanto, ello debería conducir a la renuncia a utilizarlos y dominarlos.

Savater emplea la acepción más conocida del término “humanidad”; así, declara que es la actitud compasiva que se convierte en sinónimo de piedad ante el sufrimiento humano: “Muestra humanidad quien com-

<sup>8</sup> En este punto considero oportuno citar el caso de los ermitaños, esto es, personas que eligieron de manera consciente optar por la soledad, ya que, en algunos casos, al regresar a la sociedad para compartir sus reflexiones han contribuido a mejorar la convivencia; claro que lo hacen después de haber adquirido la formación e información social preponderantes en su comunidad.

padece al doliente, quien se apiada ante el sufrimiento o el esfuerzo ajenos, procurando remediarlos o al menos no agravarlos” (Savater, 1992: 263).

En este sentido, la humanidad es la disposición a comprender el dolor, a identificarse con el sufrimiento ajeno por rememoración del propio; sin embargo, reconoce que la tradición filosófica occidental ha abordado el tema con apresuramiento, por lo que dicho concepto carece de una terminología específica: “Occidente tiene frente al dolor una actitud dominante, impositiva: es algo a atajar técnicamente, a soportar con desdén por los males de la carne o a utilizar como instrumento excelente para dominar a los adversarios. Aguantar el dolor es un mérito, infligirlo suele ser una forma de heroísmo” (Savater, 1992: 264). Ello ligado a una perspectiva masculina y militar.

Así, tener humanidad es conocer la realidad del sufrimiento por observarlo en los demás, lo que conduce a rememorar experiencias propias o por asumir una especie de condena que en algún momento se padecerá. Por ello, hay una piedad trágica que no consiste en afán de protección; más bien es la expresión de una solidaridad desolada, pero vinculante.

Para sustentar sus ideas, Savater retoma el pensamiento de Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), quien en relación con la piedad —entendida como repugnancia innata a ver sufrir al semejante— en el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los seres humanos* (1755), señala que aquélla es el correctivo más natural del artificioso amor propio. Tanto para el ginebrino como, más adelante, para el polaco Arthur Schopenhauer (1788-1860), la base de la piedad es la identificación con el doliente, y de ahí que la conmiseración es más enérgica cuanto más se identifique el animal espectador con el que sufre.<sup>9</sup>

Así, es el amor propio la fuente de la virtud moral. Por esta razón, apunta Savater, “funciona aquí a fin de cuentas el colmo del amor pro-

<sup>9</sup> En relación con estos temas, vale la pena consultar, de Rousseau, *Emilio o de la educación* (1762), y de Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación* (1818) y *Los dos problemas fundamentales de la ética* (1841).



pio mal entendido, que empieza y acaba en uno mismo: si el otro fuese realmente otro, no habría piedad para él” (Savater, 1992: 267). La moral, entonces, tiene más relación con compartir el dolor que con compartir o propiciar otro sentimiento, por ejemplo, la alegría. Para él, otros pensadores como Baruch Spinoza y Federico Nietzsche se opusieron al punto de vista de índole cristiana, debido a que el dolor pone a quien sufre en manos de los otros: “El dolor lo primero que quita es el derecho a elegir, nos convierte en rehenes tanto de nuestros auxiliares como de nuestros verdugos” (Savater, 1992: 267). En contraposición, es preferible la autosuficiencia del placer, que brinda la autonomía y permite no necesitar nada de nadie. Por ello, este autor opta por compartir la alegría, ya que en ésta el diálogo humano difiere de la discusión, pues está penetrado de placer. Desafortunadamente, la envidia imposibilita estas relaciones.

Cuando la envidia ha sido dominada –lo más probable es que sea psicológicamente imposible extirparla del todo, porque brota del temor básico a perder nuestra primacía ontológica infantil–, queda espacio para el verdadero registro anímico de lo político, que no es desde luego la compasión ni tampoco la fraternidad, sino la filia, la amistad. Porque ni la moral ni la sociabilidad vienen primariamente a remediar una serie de males, sino a organizar una serie de bienes (Savater, 1992: 267).

Para este pensador, la amistad busca compañeros de excelencia y no pacientes de beneficencia; no prescinde del auxilio ni de la solidaridad. Lo importante es la vocación de encontrar alegría en los otros y por los otros.

En este sentido, saber cómo manejar la mediación que nos constituye tiene más que ver con una habilidad artística y, por tanto, –agrego– adquirida, que con un don natural. Así, la sabiduría consiste en contener, manejar e incluso transformar los impulsos agresivos en cada ocasión que se presentan. De este modo, la humanidad se consideraría más como familiaridad e incluso podría soltarse del artificio de la civilización y no ocurrirían su abolición ni su superación naturalista.

Savater, apoyándose en las ideas de Voltaire (1694-1778), apunta que éste sostiene, en el *Diccionario filosófico o la razón por el alfabeto* (1764), que tener humanidad consiste en sentir lo común en la diferencia; empero, más que buenas voluntades universales, se exigen instituciones universales en lo jurídico, lo político y lo económico. Así, para culminar su exposición, el autor señala que “este proyecto no sólo ha de tropezar con dificultades emanadas de las estructuras estatistas, nacidas para el antagonismo, sino también de la propia constitución moral y psíquica de los individuos, cuyas complacencias holísticas quizá no hallen satisfacción inmediata” (Savater, 1992: 272). Por ese motivo, se debe considerar a la totalidad a pesar de las dificultades que ello contenga, pues en el caso de América Latina, además del *otro* de origen extranjero, hay que considerar al *otro* connacional, quien contribuye de manera más cercana y directa a mejorar la convivencia humana.

### **Humanizar, acción positiva**

Para concluir este capítulo, es oportuno señalar que las percepciones de lo humano y el humanismo, como las expone Fernando Savater, son valiosas debido a que destacan los aspectos que favorecen la convivencia humana. En este sentido, debo señalar que la solidaridad y la colaboración constituyen la parte positiva de la vida en comunidad, debido a que propician los momentos de alegría, y lo que varía es la manera de hacerlo. Así, en lo referente a lo moral, también varía la forma de valorar lo que se considera benéfico o perjudicial; por tanto, lo moral-ético es una creación humana, aunque se origina en las necesarias relaciones sociales.

Entonces, humanizar implica familiarizarse con el accionar humano. En dicha interrelación, es preferible optar por los aspectos que favorecen o mejoran la convivencia pacífica. Esto último es posible a través de la difusión y la sensibilización de lo que se considera óptimo para la convivencia humana en un determinado momento histórico. En la actualidad, en América Latina se ha postulado la necesidad de aceptar la diversidad y la interculturalidad.

Finalmente, se debe señalar que la investigación continúa con una interrogante de suma relevancia: ¿por qué queremos ser morales? En otras palabras, ¿qué nos impulsa a serlo?, ya que, si bien es real la importancia de familiarizarse y esforzarse por difundir las acciones positivas, también es cierto que nada, en la vida cotidiana, obliga a ser colaborativo, altruista ni empático; por ello es necesario profundizar en por qué los seres humanos quieren y trabajan para ser personas morales.



## II. POR QUÉ QUEREMOS SER MORALES

Finalmente, no estoy argumentando que la paradoja sea nuestro destino [...] Yo veo al menos dos problemas en esto. Primero, no estoy convencido de que la raza humana tenga un “destino”, alguna suerte de *sino* escrito en alguna parte, el cual Dios, Hegel y algunos místicos han tenido el privilegio de conocer. Puede no haber propósitos inconscientes desarrollándose; la vida puede ser sólo la vida, pasando a través de recodos, tropezando ocasionalmente con algún sendero sin salida, avanzando algunas veces y otras no. Segundo, ya no estoy convencido de que la institución de un nuevo paradigma pueda salvarnos. Puede suceder, pero a semejanza de los paradigmas anteriores, también tendrá sus propios problemas, que también serán severos y que eventualmente tendremos que enfrentar. Tal vez el destino debiera ser reemplazado por la noción de que existe algo mejor y algo peor, y que así son las cosas.

(BERMAN, 2004: 37).

En el capítulo anterior vimos que es posible ubicar el origen del comportamiento moral en la cultura inmaterial; posteriormente, como señaló Sánchez Vázquez (2003), en la cultura material y, junto con ello, en la estratificación social; pero no hay que entender esta última como una forma de división en la que personas y sus actividades se consideran menos importantes, pues en los inicios de los grupos humanos todas las diligencias eran valiosas; empero, la socialización de los bienes generados no estuvo exenta de disputas por la obtención de más alimento,

pieles para cubrirse del frío e incluso de un lugar seguro para el resguardo. Todo ello propició la intervención de algunos para hacer menos injusta la repartición, por lo que en los reclamos del grupo también se encuentran actitudes valiosas que permitieron la permanencia de la especie y que, con el tiempo, dieron lugar a la procuración de justicia, de la democracia, así como de la autonomía; sin excluir que la tendencia a la dominación también es una conducta aprendida.

Ahora bien, las decisiones que mantuvieron la unidad del grupo se fueron consolidando como positivas o benéficas. Dichas acciones pro-sociales constituyen la base de lo que posteriormente se denominará moral; no obstante, la tendencia de los individuos a considerarse más importantes según la actividad realizada y, con ello, merecedores de más beneficios, cosas y mejores espacios, se ha ido fortaleciendo con el tiempo y el crecimiento de los grupos, pero también la capacidad de intervención de los integrantes de la comunidad para evitar que ello ocurra, por lo que es necesario indagar qué circunstancias pudieron haber influido en la ponderación de dichas actividades como más o menos valiosas para la comunidad.

Un aspecto que quizá se tomó en cuenta fue la manera de enfrentar peligros, por ejemplo, durante la cacería, ya que era probable que en esta labor hubiera más fallecimientos que en otras. Será en estadios muy avanzados del desarrollo poblacional cuando se determine la separación entre hombres y mujeres para fines laborales, y en este punto veremos qué factores intervinieron para que se valoraran de distinta manera las actividades de las personas según el sexo.

Hay que considerar a quienes asumieron la dirección de los grupos y, por tanto, tuvieron acceso a información y oportunidades de las que carecían las mayorías. Aquí ocurre un aprendizaje que, desde nuestra perspectiva, puede considerarse perjudicial, como el que lleva a la apropiación de mayores insumos, mejores espacios y, con ello, a más beneficios, conductas en las que se echa de ver la ausencia de relaciones cooperativas y de solidaridad.

En esa tendencia de la mayoría de los dirigentes a gozar de mayores bienes, confluyen múltiples elementos como, por ejemplo, la

gratitud de la población hacia quien ideó la estrategia y tuvo el valor necesario para salvarlos; pero también la formación de una cúpula de poder o la recurrencia a engaños, entre otros medios. Incluso, con el paso del tiempo, se gestaron y difundieron creencias sobre que ciertas personas poseían dones especiales, por lo que debían encabezar a la comunidad.

La asimilación más o menos forzada de esas ideas por parte de las mayorías ha dado lugar al abuso y la falta de respeto a los derechos humanos, lo que se ha hecho más evidente gracias a los medios de comunicación masiva; esto ha permitido explicar a la sociedad que los lujos de los que gozan unos cuantos son producto de la explotación, marginación, engaño, etcétera, en contra de las mayorías. Aun cuando dicha información puede emplearse para transformar la vida de los trabajadores, esto no se logrará sólo hablando de igualdad, pues hay grandes sectores o núcleos convencidos de que ciertos grupos humanos o razas son superiores a otros. Por ello es necesario acompañar los trabajos que en materia de desarrollo social se están llevando a cabo en las comunidades marginadas y contribuir a que se sigan realizando.

Es decir, mientras sigan vigentes las tendencias racistas y clasistas, es de extrema relevancia reivindicar la condición humana de los grupos más afectados, cuya presencia es fundamental para nuestra especie, de ahí que se consideren falsas las creencias de que algunas personas son prescindibles. Quienes así opinan defienden las diferencias en razón de niveles socioeconómicos, observables en el capitalismo, en donde el pensamiento lucrativo tiende a obviar a quienes, desde su perspectiva, no aportan al sistema monetario.

Por otra parte, tampoco se debe negar el impacto de la sobreexplotación infligida a todo el planeta, esto es, a la diversidad animal y vegetal, así como a los mares y territorios; por lo que, a la par de los trabajos para salvar al planeta, es indispensable construir una moralidad y proponer una ética incluyente que se contraponga al extendido individualismo, tema que a continuación abordaré.

## La ética indolora<sup>1</sup>

Hoy en día contamos con más información sobre los problemas de los más necesitados, así como sobre la galopante devastación del planeta. En este sentido, la difusión de noticias sobre sucesos vinculados con actitudes racialistas,<sup>2</sup> sobre la explotación de niños, mujeres, migrantes indocumentados y aun en contra de quienes cuentan con estancia legal en un territorio, incitan a oponerse a cualquier tipo de marginación y violencia.

Sin embargo, en dicha difusión mediática hay que destacar dos aspectos: primero, los sucesos se narran de manera rápida y escueta, además de que se presentan entreverados con otros relatos, sin dejar espacio a la reflexión, por lo que el espectador apenas queda notificado. En segundo lugar, permanece la sensación de que no hay nada que hacer, pues el resarcimiento de daños, la propagación de los males a otros estratos sociales y el castigo a los transgresores, aunque lento e impreciso, se están llevando a cabo por otras vías y, por tanto, sólo es posible ocuparse de los problemas personales.

Debido a este tipo de situaciones es que hoy en día se han fortalecido las éticas indoloras, como las denominó Gilles Lipovetsky (1998), para quien dicha actitud está determinada por el bienestar del yo. En ese sentido, el dolor vinculado con algún otro individuo, por lo general desconocido, no debe afectar nuestra salud mental ni física, de modo que no hay compromiso con las situaciones de racismo, pobreza y corrupción. Así, los imperativos de belleza, poder adquisitivo, reconocimiento social, entre otros, se constituyen como ideales por concretar.

<sup>1</sup> De esta parte del trabajo se presentó una primera versión titulada “La moral como punto de partida del contrapoder”, en Roberto Mora Martínez (coord.), *Vicisitudes del hombre: poder alternativo y experiencia libertaria* (México: CIALC-UNAM, 2023).

<sup>2</sup> Entiéndase el término “racialismo” como “racismo científico”, el cual se ha venido configurando y fortaleciendo desde mediados del siglo XVIII, basándose en la presunta superioridad de un grupo étnico sobre otro y creando pautas de comportamiento acordes con este pensamiento.



Vale la pena subrayar que la tendencia a preocuparse sólo de lo propio no se deriva únicamente de la forma en que se muestra y se recibe la información por parte de los medios, sino que se afina en un sistema educativo basado en lo que el pedagogo brasileño Paulo Freire (2006) denominó “educación bancaria”. Por otra parte, es oportuno señalar la sensación de desahogo que proporcionan las actuales redes sociales, a través de las cuales es posible criticar abiertamente a personajes de la política, al Estado, etcétera; empero, el problema radica en que muchos se limitan a subir información, pero cuando los delitos cometidos son muy graves, aunque la difusión de los hechos sea amplia, sólo se consigue, en el mejor de los casos, cambiar al personaje en cuestión y no al sistema del que forma parte.

La promoción de éticas individualistas indoloras ha colocado un *impasse* a la responsabilidad cooperativa, pues, como lo señala Daniel Innerarity, el ser humano no puede estar sin asumir deberes. De tal manera que la apoteosis individualista ha dado lugar a una cultura de la autodeterminación narcisista, que no es aquella donde todo está permitido, sino una variante más sutil: una moral sin obligación ni sanción, en donde el individuo parece no tener ningún deber hacia otras personas.

De acuerdo con Innerarity, nadie quiere cambiar el fondo de las situaciones sociales, aunque estén dispuestos a participar en la corrección de las superficies; por ello, “en el mundo contemporáneo conviven la desafección hacia las vastas odiseas ideológico-políticas y el deseo creciente de compromisos libres, puntuales” (Innerarity, 2004). Es decir, se trata de una cosmética que, consciente de lo inalterable que pareciera ser la realidad, ha promovido un pensamiento individual, según el cual cada uno se ocupa de su calidad de vida, de lograr la autosuficiencia y la autoprotección.

Para este autor, el escenario actual es semejante a una guerra de todos contra todos en la que nos han privado de las armas. En mi opinión, esta imagen resulta exagerada, pues si bien en las calles de cualquier población es posible observar problemas, como si la mayoría de las personas estuvieran enojadas, esto debe verse en contexto, partiendo de la precaria situación económica en la que vive buena parte de la humanidad. A diario tratamos con gente en la que no se puede confiar

o, por lo menos, así lo creemos, y esto es un aspecto que influye en la convivencia.

En este punto, considero oportuno destacar que la manera de relacionarnos con los demás está influida por el deseo de vivir con seguridad y, a través de ello, con tranquilidad. Así, la experiencia del poder, que convierte a algunos en seres ambiciosos, egoístas, etcétera, no es común a todos. Por ello, es posible concluir que las situaciones que conducen a la agresividad y a los abusos en las comunidades, así como en el exterior de éstas, dando pie a las guerras, son atribuibles a pocas personas: a quienes han hecho mal uso de su liderazgo. Dichos individuos logran poner en riesgo a un número considerable de semejantes, pero la pregunta es: ¿por qué lo consiguen? En buena medida, esto obedece a las difíciles condiciones por las que se atraviesa para dotar de una existencia digna a las familias.

Por otra parte, en algunos sectores se ha promovido una cosmovisión a partir de la cual un gran número de personas, principalmente jóvenes, aspiran a ocupar un alto sitio en la jerarquía laboral, impulsadas por la promoción de la imagen de una vida más que confortable. En este mismo tenor se coloca la expectativa de que vincularse con miembros de las altas esferas políticas o sociales permitirá acceder a una existencia privilegiada.

En este punto regreso a las ideas de Innerarity, quien señala que, por vivir en comunidad, los seres humanos han generado comportamientos con base en los cuales se regula la interacción; en otras palabras, se definen derechos y deberes. A estos últimos los considera ineludibles, debido a que constituyen tanto limitaciones de su libertad como protectores de su fragilidad. Desafortunadamente, según Lipovetsky, esta etapa posmoralista no debe preocuparnos tanto, pues la desregulación se halla contenida dentro de límites estrictos; sin embargo, considero que, al contrario, sí debemos estar alerta, pues los líderes o la clase dirigente —es decir, el pequeño grupo de privilegiados— no transgreden ciertos límites que podrían propiciar alzamientos o que provocarían el enojo excesivo de la población, y no porque sus marcos moralistas se los impidan.

Por otra parte, en la sociedad, como señala Innerarity, “el sentido de indignación moral no ha muerto”, continuará latente siempre y cuan-

do no implique abandonar el sillón desde el que se contempla alguna atrocidad. “La cultura indolora de la moral correcta y las buenas intenciones es inercial, parasitaria, vive de los intereses que le reportan unos valores en los que ya no cree y que no podría defender” (Innerarity, 2004).

Ello implica que, en situaciones políticas concretas, suelen promoverse valores como el respeto, la equidad, la justicia, etcétera, que las personas privilegiadas no necesariamente acatan, pues su interés se centra en obtener los mayores beneficios. Por ello, para Innerarity el sacrificio es el gran tema de la ética, ya que asumir cualquier responsabilidad hacia el otro, ya sea amar a alguien, repartir el trabajo escaso, tolerar ideas contrarias, proteger el medio ambiente, por ejemplo, implican adquirir compromisos que incluso pueden afectar la vida de quien decide ayudar.

Sin embargo, la tendencia a no arriesgar la comodidad personal es un imperativo instalado en la mentalidad de mucha gente; por otra parte, la moral hipócrita que ha enseñado a manifestar desprecio por alguien o incluso insultar, pero de forma disimulada,<sup>3</sup> así como a preparar golpes de manera que ocurran “accidentalmente”, es una acción premiada por la ética indolora. Cabe destacar que no hay un destinatario universal, sino que ésta es una ética de clase, exclusivista, en la que sólo se debe actuar si los intereses personales son dañados. De esta forma, quienes se ven afectadas por algún “extraño” suceso deben limitarse a buscar otro medio de subsistencia y acostumbrarse a las nuevas condiciones, sin comentar ni analizar lo sucedido con individuos que tuvieron experiencias semejantes.

Esto último lleva a la conclusión de que sólo se buscará un cambio cuando algunos sectores encumbrados se sientan agraviados, lo cual implica que la moral de ese momento se aplicará con criterios personales y de clase, y dicha ética incitará a participar sólo por interés individual, por lo que una vez resueltos los problemas de ciertas per-

<sup>3</sup> Lo que se conoce como “dar bofetada con guante blanco”.

sonas (como su situación laboral y social), entonces éstas dejarán de participar o incluso se desarticulará la movilización.

En este punto surge la pregunta: ¿se promueve la bondad porque nos conviene para evitar futuras afectaciones o existen otros motivos para impulsar una vida moral? Entonces, ¿para qué queremos ser morales?

### **Barreras al comportamiento moral**

Es oportuno traer a colación una hipótesis con la que no concuerdo, pero que resulta útil para ampliar el análisis de la problemática en torno a la moral. Se trata de la mencionada teoría de la fachada, citada por Paul Bloom, según la cual no existe la bondad humana, sino que la moral opera como un barniz que oculta una naturaleza auténticamente egoísta, pues tras la ayuda que el ser humano brinda siempre hay motivos ocultos, incluso cuando la da a extraños.

La negación de que en las personas exista una motivación compasiva y bondadosa implica que quienes ayudan con la esperanza de que en algún momento su acción sea recompensada por aquéllos a quienes se ayudó. Otra explicación sería que, en realidad, sólo se desea mejorar la reputación. Incluso las acciones colaborativas tendrían la intención de conseguir parejas y amigos; o bien, quienes poseen creencias religiosas estarían impulsados por la expectativa de, llegado el momento, ir al cielo gracias a la ayuda prestada a sus semejantes. Y cita lo dicho por el biólogo y filósofo estadounidense Michael Ghiselin: “Rasguña a un altruista y verás sangrar a un hipócrita” (Bloom, 2018: 192).

Asimismo, uno de los argumentos más recurrentes indica que en los actos altruistas o empáticos, si llega a sentirse el dolor de otra persona, es porque también se está sufriendo, y como no se desea continuar así, entonces se otorga ayuda; sin embargo, otras opiniones apuntan que preocuparse sólo por uno mismo es antibiológico. En este sentido, somos naturalmente cooperativos porque nuestros ancestros lo fueron con otros, por ello sobrevivieron y evolucionaron. Para Bloom, “la evolución nos ha determinado a ser altruistas infundiendo dentro de noso-

tros una preocupación genuina por el destino de ciertos individuos, al hacernos compasivos y solidarios” (Bloom, 2018: 196).

Otra perspectiva sobre el altruismo y la empatía la ofrece Frans de Waal, mencionado en el capítulo anterior, quien afirma que, si bien existe violencia en el mundo animal, también hay solidaridad y cooperación, como ocurre con los bonobos, en donde no se han registrado actos violentos. Este tema me remite a otra circunstancia en la que el comportamiento agresivo no es lo central.

No puede negarse la existencia de conflictos no sólo como producto de las emociones o intereses personales o grupales, sino como resultado de la racionalidad. En este sentido, la razón, además de emplearse en el análisis y construcción de principios teóricos o en la aplicación de fórmulas matemáticas, también evalúa los sucesos de la vida cotidiana, esto es, los pros y contras de las situaciones sociales en las que se vive. Por ello, en múltiples ocasiones, el raciocinio se ocupa de monitorear la propia seguridad y de ayudarnos a obtener lo necesario para vivir, lo que, de conseguirse, puede provocar malestar en quien corrió con distinta suerte, pues a pesar de que en el mundo hay de todo en abundancia, las posibilidades de logro no son las mismas para todos, por lo que una gran mayoría no puede gozar ni de los insumos requeridos para cubrir las necesidades básicas. Dicha situación, llevada a niveles extremos en nombre de supuestos intereses nacionales, implica despojar a habitantes de otros países de lo necesario, lo que, como consecuencia, dificulta la convivencia entre los humanos.

Como se había señalado, muchas personas afrontan graves dilemas en la búsqueda de seguridad y bienestar para ellas y sus familias, debido a las dificultades para encontrar un trabajo digno, entre otros factores, por la tendencia de algunos a favorecer ante todo a familiares o amigos, e incluso a seleccionar a quienes se considera “razonablemente” útiles para mantenerse en el mando.

Entonces, ¿cómo entender al ser humano que tiene intereses, vocaciones, sueños y anhelos, pero vive inmerso en una gama de relaciones y pautas sociales que en muchas ocasiones no puede satisfacer? En este sentido, no es posible dejar toda la responsabilidad a la razón; empero, antes de continuar, considero muy importante puntuar algunos aspectos

sobre los conflictos actuales, con el objetivo de enfatizar lo problemático de abordar el tema de lo moral.

### **Problemas actuales que renuevan el interés por la moral**

A lo largo de la historia, las relaciones entre los pueblos han definido algunas tendencias humanas, pero, para los fines de este libro, destacaré dos: la dominación y su opuesto, la liberación, a la que en páginas anteriores me referí como autonomía, las cuales deben analizarse a la luz de los sucesos actuales y a nivel global.

Un ejemplo de ello es el considerable número de migrantes de origen libanés, sirio, afgano, entre otras nacionalidades, muchos de los cuales solicitan refugio en Europa al huir de las guerras en sus respectivos países, causadas por el deseo de unos cuantos de controlar el territorio y la riqueza, a lo que se suman las fricciones originadas por creencias religiosas. Un dato interesante es que en un informe de la ACNUR apunta que en 2015 más de un millón de indocumentados arribaron por mar a las costas de Europa (TELESUR, 2015).

En el caso de América Latina, los problemas de racismo, discriminación y falta de empleo digno han forzado a guatemaltecos, hondureños, salvadoreños, entre otros pueblos, a buscar en Estados Unidos una oportunidad de sobrevivir. A lo anterior se añade un crimen de lesa humanidad: la desaparición forzada, que implica represión y muerte, producto de la violencia estructural y coyuntural padecida, con algunas variantes, en los países con regímenes neoliberales.

Cabe destacar el caso de México, donde un porcentaje considerable de su población migra entre entidades federativas para escapar de la violencia derivada de la guerra entre cárteles de la droga. Los ejemplos más notorios son los estados de Guerrero y Michoacán (Maldonado Aranda, 2012). Por otra parte, es oportuno señalar que “México tuvo 35 588 homicidios el año pasado [2019], la mayor cantidad desde que se empezaron a llevar registros en la década de 1990, aunque el aumento fue mucho menor que en años anteriores. Desde que el entonces presidente Felipe Calderón emprendió una ofensiva militarizada contra las

organizaciones de narcotráfico en 2006, el número anual de asesinatos se ha más que triplicado en el país” (*La Jornada Sin Fronteras*, 2020).

Una noticia que causó impacto en México y el resto de América Latina fue la del 29 de junio de 2020, cuando en San Antonio, Texas, se dio a conocer la muerte de cincuenta y un migrantes que fallecieron asfixiados en un tráiler, mientras otras personas eran llevadas a hospitales en estado crítico (*La Jornada Sin Fronteras*, 2020). Varias de ellas habían sido rociadas con condimento para bistec en un intento de ocultar el olor. Por desgracia, este suceso no es infrecuente, pues ejemplifica el malestar sentido en nuestra América, que obliga a las personas a arriesgar su vida en el intento de mejorarla; y también es una muestra de que hay quienes lucran con el dolor humano, sin importarles los padecimientos infligidos.

No es necesario revisar país por país para darnos cuenta de que los problemas locales tienen sus correlatos a nivel continental y mundial. Las complejas relaciones globales se caracterizan por la incertidumbre política, las crisis financieras que afectan a las mayorías, el deterioro ecológico, la falta de atención sanitaria, el alto nivel de consumismo, el uso creciente de inteligencia artificial, lo que se suma a la represión política, por señalar algunas calamidades.

Todo ello conduce a una interrogante: ¿cómo humanizar a las personas?; en otras palabras, ¿qué habría que explicarles en relación con la moralidad, como producto humano, frente a tantas actitudes atroces también causadas por nuestra especie? Para comenzar a ordenar las ideas, es oportuno recordar lo dicho por Fernando Savater (1992), quien destacó la importancia de contribuir a la construcción de espacios públicos para el diálogo y la participación. Entonces, el valor de la comunicación radica en que permite el entendimiento entre personas, por lo que no sólo se trata de sentir compasión por el que sufre y de ayudarlo siguiendo el propio criterio, sino que se requiere tomar en cuenta lo común en la diferencia, abriéndonos a los intereses de las personas a quienes se intenta ayudar, además de no intervenir negativamente en la alegría de los demás, sino, más bien, compartirla.

Y hay que tener cuidado con la imposición particularista, a pesar de que las ideas expresadas por algunos sistemas de pensamiento o doc-

trinas promuevan bellas e incluso sublimes argumentaciones sobre lo mejor para el ser humano, ya que histórica y desafortunadamente no pocas veces dichas palabras han sido manipuladas para sostener que un determinado sistema religioso, social, político o económico es mejor que otro. Así ocurrió en Grecia, en donde se consideraba bárbaros a todos los pueblos que no hablaban su lengua, a pesar de que entre sus pensadores se generaron excelentes argumentos en torno al ser humano y las mejores maneras de vivir en sociedad.

Algunos de los postulados filosóficos y morales emanados de Grecia continúan vigentes, claro, con modificaciones; por ejemplo, el uso y valor que se le concede a la razón, así como su vinculación con la moralidad y lo ético. Por tanto, es oportuno recordar lo dicho por Luis Villoro (2013) en torno al proceso racional, ya que es una guía para conocer las bases de la moralidad.

### **Lo racional y lo razonable y su relación con la moralidad**

Al exponer las dificultades que se enfrentan al emplear el concepto de razón mientras se intenta alcanzar un conocimiento verdadero sin caer en visiones particularistas, conviene apoyarse en el pensamiento de Luis Villoro, quien ha señalado una interesante ruta para abordar la actualidad en torno a la razón, lo racional y lo razonable, lo cual me permite introducir reflexiones sobre lo moral-ético, hacia una concepción tripartita del ser humano, como un ente dotado de razón, emociones y espíritu.

En este punto se devela una paradoja, ya que, de acuerdo con Villoro, al tratar de exponer lo mejor del pensamiento humano, esto es, “al intentar construir una sociedad racional diseñada en abstracto, se ha logrado, a menudo, regresar a la peor barbarie” (Villoro, 2013: 216). En buena medida, esto se debe a que, pese al establecimiento de principios teóricos que postulan los mejores y más deseables comportamientos humanos, se han dejado de lado los retos de la cotidianidad y la cosmovisión, en resumen, la vida real.

Villoro subraya la necesidad de repensar el papel de la razón, ya que, desde la perspectiva de ciertas corrientes, ésta ha dejado de ser válida



como vía para dar un fundamento seguro a nuestros conocimientos y acciones, por lo que es necesario considerar otros aspectos, por ejemplo, reflexionar sobre las nociones de racionalidad (racional) y razonabilidad (razonable).

Su análisis es de gran importancia para este trabajo sobre la moralidad, ya que lleva a plantear dos cuestiones: ¿para qué queremos ser racionales?, en el caso de esta investigación, ¿para qué buscamos ser morales? y ¿qué características ha de tener la razón o, en el sentido de este trabajo, qué rasgos ha de tener la moral para servir a la vida?

A la primera pregunta, el filósofo mexicano señala que se quiere ser racional “para que no sea vana nuestra acción en la Tierra, para que las creencias que determinan nuestro comportamiento sean conformes a la realidad y podamos así encontrar nuestro camino en el mundo y poder recorrerlo” (Villoro, 2013: 207). Ello se debe a que la razón cumple en nuestra especie lo que en otras es prerrogativa del instinto, esto es, ser una garantía de la adecuación de nuestras creencias a la realidad y, por lo tanto, del éxito y el valor de nuestras acciones en el mundo.

Así, escribe: “Una racionalidad razonable no se refiere a una razón única y pura, sino a las distintas maneras como su ejercicio, en cada situación variable, permite acercarnos a cumplir con los fines que perseguimos” (Villoro, 2013: 212). En este sentido, una acción es racional cuando, de manera consciente, se proponen fines realizables, así como las medidas más adecuadas para concretarlos. Por lo tanto, son razonables las convicciones morales que se atienen a un cuerpo limitado de razones capaces de dirigir nuestra conducta sin pretensión de ser irrefutables.

Con respecto a las decisiones morales, se debe señalar que cada plan supone alternativas de acción posibles y, a menudo, conflictos entre conductas igualmente racionales y hasta contrarias. Así, para seleccionar, se debe recurrir a dos criterios: los proyectos generales de vida, incluyendo las preferencias en cuestión de valores, por lo que este autor escribe que “las preferencias contrarias sobre valores pueden ser ambas racionales, pero no pueden traducirse ambas en normas universalmente válidas” (Villoro, 2013: 214), debido a lo cual están sujetas a decisiones personales no necesariamente universalizables. Por ello, como segundo

criterio, menciona la necesidad de “atender las circunstancias en que se da la conducta” (Villoro, 2013: 214).

En este sentido, es dable señalar que los juicios morales sobre las acciones de las personas se deben interpretar con base en la norma general, pero a la luz de la situación en que se aplica; de tal modo que, de no considerarse el contexto, los más elevados valores se pueden convertir en algo irrealizable o en acciones propias de místicos o santos. Así, aclara que “racionales pueden ser los principios éticos que regirían un orden normativo universalmente válido, abstracción hecha de las circunstancias cambiantes en que esos principios pueden realizarse. Razonables serían los juicios que no se justificaran solamente en la norma universal, sino juzgaran de su realización posible en un caso concreto. Para ello los juicios morales deben interpretar la norma general a la luz del caso en que se aplica” (Villoro, 2013: 215).

En este orden de ideas, es oportuno preguntarse cuáles serían las posturas correctas para decidir y actuar lo mejor posible. En otras palabras, cuáles son las características que debe cumplir el acto moral. Para responderlo, cabe recordar que anteriormente en este trabajo afirmé que las acciones asociadas con la cooperación, el altruismo y la empatía, así como la construcción de espacios públicos de comunicación, considerando lo común en la diferencia, han permitido a la especie su sobrevivencia, debido a que fortalecieron los lazos comunitarios al generar seguridad entre la población. En este sentido, actuar en favor de consolidar la unión de las personas con las cuales se habita podría ser una primera respuesta, a lo que se añade lo que Villoro presenta como argumentaciones en torno a lo moral-ético. Por tanto, se debe fortalecer la autonomía, tanto individual como de la comunidad; sin embargo, obrar de acuerdo con el propio criterio debe asumirse como una responsabilidad, ya que la aplicación de esos parámetros debe orientarse, como señala Arturo Andrés Roig (2002b), al bien, usarse correctamente, reconociendo que todo ser humano es valioso, aun antes de lo que sobre él se diga.

Así, lo razonable, tanto en lo individual como en lo colectivo, es aquella conducta que no pretende imponer una determinada razón ante una situación irracional, “sino adecuarla a la situación, justamente para

cambiarla” (Villoro, 2013: 217). De este modo, lo moral se podría calificar como la conducta que mejora los problemas, tal vez sin proporcionar una solución definitiva, pero ello es diferente de posponerlos o de imponer alguna postura.

En este sentido, Villoro apunta que no es el rechazo de la razón, sino su reforma; no obstante, sostengo que se debe incluir a las emociones, que no necesariamente son algo negativo o contrario a realizar acciones racionales y morales colaborativas o altruistas; sin embargo, debe tenerse en cuenta la relevancia de controlar las emociones,<sup>4</sup> dada su importancia para llevar a cabo las acciones morales. En otras palabras, las normas, preceptos o propuestas morales tendrán una cierta interpretación y ejecución con base en la emoción experimentada. Es decir, siempre habrá conflictos, pero, con el conocimiento y manejo de las emociones, en concordancia con una razón bien guiada, es más factible que los problemas se resuelvan al margen de las luchas armadas, los asesinatos, las violaciones o de cualquier medida coercitiva que obligue a las personas a adoptar una determinada creencia religiosa, espiritual, política, económica, etcétera.

Por tanto, es correcta la propuesta de Villoro de aceptar lo razonable, aunque se oponga a la propia voluntad —egoísta—, empleándose conforme a los fines propuestos en ese contexto; y es preferible que para alcanzar el objetivo se acuda al respeto, la solidaridad, la democracia, etcétera, ya que, al formar parte del mundo empírico, aunque sus raíces se encuentren en el mundo natural, se debe llegar a él dialógicamente, de manera intersubjetiva.

### **Otros aspectos sobre la razonabilidad y su relación con la moral**

En este punto inicio la exposición del trabajo del filósofo mexicano Luis Humberto Muñoz Oliveira, quien señala dos aspectos fundamentales relacionados con la razonabilidad. Así describe el

<sup>4</sup> Tema que se aborda en el siguiente capítulo.

[...] uso de la razón de forma racional y de forma razonable. Racional es cualquier creencia o conducta que esté sustentada en razones, pero que no se preocupa por qué tan adecuada es para la situación en la cual se ejercerá. Las creencias racionales tienen, además, pretensiones de verdad. El pensamiento razonable, en cambio, no sólo acepta su alcance modesto, sino que además es tolerante con otras formas de argumentación (Muñoz, 2015: 74).

El concepto de razonabilidad, objetivo central del trabajo del filósofo mexicano, lo aborda desde el ámbito de la filosofía moral; por ello señala que es posible encontrar por lo menos tres significados: *a)* una manera de usar la razón, *b)* una forma de ser de las personas (v. gr., una virtud) y *c)* un criterio moral. Y, en su opinión, las tres están íntimamente ligadas.

Empero, hay muchas formas de razonamiento y cada una de ellas con su propio objetivo. Así pues, las decisiones morales se enfrentan a diversas alternativas de acción que no sólo son conflictivas entre ellas, ya que además todas son racionales debido a que están justificadas con razones y, por tanto, son realizables. Por otra parte, un juicio moral sólo racional es a aquel que sólo evalúa una conducta con base en principios éticos abstractos. Así, consideremos que matar es malo. Empero, un juicio razonable interpreta la norma a partir del caso concreto, como ejemplo: cuando se mata en defensa propia, lo cual cambia la perspectiva.

De acuerdo con Muñoz, los valores más elevados resultan irrealizables si no los pasamos por el tamiz de la razonabilidad. Por lo expuesto, es posible abordar ahora la noción de lo “racional”, cuya base está en los medios que se eligen para alcanzar algún fin. De este modo, citando a Sibley, Rawls, así como Scanlon, este último filósofo citado, expone una serie de reflexiones tendientes a sustentar la importancia de considerar principios, ideas, etcétera, provenientes de los otros, incluso si son contrarios a los propios.

Al reflexionar en torno a las ideas de Sibley, Muñoz Oliveira señala que una acción razonable puede ser tanto moral como amoral. Por ello, para evitar la amoralidad, es de suma importancia actuar acorde a las

decisiones alcanzadas durante el proceso de reflexión, sin permitir que las influencias emocionales persuadan a la persona para conducirse de una manera distinta y contraria. Con esta base, Muñoz señala:

[...] en una situación en la que los juicios morales son pertinentes, si el agente desea que su conducta sea considerada como razonable, tendrá que hacer algo más que mostrar mera racionalidad. En el caso moral, ser razonable es ver el asunto en cuestión desde el punto de vista del otro, para así tratar de entender de qué manera cada uno de los involucrados se verá afectado por las distintas formas de actuar que están a la mano (2015: 67).

A la hora de tomar las decisiones, así como las acciones consideradas como pertinentes, la persona debe estar en disposición de ser influenciada desinteresadamente. De tal modo, quien decide debe justificar su conducta en términos de un principio que los demás estén dispuestos a aceptar y debatir para mejorarlo.

Así, se argumenta la importancia de partir de un supuesto o principio compartido a partir del cual se pueda razonar en común. Por ejemplo, señala Muñoz Oliveira que, para Rawls, las personas razonables deben establecer términos equitativos de cooperación social y, también, aceptar los límites del juicio y sus consecuencias. Esta última reflexión se puede complementar con las ideas de Scanlon, ya que para él “las razones genéricas son razones que podemos ver que las personas tienen en virtud de su situación (caracterizada en términos generales) y de circunstancias como sus fines y sus capacidades” (Muñoz, 2015: 74). Con esa base, la posibilidad de rechazar un principio dependerá no solamente de los costos que principios alternativos les impondrán a otros, sino también de cómo se impondrán esos costos, lo que conducirá a revisar otros principios y otras razones.

De esta forma, es posible señalar que la justificación pública es una argumentación dirigida a los otros, cuyas premisas también pueden ser aceptadas y compartidas con ellos, pero y en este punto quiero ser enfático, deben estar lejos de las intenciones de engañar en los posteriores actos. Por ello, la aceptación o rechazo implica a personas interesadas

en conocer e intercambiar ideas en torno a principios. Estableciéndose así, dice Muñoz Oliveira, la razonabilidad debe entenderse como una manera de usar la razón, un modo de comportarse e incluso en tanto criterio de corrección e incorrección moral.

Con base en las reflexiones del último filósofo mexicano citado, es oportuno señalar que la razonabilidad ha jugado un papel importante en la cooperación y el altruismo, que en combinación con la creatividad, el aprendizaje progresivo, la conciencia, etcétera, han dado lugar a construcciones que han permitido una convivencia y un desarrollo cultural y civilizatorio, en lo cual, pese a todos los problemas —y que incluso en la actualidad se esté al borde de la extinción de la raza humana—, nunca se ha cesado en la búsqueda de una convivencia pacífica, con códigos morales, leyes, instituciones para el cuidado de la salud y del mundo, etcétera. Aunque haya diferencias en la manera de valorar dicho cuidado de la salud, pues, por ejemplo, hay naciones que no cuentan con un sistema público para atenderla, lo que se debe a que, desde su perspectiva, el ser humano debe pagar aparte por ello, situación que, como sabemos, en muchas ocasiones no es posible, dado que una parte de la población (variable de un territorio a otro) vive en condiciones precarias.

Por tanto, los seres humanos han adoptado la tendencia a cuidarse mejor tanto de manera individual como comunitaria; sin embargo, las dificultades se han incrementado al crecer la población hasta formar grandes urbes, dando lugar al desapego social, esto es, al desinterés por aquellos a quienes no se conoce, con quienes nunca se ha tenido ningún tipo de contacto; además de que pervive un pensamiento dualista que, de manera incorrecta, separa a las personas en buenas o malas con base en su lugar de procedencia o el color de la piel, a lo que se agrega el pensamiento neoliberal que las clasifica en útiles e inútiles.

Asimismo, la manera de concebir a los seres humanos también está influida por ideas promovidas por filósofos, economistas, sociólogos, entre otros pensadores. Dichas ideas, pese a divulgarse de manera simplificada y, por tanto, difusa, han llegado a marcar el imaginario social, como por ejemplo las multicitadas ideas de Aristóteles (1974), según las cuales unos nacieron para mandar y otros para obedecer, lo que está

en el fundamento de una creencia posterior: la de la superioridad racial, base del nazismo, o la de que el humano es esencialmente violento, así como lo expresado sobre el egoísmo, que conduce a la teoría del *homo economicus*, etcétera.

Así, las ideas que se han arraigado y configurado socialmente dan pie a algunas personas a considerar aceptable el divisionismo, debido a que hay diferencias biológicas que, según ellas, deben preponderar como criterio para valorar a los otros y a sí mismos. No está de más señalar que considero estas ideas completamente erróneas; empero, vale recordar que su presencia en el imaginario obliga a postular que las diferencias sociales son resultado de un proceso histórico, de la formación de una cosmovisión que les ha dado sustento; de ahí la posibilidad de cambiar la percepción identitaria, que no es algo fijo, sino modificable para bien de la humanidad.

En este orden de ideas, la pregunta: ¿para qué ser morales?, se transforma en: ¿por qué queremos ser morales? A fin de responder, cabe recordar que el accionar humano se orienta a ser voluntariamente colaborativo, altruista y empático, debido a la tendencia gregaria, por lo que al vivir en sociedad el individuo propicia su permanencia y, gracias a la seguridad que obtiene mediante la apropiación, puede experimentar las sensaciones de felicidad y tranquilidad, entre otras, tal vez sin que éstas sean su objetivo principal, sino como resultado de otras acciones, pues como señala Frans de Waal, refiriéndose a la naturaleza: la biósfera sólo ofrece información e inspiración, nunca prescripción.

### **Por qué queremos ser morales**

“Las metas de la sociedad no pueden derivarse de las metas de la naturaleza” (De Waal, 2010), por lo que incurrir en ello es caer en una falacia naturalista que dificulta el paso a lo que se postula como lo deseable en cuestión de relaciones sociales, esto es, a la aceptación de la diferencia, a la inclusión de todas y todos, así como al respeto a la dignidad y a los derechos de las personas, evitando la dominación. Por ello, es necesario recordar que el aprendizaje, entre otros factores, ha

permitido que los humanos se diferencien de otras especies en que han sido capaces de construir una organización social compuesta de diversos sistemas económicos, políticos, religiosos, educativos, entre otros. A la diversidad de pautas de conducta estratificadas y a la naturaleza gregaria se ha sumado la experiencia de la dialogicidad, la que presupone la participación de toda la comunidad; algo indispensable para asegurar la mayor equidad posible en el reparto de alimento, vivienda, etcétera, lo que en este trabajo considero el inicio de la justicia, cuyo origen, por tanto, se halla en el trabajo comunitario, que surge de la necesidad de vivir en grupo, lo que ha imbuido a los humanos de tendencias altruistas y empáticas.

Es cierto que no es posible dejar de lado la tendencia a la violencia, a la competitividad, al abuso y a la dominación; sin embargo, se pueden limitar, como también, desafortunadamente, se pueden ignorar las pautas que nos llevan a la cooperación y el altruismo, sobre todo cuando prevalecen intereses egoístas; empero, toda actitud puede controlarse, como señala De Waal, por lo que pregunta: ¿y acaso no es el autocontrol lo que nos hace humanos?

Así, quienes buscan una vida en concordia y entendimiento con los demás requieren establecer códigos, estratificaciones, intercambios de equilibrio y correspondencia entre los integrantes del colectivo, para lo cual es adecuado tomar en cuenta los valores que cada cultura ha establecido como fundamentales y, desde esa base, generar los acuerdos necesarios para evitar imposiciones. En ese tenor, es necesario continuar difundiendo los ideales de una convivencia pacífica, pues al carecer de un objetivo de vida, se requiere definir uno, como ya se ha hecho, así como guiarse por los mejores ideales, esto es, los que consideren el respeto, la diversidad, el colaboracionismo y la empatía.

Sin embargo, como se señaló, el juicio moral va más allá de la cooperación, ya que al resultar de la conjunción de lo natural con lo aprendido y lo proyectado, debe construirse. En este sentido, es oportuno destacar un aspecto esencial: la influencia, pues mediante ésta es posible sumar a otras personas para avanzar en la construcción de una vida lo más pacífica posible.



En resumen, en respuesta a la pregunta: ¿por qué queremos ser morales? Porque es la parte más positiva del aprendizaje humano que ha permitido la continuidad de nuestra especie, ya que posibilita la promoción y proyección de la vida, pese a todas las dificultades, prefiriendo para esta investigación una convivencia pacífica, relacional, de respeto a la diferencia y, por ello, de integración.

### **El ser influenciado, individuo-comunidad**

En este punto, es oportuno abordar la noción de influencia, ya que, siguiendo la opinión de Arnold Gehlen, el ser humano es un ente abierto al mundo, esto es, que está construyendo constantemente su sentido de vida, para lo cual requiere experimentarla, tomando a veces decisiones óptimas, pero también equivocadas. En la convivencia diaria evalúa la información que le ha sido comunicada y precisamente por ello se requiere la difusión de datos, reflexiones y, en general, de las ideas que contribuyan a mejorar las relaciones sociales.

Siguiendo a este autor, la falta de especialización no implica incapacidad, pues las carencias se resarcan “mediante [la] capacidad de trabajo o el don de la acción; es decir, con [las] manos y [la] inteligencia” (Gehlen, 1987: 38). Así, los humanos no tienen medio ambiente, sino mundo, esto es, un espacio donde se encuentran todas las cosas por ellos creadas y que incluso han cambiado la configuración de la naturaleza. Dichas alteraciones se llevan a cabo en cualquier sitio, pues el humano es un ser abierto que “apunta a la acción por la mutación práctica y previsoras de las cosas desde el punto de vista del medio” (1987: 49), por lo que siempre encuentra nuevas formas de sobrevivir.

Sin embargo, esto no lo ha logrado de manera individual, y de ahí la importancia del gregarismo; de tal manera que, como ente convivencial, está expuesto a la influencia de los padres, hermanos, familiares, vecinos y, en general, de la sociedad. Por ello, no es posible soslayar ni la autoridad que los adultos ejercen sobre los niños ni, en general, la de unas personas sobre otras.

Un dato valioso para tomar en cuenta es que el individuo tiene la capacidad de preguntarse por el mundo y todo lo que contiene, y, como se apuntó, de interrogarse sobre sí mismo; de modo que responder estos cuestionamientos requiere creatividad por parte de este integrante del colectivo, quien comunica este conocimiento a los demás, con lo que se va construyendo una visión social: la cultura, que puede convertirse tanto en un obstáculo a la creatividad como en la impulsora de nuevas respuestas; de ahí la importancia histórica de los viajeros, que pueden aportar conocimientos o aprenderlos y difundirlos.

Las personas que se aventuran a ir más allá del territorio donde gozan de cierta seguridad y regresan comunican nuevas formas de ver el mundo, junto con herramientas y estrategias para confeccionar ropa, sembrar o domesticar animales. Por tanto, la adquisición de conocimientos produce avances; empero, es evidente que en no pocas ocasiones dichos saberes no son bien recibidos, sobre todo cuando ponen en riesgo la permanencia de un grupo en el poder, pero, sin limitarnos a lo perjudicial que es la quietud impuesta, es fundamental destacar la creatividad humana.

Así, las ideas en torno al mundo pueden beneficiar u obstaculizar el desarrollo de determinados individuos o de toda la sociedad. Mediante su capacidad creadora, la persona puede convertir en ideal de su conducta la proyección de sí misma; por lo que dichas propuestas producen un cierto efecto sobre quienes la rodean, pues la información compartida genera impresiones que incitan a apreciar o despreciar a personas o cosas.

En este sentido, uno de los aspectos destacables de la influencia es que cuando se ejerce, se produce un cierto control sobre quien acepta los datos proporcionados, lo que no es necesariamente negativo, pues también es posible incluir en esa dinámica la noción de guía, y ejemplo de ello es el acompañamiento de un maestro “espiritual”. De tal modo, es de suma importancia para los individuos, sobre todo actualmente, continuar conociendo sin negar o interrumpir la diversidad de formas culturales e incentivar la curiosidad, así como cuestionar todo lo que se

le dice y, con ello, el aprendizaje que va más allá de lo escolar,<sup>5</sup> lo que implica continuar transmitiendo el valor de construir una autointerpretación que, como señala Michel Landmann, es un principio extremadamente responsable que debe ser consciente debido a que la imagen es rectora de su autoconstrucción. Así escribe: “La imperfección del hombre es la que, en compensación, empuja a la autocomprensión, que le dice cómo puede perfeccionarse. La interpretación que se da de sí mismo no queda precisamente desligada junto a una realidad invariable, sino que se engrana de modo formativo en aquello de lo cual quiere ser la interpretación” (Landmann, 1978: 9).

Por tanto, la responsabilidad de los seres humanos debe ser un acto consciente y de ahí la importancia de promover la sensibilidad hacia la cooperación, la solidaridad, así como la empatía; sin embargo, no todos los pensadores actuales están de acuerdo en considerar positivas las emociones o sentimientos, sino que apuestan más por la razón como un rasgo que produce mayores beneficios a los seres humanos. Tal es el caso del psicólogo estadounidense Paul Bloom, quien escribe que se está mejor sin la empatía, pese a lo cual consideré necesario abrir un espacio para abordar el tema en el siguiente capítulo.

<sup>5</sup> Que no debe ser tan malo; prueba de ello son todas las personas que han estudiado en escuelas formales y cuestionan la cosmovisión neoliberal impuesta.



### III. REFLEXIONES EN TORNO DE LA EMPATÍA. EL CAMINO HACIA LA CONVIVENCIA

Para iniciar, expondré lo que en, términos generales, se entiende por empatía y, desde esa base, avanzaré hacia algunas definiciones más precisas. El término proviene del griego *empáttheia*, que se puede traducir como “pasión” y que dio origen al adjetivo *emphatés*, “emocionado”.

Para otros autores como el sociólogo y economista estadounidense Jeremy Rifkin, el empleo prioritario de la palabra “empatía” obedece a que el concepto, tal como lo conocemos ahora, proviene del término alemán *Einfühlung*, acuñado por el filósofo Robert Vischer en 1872. Dicho concepto se emplea en la estética y se refiere a la manera “como proyecta el observador su sensibilidad en un objeto de adoración o contemplación, y es una forma de explicar cómo se llega a apreciar y disfrutar la belleza de una obra de arte” (Rifkin, 2010: 21).

Posteriormente, el filósofo alemán Wilhelm Dilthey (1833-1911) lo utilizó para describir el proceso mental por el cual una persona entra en el ser de otra, por lo que es capaz de experimentar la manera en que siente y piensa ese individuo. Posteriormente, el psicólogo inglés E. B. Titchener (1867-1927) tradujo *Einfühlung* como empatía. Rifkin escribe: “El sufijo -patía de la palabra empatía indica que entramos en el estado emocional de otra persona que sufre y que sentimos su dolor como si fuera nuestro” (2010: 21).

Con esta base, empatía se entiende como la participación afectiva de una persona en una experiencia de vida ajena y, de manera general, se aplica a la percepción sentimental. Así se comprende mejor la definición de la Real Academia, en cuyo diccionario se lee, como primera acepción, que es el “sentimiento de identificación con algo o alguien” (RAE, 2014). En este sentido, expresa la capacidad humana, esto es, el conjunto de cualidades y aptitudes que permiten el desempeño de alguna actividad en función del bienestar ajeno.

En algunas nociones de empatía se alude a la “intención de comprender los sentimientos y emociones”, en otras palabras, a que es un esfuerzo por experimentar, de manera racional, lo que siente alguien más. Otras definiciones apuntan a la capacidad cognitiva que se obtiene partiendo de una experiencia subjetiva, y que permite procesar la información adquirida sobre la vida de otro ser humano y, desde esa base, vivir sensaciones semejantes; sin embargo, la empatía también puede ser explicada como un deseo de colaboración de manera cariñosa y cordial.

En términos generales, se refiere a la ayuda que se puede brindar a otro individuo debido a que se han experimentado ciertas sensaciones, principalmente cuando se viven episodios de dolor o angustia; aunque me parece que ello es inexacto, pues también se debería aplicar cuando se viven instantes de alegría. Basta señalar lo contagiosa que es la risa o lo sentido cuando se comparten momentos de triunfo de otra persona o grupo, como cuando algún equipo deportivo obtiene la victoria. En este sentido, Rifkin apunta que, con cierta “frecuencia, la empatía con la alegría de otra persona surge de un profundo conocimiento personal de sus luchas pasadas, que hace que su felicidad sea más apreciada y sentida” (2010: 23).

Sin embargo, volvamos al trabajo sobre la empatía centrado en cuando alguien siente el sufrimiento de un semejante y actúa de cierta manera con el objetivo de consolar y disminuir el dolor ajeno. Al parecer existe un consenso en torno a la idea de que, si se promoviese más la empatía, no habría tantos problemas, pues colocarse en el lugar del otro contribuye a la sensibilización, con lo que no se cometerían actos violentos o violatorios de la dignidad.

En este punto, considero oportuno recordar una postura que ubica el origen de la socialización y la empatía en la naturaleza, entendiendo por ello la inclinación de diversos tipos de animales a mostrar actitudes que el ser humano ha denominado “prosociales”.

### **El origen natural de la socialización**

Un autor relevante para exponer mejor el tema en esta sección es el holandés Frans de Waal, quien en *La edad de la empatía* (2010), brinda pistas para comprender el origen del altruismo y la cooperatividad del ser humano. Una de sus ideas principales se basa en lo explicado por Adam Smith,<sup>1</sup> quien señala que la felicidad de sus congéneres le es necesaria al individuo.

De Waal cita pasajes históricos en los que se constata cómo las personas se preocuparon y lucharon por el bienestar de los demás, exaltando el sentimiento de compañerismo, lo que en su opinión constituye el tema de nuestro tiempo: el bien común, evitando las imposiciones y la explotación, y promoviendo el respeto a las diferencias, entre otros medios. Desafortunadamente, en su opinión, se tiende a prestar más atención a las guerras, al terrorismo, la contaminación y los escándalos políticos, es decir, al conflicto, soslayando la tendencia al altruismo; no obstante, señala que, gracias a las investigaciones de biólogos, antropólogos, neurólogos y psicólogos, se ha abierto la brecha hacia otra perspectiva más completa a través de la cual se busca la integración cordial de los integrantes de la sociedad. Por ello escribe:

Somos animales grupales: altamente cooperativos, sensibles a la injusticia, a veces beligerantes, pero principalmente amantes de la paz. Una sociedad que ignore estas tendencias no puede ser óptima. También es verdad que somos animales que se mueven por incentivos que están pendientes de la jerarquía, el territorio y el sustento, así que cualquier

<sup>1</sup> Es oportuno señalar que Smith empleaba el término “simpatía”, empero, con el uso que actualmente se brinda a la noción de “empatía”.

sociedad que ignore estas tendencias tampoco puede ser óptima. Nuestra especie tiene una cara social y una cara egoísta. Pero, puesto que la segunda es la perspectiva dominante, al menos en Occidente, me centraré en la primera: el papel de la empatía y la conectividad (De Waal, 2010: 19).

En opinión de este primatólogo, el ser humano posee, esto es, se apodera de los objetos, empero, tanto como los comparte, rasgo que complementa lo asociado con el principio de apropiación-seguridad, pues se trata de una apropiación necesaria para el bienestar social y no una de índole egoísta e individualista.

Para De Wall, debe rechazarse la creencia de que los machos, de cualquier especie, viven eliminándose unos a otros o acaparándolo todo, ya que también cooperan y comparten; empero, no deja de haber competencia, principalmente por la obtención de parejas, lo cual no es identificable con la violencia. Por otra parte, en la actualidad, sostiene, se ensalza lo cerebral y se subestiman las emociones, como si éstas fueran muestra de sensiblería y desequilibrio; así, se pregunta: ¿y acaso no es el autocontrol lo que nos hace humanos? No obstante, en muchas ocasiones tomamos decisiones a partir de lo que sentimos, de las entrañas, por lo que entonces las emociones deciden y, posteriormente, el raciocinio expone justificaciones plausibles.

Sin embargo, en el ámbito corporal ocurre mucho en lo que raramente nos detenemos a pensar, por ejemplo, en que “la transferencia del humor a través de las expresiones faciales y el lenguaje corporal es tan poderosa que la gente que la efectúa a diario incluso comienza a parecerse” (De Waal, 2010: 25). Ello se debe a que la vinculación con los otros favorece la internalización; de modo que esto último fortalece la propuesta según la cual nuestros cerebros y cuerpos están hechos para la vida social, por lo que la ausencia de ésta nos sume en la depresión. Así, la vinculación hace más felices a las personas, principalmente cuando ésta es pacífica.

Aquí resulta pertinente aludir a otras ideas asociadas con el principio de apropiación-seguridad, pues también se considera que “la seguridad es la primera y principal razón de la vida social” (De Waal, 2010: 39),



y en el mundo moderno, los humanos muestran la misma tendencia observada hace miles de años, la de congregarse para sentirse confiados. Hay estudios según los cuales antes que el dinero, el éxito o la fama, el tiempo dedicado a las amistades y la familia es lo que más beneficia a la gente.

En este sentido, en situaciones de peligro se olvidan las diferencias, ya que las relaciones humanas son interdependientes. Por esta razón, el holandés, en *La edad de la empatía*, considera como equívoca la propuesta de Rousseau, quien señaló que, como seres inteligentes, los humanos decidieron renunciar a unas cuantas libertades a cambio de la seguridad de una vida comunitaria; visión que presenta a la sociedad como un compromiso negociado, no como algo que surge de manera natural.

Finalmente, con respecto a las ideas de Frans de Waal, sólo resta subrayar que la socialización en el ser humano es de origen natural: para obtener seguridad, felicidad, aligerar las dificultades y para perpetuar la especie. Ello ha conducido a los individuos a actuar en beneficio de los grupos, lo que constituye la base de un constructo posterior: lo moral, que en buena medida tiene como sustento a la empatía.

## **Sobre la empatía**

En *La civilización empática*, Rifkin comienza apuntando que la ansiedad empática es tan antigua como nuestra especie: se remonta al pasado ancestral compartido con los primates y, antes aún, con los antepasados mamíferos. Afirma: “que la predisposición a la empatía forma parte de nuestra biología. Pero la verdadera extensión empática no surge hasta que el niño tiene entre 18 y 24 meses de edad, cuando empieza a desarrollar una sensación de sí mismo y de los demás” (Rifkin, 2010: 18). En resumen, el niño genera empatía a partir de que tiene noción de que los demás existen como seres separados de él.

Esta cita es muy importante para entender su postura sobre la empatía y los problemas por los cuales atraviesa la humanidad. En este sentido, la conciencia empática se desarrolla y amplía en la niñez, la

juventud y la edad adulta; por ende, la experiencia inicial se tiene con los progenitores, en términos de valores, cosmovisión y, por tanto, de la cultura de la que se proviene, que en buena medida establece las pautas de contacto con los otros.

Más adelante, señala que los historiadores se han ocupado de registrar los momentos álgidos –luchas, revoluciones, guerras, etcétera–, esto es, la patología del poder, dejando de lado la otra cara del humano: la sociabilidad; aunque Rifkin opina que las personas son empáticas con sus semejantes la mayor parte del tiempo. Y entonces surge la pregunta: si ello es así, ¿por qué tantos conflictos, como los asociados a la tendencia a la dominación y la imposición? Para responder, señala que el problema radica en el propio proceso evolutivo, debido a que:

La conciencia empática se ha ido desarrollando lentamente durante los 175 000 años de la historia humana. En ocasiones, ha florecido para desvanecerse después durante largos periodos de tiempo. Su evolución ha sido irregular, pero su trayectoria es clara. El desarrollo empático y el desarrollo de la individualidad van de la mano y acompañan las estructuras consumidoras de energía cada vez más complejas que han conformado el periplo humano (Rifkin, 2010: 20).

Para Rifkin, el ser humano no pudo reconocer la empatía hasta que su individualidad se desarrolló lo suficiente como para permitirle reflexionar sobre la naturaleza de sus pensamientos y sentimientos más íntimos en relación con los de los demás; sin embargo, no se debe olvidar la importancia que en este trabajo se ha brindado a la individualidad, ya que, entre otros factores, contribuyó a la estratificación social, pues las personas tenían una determinada ocupación en el grupo de acuerdo con sus capacidades.

En opinión de Rifkin, gracias a que se ha tomado conciencia de la individualidad y a que desde la escuela se ha impulsado la empatía, los jóvenes actuales están más en contacto con (y analizando) sus sentimientos, emociones y sus pensamientos más íntimos. Esto se debe a que la empatía es una función cognitiva, cableada en el cerebro, por ello exige un ajuste cultural.

Más adelante, pone sobre la mesa algunas concepciones en torno a la empatía, aunque en la mayoría se enfatiza el aspecto emocional y afectivo, con un componente cognitivo. Asimismo, destaca que se siente empatía con la alegría de otra persona. Para sustentar esta idea, menciona el descubrimiento de las neuronas espejo, que permiten el ajuste empático en el campo de la inteligencia emocional.

El papel de estas células es fundamental para explicar la denominada “catarsis empática”, que surge cuando ciertos autores de delitos son reunidos con sus víctimas, las que, al estar en un entorno seguro, pueden hablar de su sufrimiento abiertamente mientras que los torturadores pueden hablar de su experiencia. Por esta razón, de estar bien llevado el trabajo, es posible llegar a una reconciliación. Y aquí me permito agregar que, si no ocurre entre víctimas y victimarios, sí por lo menos con la vida. Este tipo de dinámicas suelen llevarlas a cabo las llamadas “comisiones de la verdad”.

Una práctica parecida la realizan en los trabajos en favor de la “justicia restitutiva”, en donde la reparación del daño supone una compensación emocional además de la correspondiente sanción para el infractor. En otros contextos, se llevan a cabo actividades similares, como en ciertas empresas, a fin de que los trabajadores empaticen entre sí, sin que las particularidades étnicas, la religión, el color de la piel, etcétera, interfieran para ello. Rifkin considera que los hallazgos sobre la empatía han causado un fuerte impacto en la sociedad global.

A este autor no se le escapa el que la humanidad corra el riesgo de extinguirse; empero, los problemas derivados de la violencia se abordan en el quinto capítulo; sin embargo, expone algo que empata con el principio de apropiación-seguridad al sostener que la violencia no ha sido la norma, sino la excepción, aunque no niega la tendencia al control social, por lo que escribe: “Sin duda, para la subsistencia del ser humano es imprescindible cierta medida de apropiación de otros seres vivos y de manipulación del medio, como sucede con todas las especies de mamíferos” (Rifkin, 2010: 30).

Desde su perspectiva, aunque en la antigüedad había violencia y agresividad, éstas solían circunscribirse a la defensa del territorio y a la selección de la pareja. En relación con este punto, debo recordar que

en la repartición de alimentos y la búsqueda de un lugar seguro para refugio también podía registrarse una cierta lucha entre los miembros de un colectivo, pues no había noción de igualdad; no obstante, se tenía que llevar a cabo un reparto lo menos injusto posible.

Posteriormente, la apropiación de plantas y animales implicó una fuente de riqueza, de poder en términos de capital, cuando las organizaciones matriarcales y patriarcales cedieron su lugar a la formación de gobiernos, esto es, a grupos de dirigentes. Así, cada civilización ha generado formas más complejas de consumo de energía, lo que aumenta el flujo y la densidad del intercambio humano y crea nuevas relaciones entre las personas.

Lo más irónico, según Rifkin, es que cuando se vislumbra un mejor horizonte empático para la especie estamos al borde de la extinción, lo que invitaría a reflexionar sobre lo escrito, pues esto implica que las tendencias destructivas han predominado sobre el compañerismo. Para una mejor orientación, recordemos que la experiencia del poder no es común a todas las personas, y un autor fundamental para la comprensión de esta problemática es el filósofo peruano Augusto Salazar Bondy (1995), quien profundizó en el tema de la dominación.

### **El grado cero de la empatía**

Para el psicólogo judío-británico Simón Barón-Cohen, “la empatía se produce cuando suspendemos nuestro enfoque de atención único centrado exclusivamente en nuestra mente y, en su lugar, adoptamos un enfoque de atención doble que también se centra en la mente del otro” (Barón-Cohen, 2012: 27).

Ello significa tener presente la mente de alguien más, por lo que la empatía se conforma de un enfoque dual que experimenta en un mismo tiempo los sentimientos y posibles pensamientos, razón por la cual es posible responder con una emoción adecuada. Así, hay dos fases: 1) reconocimiento y 2) respuesta. Empero, existe la posibilidad de que la empatía puede estar presente o ausente, pero no es el todo o nada, sino que se parece más a un motor regulador de intensidad.

La última idea se centra en el hecho de que, por lo general, no existen personas que sean crueles toda su vida, sino que hay diversas situaciones en las cuales es posible experimentar los niveles más altos, así como los más bajo de empatía. Así, cuando algunas personas son capaces de reducir a objetos a los individuos, ya que no les importa su dolor ni las consecuencias posteriores que puedan sufrir en su vida, entonces es posible signarlas como de reducción de empatía. Tal es el caso de los científicos alemanes que experimentaron con los judíos durante la Segunda Guerra Mundial.

En este punto, es oportuno señalar que, comúnmente, cuando se aborda el tema de la empatía, se tiene presente lo contrario, la empatía y la antipatía, que van desde la exclusión voluntaria de los sentimientos o dolor del otro debido a que no es considerada un apersona grata, hasta querer causarle dolor. Así, la última se relaciona con la violencia, de la que existen diversos grados que van del experimentar enojo e insultar hasta la crueldad psicológica y física. Empero, es oportuno preguntar: ¿qué significa ser cruel? En términos concretos, implica insensibilidad al dolor que se le provoca a otra persona, cuya acción además es consciente, aunque hay casos clínicos que podrían cuestionar esta definición. No obstante, lo importante es señalar la indolencia ante el sufrimiento de otra persona.

En este punto, Barón-Cohen expone un enfoque diferente sobre la crueldad y la relación que se puede establecer con la empatía o, para ser más preciso, con la falta de ésta. En su opinión, no existen personas completamente malas, sino que es necesario considerar, además de los aspectos biológicos, los factores y situaciones sociales que provocan que la empatía disminuya o aumente. Así, para el psicólogo judío, todas las personas son susceptibles de experimentar desde el nivel más alto de empatía hasta el nivel más bajo, al que denominó: empatía cero, esto es cuando tratan a las demás personas como objetos.

Barón-Cohen señala la importancia de considerar la presencia de factores comunes. Para explicar en qué consisten, expone la noción de “banalidad del mal”, propuesta por Hanna Arendt. En palabras del psicólogo, a pesar de que a miles de alemanes se les puede considerar como cómplices del holocausto, “no se les pudo acusar de crímenes de

guerra más tarde, ya que sólo estaban realizando su trabajo, cumpliendo órdenes o simplemente habían sido responsables de un pequeño eslabón de la cadena” (Barón-Cohen, 2012: 157).

Sin embargo, en opinión del psicólogo judío británico, la propuesta de “banalidad del mal” ha sido cuestionada por parte de David Cesarini, quien señaló que Arendt sólo estuvo al principio de los juicios; de haberse quedado, explica Barón-Cohen, se hubiera dado cuenta de que Eichmann mostró creatividad en los asesinatos, por lo que no sólo se limitó a seguir órdenes. Empero, más allá de estos problemas, es oportuno considerar una reflexión del psicólogo judío, quien comenta que “Deberíamos ser conscientes de que los actos no empáticos pueden tener consecuencias a largo plazo” (Barón-Cohen, 2012: 159). Como ejemplo, señala que Martín Lutero, en 1542, hizo un llamado a los católicos para atacar a los judíos, lo que después citó Hitler para dar consistencia a sus argumentos contra el pueblo señalado.

Con respecto a las ideas del psicólogo judío británico, el grado empatía cero también contiene dos aspectos, uno negativo y otro positivo. Así, es negativo cuando no se dispone de freno alguno sobre la conducta propia, haciendo cualquier cosa para conseguir lo deseado. En esta tendencia, se presentan: 1) el trastorno límite de la personalidad tipo B,<sup>2</sup> 2) la psicopatía tipo P<sup>3</sup> y 3) el narcisismo tipo N.<sup>4</sup> Empero, el caso positivo se presenta cuando el cerebro de las personas permite procesar la información que reciben y desarrollar un talento, e incluso los puede conducir a tener un comportamiento altamente moral que, por lo general, se despliega en casos de autismo, ya que pueden ser personas altamente morales, o en el autismo clásico, donde, aunque

<sup>2</sup> Se caracteriza por la conducta en la que se buscan relaciones interpersonales, cuya característica principal son los disgustos, además de ser extremas debido a la intensidad con la que se viven.

<sup>3</sup> Es el que presenta una disposición marcada a satisfacer sus deseos, reaccionando de forma muy violenta ante cualquier situación que lo obstaculice.

<sup>4</sup> Considera que la sociedad lo ha tratado mal. En este sentido, en este padecimiento la persona se considera digna de recibir los mejores tratos. Incluso puede llegar a decir cosas hirientes a otras personas, pero, por lo general, no comete actos violentos.

las personas traten a los demás como objetos, no tienen la intención de causar ningún daño.

Sin embargo, no es posible dejar de lado el problema de las tendencias de dominación, la cuales se abordan en el siguiente apartado.

### **Dominación, el problema crucial del ser humano**

En opinión de Salazar Bondy (1925-1974), la dominación se caracteriza por generar situaciones desfavorables para algunos, debido a que hay una imposición de autoridad, fuerza o poder, provocando daño a una o varias personas, a lo que agrega la frustración y la alienación como factores esenciales, pues al formar parte de una relación estructural, al dominado se le sustrae el poder de decisión sobre su propio ser, incluso sin darse cuenta él o sin tener plena conciencia de cómo ocurrió.

Para explicar cómo se perpetra el acto de dominación, incluye en el análisis dos conceptos: formación y valores. En relación con la primera, apunta que es el proceso mediante el cual la persona alcanza su configuración. Ello implica que no la tiene de inicio, sino que debe formarse; pero también, desafortunadamente, puede ser deformado:

Históricamente hay, pues, un ir a la forma, tanto con respecto al grupo y en el grupo, y esto quizá es lo más antiguo de la humanidad. Y después, una institución, la escuela, comienza a convertirse en la agencia oficial de la operación de dar forma a los hombres, y ésta es toda la historia de la educación escolar o escolarizada. Hoy día podemos pensar que también en esta interacción humana por la cual se logra o se pierde la forma del hombre tienen tanta o más importancia ya los llamados medios de comunicación colectiva (Salazar Bondy, 1995: 143).

En este sentido, plantea la oposición entre naturaleza e historia, lo que arroja dudas sobre cómo se puede verificar si se está formando o deformando a alguien. A manera de guía, el filósofo señala que se debe recurrir a los valores, ya que enmarcan un número de cuestiones, aspectos, acciones o comportamientos estimables, deseables. Así, los valores

son distintos de los hechos, pues con aquéllos se pretende fundar una convivencia humana basada en el respeto; de tal manera que cuando entran en crisis los valores, es decir, cuando no se está actuando conforme a ellos, entonces se está malogrando y empieza la práctica de la dominación, la cual revela dos hechos: “por un lado, que la relación de dominador-dominado no es una relación en la cual el dominado sea destruido, sino que es conservado; pero conservado despojándose de su ser de algún modo. Por otro lado, una relación en la cual muchas veces el dominado acepta la situación, reconoce al dominador como superior y por eso mantiene él mismo, con su propia aceptación, la relación de dominación” (Salazar Bondy, 1995: 148).

Salazar Bondy destaca la tendencia del dominador a presentar el sistema social como producto de un proceso natural y, por tanto, único. Debido a ello, señala la importancia de indagar hasta dónde y cómo es que estamos dominados, y qué podemos hacer para liberarnos.

Entonces, es válido relacionar las ideas de Rifkin con las de Salazar Bondy, pues el primero alertó sobre que estábamos al borde de la extinción, mientras que el pensador peruano sostiene que algunos que detentan el poder han abusado de las instituciones construidas para crear al ser humano que se ha formado a lo largo de los años. Así, la malformación se debe a que se ha alejado a las mayorías de los órganos de decisión, además de que los avances científicos y tecnológicos se han enfocado en construir un mundo en el que sólo unos cuantos podrán gozar de privilegios.

De esta manera, las tendencias altruistas, empáticas y de compañerismo se han visto rebasadas por los intereses egoístas de unos cuantos. Por tanto, desarrollar y difundir trabajos en torno a temas como la empatía sigue siendo fundamental, pues el objetivo es generar conciencia entre las personas, incluyendo a quienes buscarán obtener los puestos de decisión política, pues el objetivo primordial es mejorar la convivencia humana.

Pese a la importancia que en este trabajo se ha reconocido a la empatía, hay posturas contrarias, sin que ello signifique enfocarse en el egoísmo y la dominación. En ese sentido, cabe retomar las ideas de Paul Bloom, para quien una convivencia se daría mejor sin la interven-



ción de la empatía, postura con la que no estoy de acuerdo, pero que permite ampliar el campo de reflexión sobre lo moral.

### **Contra la empatía**

Para abordar el tema de la empatía, me basaré en la perspectiva de Bloom expresada en *Contra la empatía* (2018), donde señala que ciertos estudios neuronales han descubierto qué zonas del cerebro se activan cuando se experimenta la empatía; sin embargo, en su opinión, hay un trecho muy grande entre decir que la empatía está en cierta parte del cerebro y afirmar que es algo con lo que nacemos (Bloom, 2018: 198).

Para este psicólogo norteamericano, la empatía ha sido sobrevalorada como guía para las acciones morales y se está mejor sin ella. Sus argumentos giran en torno a la importancia de incluir la razón en las acciones empáticas y define a la empatía como: “el acto de sentir lo que se cree [que] sienten las otras personas, [de] experimentar lo que ellas experimentan, es decir, en el sentido [en] que lo utiliza la mayoría de los psicólogos y filósofos” (Bloom, 2018: 15); no obstante, cree que debe revisarse esa manera de relacionarse con otras personas debido a que no es del todo benéfica, ya que tener la capacidad de introducirse en la cabeza de otro individuo para descifrar sus ideas es bueno, pero también es un sello distintivo del psicópata y puede usarse para fines crueles y de explotación.

Bloom distingue dos tipos de empatía: emotiva y cognitiva; a esta última la asocia con la racionalidad, dado que ha recibido diversos nombres; a saber, cognición social, inteligencia social, teoría de la mente y empatía cognitiva, denominación que emplea a lo largo del libro y que consiste en la capacidad de entender lo que posiblemente sucede en la mente de otras personas sin sentirse afectado por su sufrimiento.

Para Bloom, tomar decisiones y actuar conforme a lo que se cree que sienten otras personas y, desde esa base, evitar el sufrimiento ha conducido a grandes atrocidades. Por mi parte, sostengo que ello no es empatía; sin embargo, este estudioso opina que la falta de una definición clara de dicha capacidad lo motiva a decir que actualmente a la razón

se le da poca importancia, pues se cree que la moralidad es cuestión de gente de buen corazón, mientras que la racionalidad es de personas como Hannibal Lecter o Lex Luthor;<sup>5</sup> empero, señala, el ser humano también posee la capacidad de ignorar sus emociones y, por tanto, de pensar correctamente las cuestiones ético-morales.

Entre sus argumentos contra la empatía, señala que las personas tienden a dar prioridad a su familia y amigos, debido a que:

Desde una perspectiva darwiniana, estas preferencias resultan muy obvias. Aquellas creaturas que favorecen a los suyos se encuentran en una gran ventaja con respecto a aquellos que son imparciales. Si alguna vez surgiera un hombre que fuera indiferente a un amigo y prefiriera a un extraño, al hijo de otro antes que al suyo, sus genes serían dominados por los de aquellos que se preocuparon más por los suyos. Ésa es la razón por la cual no somos igualitarios por naturaleza (Bloom, 2018: 20).

Para Bloom, quien prefiriese a otros antes que a los suyos sería considerado un santo o, desde su perspectiva, alguien un tanto repulsivo;<sup>6</sup> sin embargo, una persona que emplea su racionalidad a fin de lograr lo mejor para el grupo en el que vive es impulsada a preferir valores más altos que los sanguíneos, los cuales contienen una fuerte carga emotiva, por lo que el empleo de la racionalidad brinda mejores resultados.

<sup>5</sup> Bloom se opone a definir las palabras o conceptos que emplea. Lo considera innecesario por conducir a confusiones.

<sup>6</sup> Me parece curioso que Bloom diga que encuentra algo repulsivo en las acciones de quienes prefieren a otras personas a los integrantes de su familia, pues opina que lo malo de la empatía resalta cuando los sentimientos dominan en la toma de decisiones y, supongo, alude a las sensaciones de enojo, envidia, odio, etcétera; sin embargo, señala que lo mismo ocurre cuando los razonamientos están basados en intereses. En este sentido, apunta que razón más empatía es una gran combinación, pero es una propuesta que no perdura, tal vez por lo difícil que resulta armonizarlas en la vida cotidiana; no obstante, me parece que, efectivamente, es complicado, mas no imposible, debido a que los sentimientos no necesariamente tienen que ser negativos o malos; además, más adelante aparece la propuesta de senti-pensar el mundo, del sociólogo colombiano Orlando Fals Borda (2009), en la cual incluyó la concepción de alma o espíritu como parte fundante del ser humano.

Más adelante, señala que las acciones tendientes a solucionar las dificultades causadas por la pobreza, el calentamiento global, la basura, entre otras, no forman parte de las motivadas por la empatía debido a que inciden sobre un número más amplio de personas. En relación con estos problemas, cualquier tipo de mejora beneficia a los humanos; desafortunadamente, no es posible tener control de las soluciones, que muy posiblemente reflejarán la lucha entre prejuicios e intereses sociales.

Por otra parte, en diversas situaciones se hace el bien sin que intervenga la empatía, por ello “la buena deliberación moral implica valorar unas cosas sobre otras, y la buena acción moral conlleva un jalón de orejas motivacional. Incluso si uno sabe qué es lo mejor, se debe estar motivado para hacerlo” (Bloom, 2018: 58), ya que, de no tener un impulso, no se haría nada, como ocurre con la empatía.

El trabajo de Bloom mantiene la distinción entre razón y emociones. En sus observaciones sobre la primera, indica que ésta se atribuye a personas semejantes al villano de ficción Lex Luthor, aunque al parecer se basa en opiniones, pues no cita ninguna investigación con la cual se pueda avalar dicha aseveración; empero, la utilizó en su libro porque incluye reflexiones que deben emplearse para mejorar la convivencia social.

### **Lo moral y su diferencia con la empatía**

En opinión de Bloom, lo moral proviene de tendencias naturales; no obstante, advierte que las buenas acciones deben razonarse con base en el aprendizaje social. Para aplicar de manera correcta dichas reflexiones, debe emplearse lo mejor del ser humano, esto es, las conductas que han permitido su sobrevivencia, el desarrollo de las innovaciones que han mejorado sus condiciones de vida y, algo que considero esencial: evitar ejercer cualquier acto contrario a la libertad y la felicidad de los integrantes de la comunidad. Considero oportuno detenerme en esta aseveración de Bloom para analizar qué entiende por moral y cuáles son sus bases.

Para él, las acciones positivas, esto es, las que contribuyeron a la unidad y sobrevivencia de la especie, han sido fundamentales; por tanto, no constituyen un mecanismo estático, pues los retos que ofrecen tanto del entorno material como social han ido cambiando, así, no sólo la empatía puede motivar buenas acciones. En este sentido, asegura, la moralidad es el intento de guiar nuestra conducta por la razón.

Desde su perspectiva, las bases de lo que posteriormente se llamará moral han evolucionado a través del tiempo, y se refiere a las circunstancias, los retos y adversidades que motivaron conductas grupales. También destaca la cooperación y el altruismo, los que, debido a los peligros de la vida natural, permitieron nuestra sobrevivencia; en consecuencia, se debe ampliar la brújula moral para que nuestras reflexiones conduzcan a un mundo más humano.

En su opinión, hay que apoyarse en la selección natural, esto es, en el bagaje biológico con el que el ser humano fue dotado, debido a que hay motivaciones más valiosas que sentir lo que se cree que siente otra persona. Por ejemplo, dice, en muchas ocasiones se induce la empatía cuando a las personas enfermas se les presenta como víctimas (de un mal), lo que promueve más afecto por ellas que por quienes no están en su situación.

Asimismo, continúa, se siente más empatía por personas del mismo grupo social que por extraños, y menos empatía por las personas con las cuales se ha tenido alguna dificultad que hacia aquéllas con quienes se sostienen buenas relaciones. Por otra parte, señala, algunos pensadores han cuestionado el proceder empático, ya que, opinan, es propio de cínicos, pues estos ciudadanos ayudan para no sentirse mal y no precisamente movidos por la bondad. Así, el humano es empático porque cede a concepciones románticas y religiosas. Por ello, escribe que, “dado que la fuerza amoral de la selección natural ha determinado nuestro pensamiento, argumentan, las motivaciones altruistas genuinas son un mito. Todo lo que queremos es sobrevivir y reproducirnos” (Bloom, 2018: 194). Cabe señalar que ésta es la mencionada teoría de la fachada, con la cual no estoy de acuerdo.

No obstante, para Bloom, abordar el tema en términos de egoísmo es incorrecto, ya que esto introduciría dos errores: por una parte, si prefe-

rimos ser egoístas, la justificación sería que estaríamos obedeciendo a los genes; y, por la otra, que se estarían confundiendo los objetivos de la selección natural, al afirmar que los humanos sólo nos preocupamos por comer y reproducirnos; sin embargo, no sólo se come por hambre y por nutrir al cuerpo para que funcione, también lo hacemos por antojo, aburrimiento o ansiedad, por ejemplo. Asimismo, cuando se practica el sexo, no sólo es con fines reproductivos y la invención de métodos anticonceptivos así lo atestiguan.

Para este autor, la “evolución nos ha determinado a ser altruistas, infundiendo dentro de nosotros una preocupación genuina por el destino de ciertos individuos, al hacernos compasivos y solidarios” (Bloom, 2018: 194). Por tanto, no sólo hay preocupación por la descendencia, sino que procurar el bien de las personas se basa en la solidaridad.

Al afirmar que la naturaleza ha dotado a los humanos de lo necesario para ser colaborativos y altruistas, Bloom refuerza su propuesta de que no se nace con la empatía y que ésta no siempre es del todo positiva, y muestra de ello es que tanto el ejercicio de la empatía emocional como de la cognitiva afrontan problemas en la interacción humana; por ejemplo, en el caso de la primera, difícilmente se experimentará hacia personas con las que se tuvo problemas, y en el de la segunda, como se mencionó, también el psicópata presenta una buena conexión con sus víctimas. Por ello, concluye: “He hablado a lo largo de este libro de que la justicia, la moral y, finalmente, las políticas benefactoras son mejor ideadas sin la empatía. Tenemos que decidir sobre castigos justos basados en un análisis imparcial y razonado de lo que es correcto, no a través de un involucramiento empático con el sufrimiento de las víctimas” (Bloom, 2018: 239).

En este sentido, incluso la violencia y la cólera justificadas son aceptables si son razonadas y se canalizan con fines de liberación. Esta idea me conducirá a desarrollar el tema de la violencia, debido a que diversos autores señalan su lado natural. Entonces, para finalizar el análisis de lo expuesto por Bloom, subrayó la importancia que brinda al razonamiento, ya que entonces la solidaridad y el compañerismo constituyen un apoyo a causas e intereses de otras personas, por lo que el compromiso establecido con estos semejantes se origina en el cono-

cimiento de las situaciones que provocaron su malestar y, a partir de este razonamiento, se decide ayudar.

Cabe recordar que en las bases de la moralidad también pueden suscitarse conflictos, ya que la razón puede estar sujeta a prejuicios y los sentimientos pueden estar cargados de fervor religioso, deseo de venganza, miedo, ira, etcétera. Por esta razón, es necesario aceptar que el ser humano es imperfecto, aunque existan quienes se acercan mucho a un ideal de perfección, tras haber alcanzado una elevada comprensión de los defectos y virtudes humanos, por lo que evitan efectuar acciones que dañen a sus semejantes. Ejemplo de ello pueden ser algunos sacerdotes, aquellos que han experimentado un despertar espiritual.

En este orden de ideas, a continuación, comenzaré el análisis de otra temática esencial para esta investigación: la noción del ser humano como ente tripartito.

### **El ser humano, ente tripartito (primera parte)**

Una de las críticas a Bloom es que separa la razón de las emociones, aunque no totalmente, ya que hizo énfasis en la existencia de una empatía cognoscitiva, a la que diferencio de la emocional; aunque en su argumentación se nota la tendencia a poner distancia entre los ámbitos racional y emotivo, y de ahí su dicho de que el ser humano estaría mejor sin la empatía, pues ésta se origina en las emociones.

Como contraposición, apunto la idea de Frans de Waal, quien subraya que la empatía “es una respuesta automática sobre la que tenemos un control limitado. Podemos reprimirla, bloquearla mentalmente o resistirnos a ella, pero salvo un escaso porcentaje de personas (los llamados psicópatas), nadie es emocionalmente inmune a la situación de otro” (De Waal, 2010: 66-67). Ahora bien, actuar empáticamente, esto es, ayudar a otro cuando éste experimenta dolor, no se presenta sólo en momentos de peligro, sino también cuando se percibe falta de alimento, abrigo, etcétera, por lo que debe considerarse que contribuir a mejorar las condiciones de otros nace de un razonamiento, punto sobre el que Bloom expone algunas ideas.

Así, para el psicólogo norteamericano, ayudar a desconocidos, que además viven muy lejos, ya sea en su lucha por los derechos sociales, porque han experimentado desastres naturales o por cualquier otra causa, no revela empatía, sino que es un acto de solidaridad porque incluye un razonamiento que induce a contribuir o a cooperar para aliviar el sufrimiento de esas personas de manera desinteresada; y señala que, en muchas ocasiones, quienes desean hacer el bien ocasionan un daño. Así, quienes dañan sin querer lo hacen porque creen que están haciendo lo correcto.

La perspectiva de uno [como persona] importa mucho en estos casos. Después de los ataques a las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001, algunos palestinos celebraron en las calles, una reacción que muchos en Occidente tomaron como una depravación moral. Pero cuando los estadounidenses celebraron el asesinato de Osama Bin Laden en 2011 o cuando los israelitas silbaban y vitoreaban mientras caían las bombas en Gaza en 2014, quienes celebraban no pensaban que estuvieran haciendo algo vergonzoso en absoluto (Bloom, 2018: 215).

Las aseveraciones contra la empatía expresadas por Bloom implican que, como guía moral, aquélla es un recurso pobre, que hace falta mayor razonamiento debido a que las cuestiones morales relacionadas con la violencia son complicadas, por lo que, pienso, tanto las emociones y sentimientos deben acompañar a la inteligencia, a la razón en la vida cotidiana, debido a que son inseparables; así, no se debe establecer prioridad de una sobre otra, sino más bien armonizarlas; aún más: es necesario incluir la noción de espíritu o alma.

Considero necesario hacer un balance de lo hasta ahora expuesto, ya que el interés es construir una visión unitaria del ser humano, de un ente tripartito. Para ello, en primer lugar, es necesario señalar que la postura de Bloom de que se está mejor sin la empatía implica mantener la división entre razón y emociones como actividades separadas, lo cual es imposible, pues toda acción racional es pensada en conjunción con las emociones experimentadas, sean éstas de enojo o de felicidad. Y a la inversa, ya que es posible contener las emociones mediante un

razonamiento adecuado, pero hay que estar preparado para ello. No está de más señalar que este tema lo desarrollé en el cuarto capítulo del libro *Contrapoder y dominación* (2022).

Un dato que no debe soslayarse es la participación del espíritu que, al formar parte del cuerpo, conforma el todo corporal, idea retomada del filósofo español José Ortega y Gasset (2004). Este tema cobra importancia debido a que al espíritu se le ha asignado la función de conectar al ser humano con otra materialidad; sin embargo, ni en aquellas experiencias a las que se ha denominado estado de trance místico es posible anular la actividad emocional ni la racional.

Una prueba de que existe relación entre espiritualidad, razón y emociones es que quienes han experimentado dichos trances lo primero que refieren es haber tenido una sensación de paz; y remarco: “sensación”, esto es, la impresión que registran los sentidos, lo que en la vida cotidiana da fundamento a la actividad racional al igual que a las emociones. Al atestiguar distintos trances religiosos o místicos, el filósofo y psicólogo estadounidense William James (1842-1910) concluyó:

1. Que el mundo visible constituye una parte de un universo más espiritual del que extrae su sentido esencial.
2. Que la unión o la relación armónica con este universo superior es nuestro verdadero objetivo.
3. Que la plegaria o la comunión íntima con el espíritu trascendente, ya sea “Dios” o la “ley”, constituye un proceso donde el fin se cumple realmente, y la energía espiritual emerge y produce resultados precisos, psicológicos o materiales en el mundo fenomenológico (James, 1994: 363).

Estoy consciente de que el “sentir” propio de otras realidades, diferentes del mundo sensible que experimentamos a diario, tiene presencia o forma parte de las emociones y la razón, aunque puede resultar infundado. Por ello, considero necesario acudir a las ideas de Xavier Zubiri (1898-1983), quien en su propuesta sobre la inteligencia sentiente explica cómo la alteridad, que en este caso es la experiencia de otra materialidad, impresiona al sentiente, en este caso el ser humano.



## Inteligencia sentiente

Diversos autores han debatido en torno a si el sentir forma parte del acto de razonar, como del emotivo y del espiritual; pero, para los fines de esta investigación, voy a acudir a lo dicho por Michel de Montaigne, pensador francés del siglo XVI, y al filósofo vasco Xavier Zubiri, del siglo XX.

En los *Ensayos* (1941), Montaigne desarrolla su percepción sobre las pasiones, entendidas como aquello que más nos gusta, como ese sentimiento vehemente que desborda los límites, incluso del dolor; empero, para este trabajo me interesa destacar cómo es que las pasiones vinculan la razón con las emociones y el espíritu. A decir de Montaigne, son sensaciones originadas en diversas partes del cuerpo, esto es, en nuestros órganos; aunque también hay afecciones del espíritu, cuyo origen no es natural, sino que se asocian con las producciones culturales, con la geografía social, y son parte de las facultades del espíritu, designándoseles apetitos y deseos, los cuales causan alteraciones en el ser humano, lo que incluye a la razón.

En el ámbito hispano, uno de los pensadores que abordó el tema de las relaciones entre emociones y razón es Xavier Zubiri, quien en su libro *Inteligencia sentiente*, publicado por primera vez en 1980, señaló que las filosofías griega y moderna consideraron que el inteligir (proceso de conocimiento) y el sentir eran actos de facultades opuestas; por ello indaga sobre qué tipo de facultades están implicadas o en qué consiste dicha oposición, y apunta: “Como no se han determinado qué sean el inteligir y el sentir en cuanto tales, resulta que su presunta oposición queda entonces en el aire” (Zubiri, 1991: 25). Al no encontrar una respuesta satisfactoria, avanza con respecto al estudio de las definiciones hacia un análisis del modo mismo, esto es, de los actos de inteligir y de sentir.

Para Zubiri, sentir e inteligir son dos modos de darse cuenta de una cosa, de un algo; en otras palabras, son dos modos de conciencia. Es un darse cuenta de lo que ya está presente; por ello escribe: “En la intelección me ‘está’ presente algo de lo que yo ‘estoy’ dándome cuenta. La unidad indivisa de estos dos momentos consiste, pues, en el ‘estar’.

El ‘estar’ es un carácter ‘físico’ y no solamente intencional de la intelección” (Zubiri, 1991: 22).

La alusión al término físico apunta a lo real, que es un estar con la cosa y en la cosa, de tal manera que ese algo se está quedando en la intelección. Zubiri explica que ésta es un acto de aprehensión; sin embargo, es oportuno preguntar: ¿ello qué implica? Y afirma que no es una teoría, sino un hecho: “el hecho de que me estoy dando cuenta de algo que me está presente, una captación en la que me estoy dando cuenta de lo que está captado [...]. La aprehensión es el acto presentante y consciente. Este ‘y’ es justo la esencia misma unitaria y física de la aprehensión. Entender algo es aprehender intelectivamente algo” (Zubiri, 1991: 23). Así, al acto de percibir lo llama “sentir”, que es la noción que me interesa para esta parte del trabajo.

En este sentido, reflexiona sobre la índole física de la intelección, esto es, sobre la búsqueda de la índole formal del sentir. Sostiene que la intelección es un acto de aprehensión cuyo carácter también pertenece al sentir; por ello, la aprehensión sensible y la aprehensión intelectual tienen el mismo objeto y, por tanto, su diferencia sólo es modal en la aprehensión de un mismo objeto. En relación con el sentir, Zubiri lo refiere como aprehensión sensible, capacidad que se comparte con los animales, aun cuando no es propia de ellos, sino que la intelección de las personas, que forma parte del reino animal, debe contrastarse con el puro sentir animal, que es diferente del humano.

La diferencia entre entender y sentir sólo es modal en lo tocante a la aprehensión de un mismo objeto y, puedo agregar, en lo que respecta a la experiencia de un algo. Desde esta base, describe que, en la estructura formal del sentir, “la unidad procesual del sentir está determinada por la estructura formal de la suscitación. Lo que suscita el proceso sentiente es la aprehensión de lo suscitante. Y como lo que esta aprehensión determina es un proceso sentiente, resulta que la aprehensión misma que lo suscita debe llamarse estrictamente aprehensión sensible” (Zubiri, 1991: 31), y esta última tiene dos aspectos:

1. Determinar el proceso sentiente en el momento de su modificación y respuesta.

2. En su estructura formal propia y en su virtud desencadena el proceso de sentir, que en cuanto tal es aprehensión impresiva.

En este sentido, la impresión tiene tres momentos: primero, la afección del sentiente por lo sentido, esto es, que el sentiente “padece” la impresión; luego, dicha impresión tiene esencia y constitutivamente el carácter de hacernos presente aquello que impresiona; y, por último, es la fuerza de imposición con que la nota<sup>7</sup> presente en la afección se impone al sentiente. Por tanto, la unidad intrínseca de estos tres momentos es decisiva para constituir la impresión.

Lo que especifica los distintos modos de aprehensión sensible son justamente los diferentes modos de la alteridad, ya que esta última no sólo es la cualidad de ser otro, sino que además tiene, ante todo, contenido propio, por lo que está presente como otro, esto es, hay independencia del contenido con respecto del sentiente. Por ello, hablar de autonomía implica que no es idéntico en contenido porque “el mismo contenido puede tener distintas formas de quedar, distintas formas de independencia, distintas autonomías. Autonomizar es, pues, forma de quedar” (Zubiri, 1991: 35).

La nota sentida depende del sistema de receptores, pero el quedar, esto es, la manera cómo se percibe, no depende de los receptores en sí mismos, sino del modo de habérselas el sentiente en su sentir, esto es, en su habitud. Finalmente, con base en lo expuesto, Zubiri concluye:

En definitiva, la impresión sensible es una impresión que afecta al sentiente haciéndole presente lo que impresiona, esto es, una nota, en formalidad de independencia con un contenido propio tanto elemental (una sola nota) como complejo (una constelación de notas). En su alteridad misma, estas notas independientes se imponen con fuerza variable al sentiente. Y así impuesta, la impresión determina al proceso del sentir: la suscitación, la modificación tónica y la respuesta (Zubiri, 1991: 39).

<sup>7</sup> Zubiri emplea la noción de “nota” refiriéndose a lo que está en presencia.

Finalmente, de la exposición de las ideas de Zubiri es oportuno destacar que la impresión afecta, es decir, produce un efecto sobre todo el ser del sentiente, y esto es de suma importancia para entender su propuesta debido a que el “objeto formal no está dado por los sentidos ‘a’ la inteligencia, sino que está dado por los sentidos ‘en’ la inteligencia” (Zubiri, 1991: 86). Entonces, lo aprehendido sentientemente ha sido en impresión de realidad; por ello, señala que hay un solo acto: la aprehensión sentiente de lo real como real.

Con base en las ideas de Zubiri, es dable señalar que, al considerar la unidad intrínseca de razón, emociones y espíritu, la experiencia, el sentir otra realidad a la que generalmente sólo se le relaciona con el espíritu es una vivencia tanto emocional como racional, aunque no se tenga plena conciencia de ello.

En este sentido, el que un número considerable de ideas se centre en destacar la parte adversa o desfavorable tanto de las emociones como del razonamiento no implica que dichas capacidades sean negativas y que debido a ellas vivimos en un mundo conflictivo.

### **Cierre del ser humano, ente tripartito (primera parte)**

Hay múltiples problemas que se adjudican tanto al razonamiento como a las emociones, como los asesinatos en escuelas, el acoso (o *bullying*), los constantes enfrentamientos en las calles, además de las guerras – mientras escribo, las tropas rusas invaden Ucrania, por ejemplo –, dificultades que enfrentan todo tipo de personas, ya sea que tengan un doctorado en física o filosofía o que sean trabajadores de cualquier otra área, por lo que es pertinente señalar el clima de hostilidad vivido en los centros laborales, el acoso de todo tipo que en fechas recientes, me refiero al 2022, está saliendo a la luz, así como las agresiones a estudiantes mujeres en diversas universidades por parte de personas con altos niveles educativos. Así, los conflictos no son causados ni por la razón ni por las emociones, sino que hay otros factores que inciden, por ejemplo, una deficiente orientación sobre la vida en la que se transmite desprecio por las características físicas de cierto tipo de personas, lo

que muestra la importancia, en primer lugar, de tener conciencia de la unidad entre emociones y razonamiento, y, junto con ello, de la presencia de la actividad espiritual en nuestro ámbito cotidiano.

Dada la importancia del tema de la integración de emociones e intelecto, considero relevante hablar sobre la inteligencia emocional con un doble propósito. En primer lugar, porque en los análisis de cómo se senti-piensa el mundo hay una explicación biológica de la formación del cerebro, lo que orienta sobre por qué las emociones y la inteligencia son inseparables; y, en segundo lugar, porque es posible armonizar ambas capacidades humanas con el objetivo de construir una mejor convivencia. Por ello, es oportuno comenzar por esta última.

### **La inteligencia emocional: cerebro emocional y cerebro pensante**

Debido a los problemas señalados –violencia, acoso, abuso, etcétera–, relacionados con el ámbito racional, así como con el emocional, presento una de las tendencias actuales con base en las cuales se intenta armonizar ambas capacidades humanas. En este sentido, ante las dificultades del ser humano de comprenderse a sí mismo, se plantea otra tarea fundamental: la necesidad de entender a los demás, de saber por qué se comportan de una determinada manera. Por esta razón se tiende a evaluar su comportamiento, a preguntarnos: ¿las personas son fiables o peligrosas? La desconfianza hacia los demás, sobre todo si no los conocemos, se origina en múltiples factores, entre ellos la competitividad –tan valorada en la actualidad– y, sobre todo, la carencia de bienes materiales.

Así, para aproximarme a las dificultades derivadas de las relaciones sociales, considero relevante abordar lo relativo a la inteligencia emocional (IE), y de acuerdo con Pablo Fernández-Berrocal (2021), las propuestas teóricas que preceden a los estudios sobre aquélla son las relativas a la inteligencia social, a las inteligencias múltiples y las investigaciones sobre las emociones y la cognición.

Con respecto a la inteligencia social, el psicólogo y pedagogo estadounidense Edward L. Thorndike (1874-1949) apuntó, en 1920, que

aquella es la capacidad de relacionarnos de forma efectiva con los demás y comportarse con sabiduría en las relaciones sociales. Por otra parte, fue hasta la década de los ochenta del siglo XX, cuando el psicólogo estadounidense Howard Gardner (1987) expuso su propuesta de las inteligencias múltiples, en la que se indica que la inteligencia no es una sola entidad, un potencial con límites predeterminados genéticamente y difíciles de cambiar. Con base en ello, Fernández-Berrocal escribe que al menos hay ocho tipos de inteligencia: lingüística, lógico-matemática (centradas en los símbolos), cinético-corporal, musical, espacial, naturalista (centradas en los objetos), interpersonal e intrapersonal (inteligencias personales); estas dos últimas están más conectadas con la IE y enfocadas en el conocimiento del ser humano.

En resumen, para Gardner la inteligencia intrapersonal se dirige hacia el interior y la persona que la tiene “se conoce bastante bien a sí misma; puede identificar sus propios sentimientos, objetivos, miedos, virtudes y defectos, y, en las circunstancias más afortunadas, puede usar este conocimiento para tomar con buen criterio decisiones importantes”. En cambio, la inteligencia interpersonal nos sirve “para diferenciar a las personas, entender sus motivaciones, colaborar con ellas de una manera eficaz y, si es necesario, manipularlas” (Fernández-Berrocal, 2021: 18).

Son múltiples las investigaciones en materia de emociones y cognición, de ahí la dificultad de presentar una reseña; por ello, procedo a exponer las primeras ideas en torno a la IE.

Los investigadores que abrieron el debate con la publicación del artículo “Inteligencia emocional” en 1990 son Peter Salovey (Universidad de Yale) y John Mayer (Universidad de Hampshire). Por su parte, Fernández-Berrocal señala que la IE se basa en el uso adaptativo de las emociones para solucionar problemas y acoplarse de forma eficaz al medio, y se plantea un conjunto de cuatro habilidades:

1. Percepción, evaluación y expresión de las emociones. La habilidad para identificar las emociones en uno mismo y expresarlas de una ma-

nera adecuada, así como para discriminar con precisión las emociones de otras personas.

2. La emoción facilitadora del pensamiento. La habilidad para poner las emociones al servicio de nuestra forma de procesar la información, tomar decisiones y solucionar problemas.
3. Comprensión y análisis de las emociones: conocimiento emocional. La habilidad para etiquetar las emociones, comprender las emociones complejas y su evolución a lo largo del tiempo.
4. Regulación de las emociones. La habilidad para manejar las emociones en uno mismo y en los demás, moderando las emociones negativas y aumentando las positivas sin reprimir o exagerar la información que conllevan (Fernández-Berrocal, 2021: 25).

El conjunto de habilidades que integran la IE forman parte de un modelo jerárquico, por lo cual, para llegar a las habilidades de mayor complejidad, como la regulación emocional, es necesario el conocimiento y dominio de cada una de las habilidades previas. Un correcto manejo de dicha habilidad repercute en la salud general de las personas, sobre todo en la mental, ya que el individuo es consciente de sus habilidades y se siente capaz de enfrentar las tensiones de la vida.

Por otra parte, el último autor citado señala que en 2021 la OMS informaba que 4.4 por ciento de la población mundial sufría de trastorno depresivo y 3.6%, de trastorno de ansiedad, además de dependencia al alcohol y drogas, insomnio, depresión mayor, etcétera. Más de 300 millones de personas viven con depresión en el mundo, constituyendo el principal problema de salud y causa de discapacidad (Fernández-Berrocal, 2021: 66-67).

En este sentido, Fernández-Berrocal cuestiona a los que llama “chamanes de la psicología pop”, quienes afirman que para ser felices hay que ser siempre positivos, situación que está alejada de la realidad debido a que no hay evidencia de que ello sea posible. Entonces, es necesario señalar que las emociones negativas o desagradables son imprescindibles para la supervivencia del individuo. Al respecto, “las investigaciones de los neurocientíficos Joseph Ledoux y Antonio Damasio han mostrado la dimensión funcional y biológica de las emocio-

nes, resaltando que son producto de la evolución y que permiten a los animales (incluidos los humanos) sobrevivir en entornos adversos y hostiles” (Fernández-Berrocal, 2021: 83).

En resumen, las emociones desagradables son inseparables de una vida normal; lo peligroso es su permanencia durante periodos prolongados y que superen a las agradables. Por otra parte, las emociones negativas activan la amígdala; por ello, las personas cuya amígdala se recupera más despacio tienen más probabilidades de sufrir problemas de salud. Sin embargo, “lo interesante es que esta estructura subcortical aprende y se puede educar” (Fernández-Berrocal, 2021: 84). Así, las emociones y la inteligencia se podrán constituir en el viento que impulse la existencia y no la tempestad que la arrase.

La segunda propuesta que animó la inclusión de este subcapítulo es la relación biológica entre las emociones y la inteligencia. En este punto, es oportuno abordar el libro *La inteligencia emocional*, del psicólogo y periodista Daniel Goleman (1996). Empero, antes de continuar con las ideas del pensador norteamericano, debo señalar que Fernández-Berrocal se refirió a Goleman como un autor que tuvo la fortuna de estar en el lugar y en el momento adecuados, pues su propuesta de IE, aunque acertada, era una idea presente en la sociedad occidental: “el éxito personal y profesional no dependen de nuestra inteligencia clásica, sino de nuestras competencias emocionales y sociales” (Fernández-Berrocal, 2021: 19).

Ahora, siguiendo con Goleman, quien presentó ideas interesantes en torno a la IE, debo de señalar que él apunta que en eventos desafortunados, como asesinatos y violaciones, se experimenta una pérdida de control sobre las emociones; en otras palabras, del dominio sobre lo que se ha denominado lo irracional, lo cual es un reto, ya que un número significativo de estudiosos señalan que el coeficiente intelectual (CI) no puede modificarse, por lo que la vida del ser humano está determinada por esta aptitud.

De acuerdo con Goleman, desarrollamos habilidades útiles para desempeñarnos en diversas situaciones y tareas. Por ejemplo, algunas personas con un CI bajo pueden resolver problemas cotidianos que resultarían sumamente difíciles para otras con un CI elevado. El mejor



ejemplo es la socialización, por lo que dice que “la herencia genética nos ha dotado de un bagaje emocional que determina nuestro temperamento, pero los circuitos cerebrales implicados en la actividad emocional son tan extraordinariamente maleables que no podemos afirmar que el carácter determine nuestro destino” (Goleman, 1985: 10); y expresa su esperanza de que se aplique algo que, afortunadamente, ya tiene algunos años llevándose a cabo, que la educación incluya la formación en habilidades como el autoconocimiento, el autocontrol y la empatía, entre otras.

En este punto, considero oportuno incluir algunas reflexiones de Goleman sobre la amígdala, por su importancia para la comprensión de nuestra especie. Así, señala que es una estructura relativamente grande en comparación con la de nuestros parientes evolutivos, los primates. Existen, en realidad, dos amígdalas, cada cual colocada en un hemisferio cerebral y que constituyen un conglomerado de estructuras interconectadas en forma de almendra (de ahí su nombre, pues se deriva del vocablo griego que significa “almendra”). Se ubican encima del tallo encefálico, cerca de la base del anillo límbico, ligeramente desplazadas hacia delante. El hipocampo y las amígdalas fueron piezas clave del primitivo “cerebro olfativo” que, a lo largo del proceso evolutivo, dio origen al córtex y posteriormente al neocórtex (Goleman, 1985: 27).

De modo que el problema no está en la emotividad, sino en que se exprese de manera oportuna y correcta, pues, como señala Goleman, cuando los sociobiólogos abordan el tema de las emociones, no dudan en aseverar que cuando se presentan situaciones verdaderamente difíciles prepondera el corazón sobre la cabeza; sin embargo, hay que tener en cuenta que “cada emoción nos predispone de un modo diferente a la acción; cada una de ellas nos señala una dirección que, en el pasado, permitió resolver adecuadamente los innumerables desafíos a que se ha visto sometida la existencia humana” (Goleman, 1985: 14). Agrega que las emociones se han integrado al sistema nervioso en forma de tendencias innatas, por lo cual es que muchas veces nuestras acciones dependen más de las emociones que del pensamiento:

En un sentido muy real, todos nosotros tenemos dos mentes, una mente que piensa y otra mente que siente, y estas dos formas fundamentales de conocimiento interactúan para construir nuestra vida mental. Una de ellas es la mente racional, la modalidad de comprensión de la que solemos ser conscientes, más despierta, más pensativa, más capaz de ponderar y de reflexionar. El otro tipo de conocimiento, más impulsivo y más poderoso –aunque a veces ilógico–, es la mente emocional (Goleman, 1985: 20).

En este sentido, ambas mentes trabajan en estrecha colaboración para guiarnos adecuadamente; empero, cuando aparecen las pasiones, el equilibrio se rompe y la mente emocional supera a la racional. Para explicar por qué ocurre, Goleman señala que, debido a los millones de años de evolución, el cerebro ha ido creciendo de abajo hacia arriba, de modo que los centros superiores constituyen derivaciones de los inferiores, que son más antiguos.

El órgano más primitivo es el tallo encefálico (parte superior de la médula espinal). Este cerebro (que es el de la época de los reptiles) regula funciones vitales como la respiración, las reacciones y los movimientos automáticos, de modo que su trabajo es mantener el funcionamiento del cuerpo y asegurar la sobrevivencia. Del tallo emergió el neocórtex o cerebro pensante, lo que explica las relaciones entre emociones y pensamiento.

Goleman expone cómo algunas funciones primitivas se fueron desarrollando y su importancia en la sobrevivencia de la especie. Por ejemplo, el sistema límbico controla pasiones como el amor y la rabia, pero también el temor y cómo éste nos hace retroceder. También interviene en el aprendizaje y la memoria, aspectos que permiten ir más allá de las reacciones automáticas, ya que nos deja adaptarnos a las situaciones cambiantes del medio, de manera que, a medida que avanzamos en la escala filogenética, esto es, de reptiles a monos *rhesus* y de ahí a nuestra configuración actual, aumentó la masa del neocórtex; debido a ello, existen miles de circuitos neurales que vinculan el pensamiento con las emociones.

Señala que en el sistema límbico acontece una especie de “secuestro” o control del cerebro pensante, razón por la que experimentamos reacciones instantáneas y aquél apenas puede darse cuenta de lo que ocurre; no obstante, esta dinámica no siempre sucede de manera continua ni en grados extremos:

Las conexiones existentes entre la amígdala (y las estructuras límbicas relacionadas con ella) y el neocórtex constituyen el centro de gravedad de las luchas y de los tratados de cooperación existentes entre el corazón y la cabeza, entre los pensamientos y los sentimientos. Esta vía nerviosa, en suma, explicaría el motivo por el cual la emoción es algo tan fundamental para pensar eficazmente, tanto para tomar decisiones inteligentes como para permitimos simplemente pensar con claridad (Goleman, 1985: 41).

En lo antes citado se observa que la presunta contradicción entre razonamientos y emociones es falsa; en consecuencia, es de suma importancia señalar que un CI elevado no es fundamental para conseguir un buen trabajo ni un salario alto. En Estados Unidos, el CI parece representar sólo 20% entre los factores determinantes para obtener un buen salario; de ahí la importancia de armonizar la vida emocional en tanto capacidad de automotivación, fomentando la perseverancia, controlando aquello que nos desmotiva para seguir trabajando en la obtención de lo que se quiere, y esto incluye la capacidad de confiar en los demás y de empatizar.

La posibilidad de obtener empleo con buen o bajo sueldo tiene más que ver con la manera de reaccionar ante las vicisitudes de la vida, cuestión para la cual, por lo general, la vida académica no nos prepara, y, en este sentido, Goleman apunta:

Al igual que ocurre con la lectura o con las matemáticas, por ejemplo, la Vida emocional constituye un ámbito –que incluye un determinado conjunto de habilidades– que puede dominarse con mayor o menor pericia. Y el grado de dominio que alcance una persona sobre estas habilidades resulta decisivo para determinar el motivo por el cual ciertos individuos

prosperan en la vida mientras que otros, con un nivel intelectual similar, acaban en un callejón sin salida. La competencia emocional constituye, en suma, una meta-habilidad que determina el grado de destreza que alcanzaremos en el dominio de todas nuestras otras facultades (entre las cuales se incluye el intelecto puro) (Goleman, 1985: 50).

Posteriormente, explica cómo armonizar la IE. En primer lugar, el conocimiento de uno mismo, esto es, de las propias emociones en el momento en que se experimentan, es el primer paso para desarrollar la capacidad de controlarnos, por lo que seguir paso a paso el curso de las propias sensaciones es fundamental para la introvisión.

Las personas que están atrapadas en sus emociones sin poder clasificar, entender o saber qué sienten, por lo general, no son libres de pensamiento; empero, quienes saben lo que sienten, pero no intentan cambiar, también son prisioneras. Es decir, se trata de cambiar el estado de humor a uno satisfactorio, alegre, que contribuya a mejorar la situación que provocó el malestar. En este sentido, hay que tener presentes las señales intuitivas que nos pueden ayudar a decidir en quién confiar, con quién casarnos, qué trabajo aceptar, etcétera, aspectos que la lógica o el razonamiento son incapaces, por sí solos, de discernir de la manera más adecuada; no obstante, la maduración necesaria para la toma de aquellas decisiones que pueden calificarse como “correctas” lleva implícito otro factor: la conciencia, siguiente punto por tratar.

### **Una aproximación al tema de la conciencia**

En este punto, es esencial tomar en cuenta la sabiduría emocional acumulada por las experiencias pasadas; de ahí la importancia de la conciencia, pues, como señala el biólogo español José María Valderas, ésta no se reduce al conjunto de dichas experiencias, sino que es una multitud de estados conscientes, esto es, sensaciones presentes debido a la función que desempeñan. Sin embargo, no siempre se está plenamente atento a lo que se siente, pero cuando esto sucede, recibe el nombre de conciencia intencional y, en ese sentido, puede orientarse a un fin;

incluso puede ser descrita de manera objetiva. Por ese motivo, como señala Valderas, una de las teorías sobre la conciencia sostiene que: “un estado consciente implica la integración de una gran cantidad de información [...]. En esta propiedad integrativa reside, según algunos, la esencia misma de la conciencia” (Valderas, 2020: 11).

Otra concepción de la conciencia, complementaria de la anterior, afirma que aquélla es una construcción que surge cuando el cerebro se aplica a sí mismo el modelo que desarrolla para observar a los demás, dándose cuenta de sus actitudes. En otras palabras “el cerebro, al observar a otro individuo observando un objeto y actuando de acuerdo con lo que ha percibido sobre él, deduce que ha de tener algún tipo de noción mental del objeto en sí. Atribuir a una persona esta capacidad para representar algo mentalmente, es decir, tener conciencia subjetiva de algo, sería una buena forma de predecir su comportamiento” (Valderas, 2020: 11).

Por tanto, la conciencia es fundamental en dos funciones cerebrales: la respuesta adecuada a los estímulos del entorno, así como a las necesidades biológicas, y en el reconocimiento de las ventajas que ofrecen la cooperación y la sociabilidad. Posteriormente, el autor alude a otras concepciones de la conciencia, según las cuales ésta ya no es el sitio donde tienen lugar las percepciones subjetivas, ya que sí se puede investigar desde la actividad neuronal, lo que forma parte de las indagaciones de la física, del espacio tiempo, de la energía y la masa; es decir, la conciencia puede explicarse a partir de la teoría de la evolución.

Un punto de partida para Valderas es que la conciencia se ha desarrollado más en los humanos que en el resto de los animales, y la respuesta puede encontrarse en nuestra capacidad humana para empatizar, ya que esto ha permitido representarse el mundo material y social de una manera que ha trascendido las meras ventajas adaptativas. Ello se debe a que cuando las personas desarrollaron el pensamiento intencional, que se organiza de manera jerárquica: primero está la conciencia de sí mismo y, después, la representación de la mente de otro, lo que implica una teoría de la mente y permite entender, moldear, etcétera, la conducta de alguien más; ello hizo posible la cooperación generalizada.

No está de más señalar que la última idea, la de moldear la mente de otros, además de ser un factor de cooperación, también implica guiar y, con ello, controlar a los demás; si no a todos, por lo menos sí a algunos, tendencia identificada como parte del principio de apropiación-seguridad, según el cual el humano no sólo se adueña de lugares, plantas y otros animales, sino de la vida de otras personas. Esto fue desarrollado en la exposición de otros estudiosos como Paul Bloom; empero, como se ha analizado hasta este punto, las tendencias a la dominación y la autonomía son controlables, debido a que no se nace con ellas, sino que son conductas aprendidas. Es cierto que tienen su base en el reino animal al cual pertenecemos, pero en definitiva pueden ser moldeadas para mejorar una convivencia que vaya más allá de lo personal, familiar y grupal hasta –como señala Mario Magallón (2012)– incluir a toda la humanidad.

Para mejorar el trato entre humanos, es necesario fortalecer de manera consciente las acciones prosociales, es decir, el compañerismo, la solidaridad y la empatía, por su positividad. Así, la conciencia ha sido una de las características seleccionadas por la evolución debido a su contribución a la sociabilidad y se enriquece a medida que se desarrolla.<sup>8</sup>

Empero, los problemas actuales muestran que dicha toma de conciencia enfrenta algunas dificultades debido a que se entremezcla con experiencias y enseñanzas que la parcializan en un específico modo de vida; de ahí el surgimiento de conflictos como el racismo. Claro, esto no ocurre en todos, pero sí en un número significativo de personas, tema fundamental en el quinto capítulo que se tratará al abordar la ética intercultural.

El cerebro ofrece los medios para forjar lazos sociales. Además de la conciencia, el ser humano ha experimentado otras mutaciones genéti-

<sup>8</sup> Lastimosamente, en el caso de México la difusión en torno al control de las emociones y su relación con la inteligencia se realiza de manera bastante defectuosa, pues sólo se brinda información sobre la empatía y los problemas que atraviesa la niñez y la juventud, pero difícilmente quien instruye logra concienciar de manera aceptable a los estudiantes, lo cual es una desgracia, pues nuestras pasiones e inteligencia bien conducidas pueden dar lugar a una mejor convivencia.

cas, lo que posibilitó la expresión más elevada de aquélla: el habla. Al respecto, Valderas apunta que

[...] lenguaje y conciencia se reforzarían el uno a la otra a todos los niveles, tanto neurológico como el conductual. Un sistema consciente prelingüístico permite el desarrollo de una teoría de la mente sin la cual la comunicación, lingüística o de cualquier otro tipo, sería infinitamente menos eficaz y profunda, y el lenguaje, a su vez, permite tejer redes sociales cada vez más complejas que conducen a una mayor capacidad para interpretar al otro y a nosotros mismos. Además de ser el lenguaje un importante acelerador de la evolución cerebral [...] (Valderas, 2020: 73).

En este sentido, el pensamiento se funda en el lenguaje y éste es un impulso poderoso para el desarrollo de la mente consciente; sin embargo, es irónico que no podamos expresar la experiencia de la propia conciencia más allá del lenguaje en primera persona. Finalmente, con respecto a este tema, sólo resta señalar que la toma de conciencia de la situación actual involucra otros aspectos, los cuales están relacionados con la situación social y la idea que sobre esto se tiene, la cual, en el caso de América Latina, es una percepción degradada de quienes habitamos en esta región del mundo. De modo que la experiencia de la vida social, en lo referente a la toma de conciencia, adquiere otros matices que es necesario escudriñar, lo que se hará más adelante; sin embargo, antes es necesario señalar la conflictiva situación experimentada en la sociedad actual.





## IV. LA ÉPOCA DE LAS EVIDENTES TENSIONES

Una de las conclusiones que se desprenden de los análisis sobre la solidaridad, el compañerismo y la empatía, así como de las tendencias contrarias, esto es, al control y a la dominación, es que no se pueden abordar por separado; por ello, para abordar la condición humana en la sociedad actual, es dable recurrir a Jeremy Rifkin, quien sostiene que experimentamos un despertar de la conciencia empática, empero, desafortunadamente, esto ocurre cuando estamos próximos a terminar con la vida en el planeta.

Antes de continuar con la exposición sobre la situación global del presente, en la que efectivamente la vida humana corre un alto peligro de desaparecer, resulta oportuno recordar que, de acuerdo con Rifkin, vivimos en una época empática, aunque hay diferencias culturales en la manera como las sociedades forman a las personas en ese sentido:

Por ejemplo, en las escuelas estadounidenses abunda la enseñanza centrada en la autoestima. Si la conducta de un niño perjudica a otro, el enseñante le instará a reflexionar sobre el efecto que pueden haber tenido sus actos en la autoestima del otro niño y sobre el efecto que habría tenido en su propia autoestima el hecho de que alguien se hubiere portado de la misma manera con él.

En cambio, en una escuela japonesa, donde se destaca más la superación de uno mismo que ser el mejor, al final de cada jornada se pide a los niños que reflexionen –*hansei*– para determinar hasta qué punto “su actuación individual o colectiva” ha estado o no a la altura de los objetivos de la clase (Rifkin, 2010: 135).

A partir del panorama que nos muestran estos ejemplos, es posible atisbar la situación actual de la empatía. Para Rifkin, la mayoría de las personas forma parte de infraestructuras económicas, sociales y políticas que se extienden por todo el globo. Es común que la llamada mano de obra traspase las fronteras nacionales, más de manera indocumentada que legal, con lo que se podría decir que el mundo se ha encogido, ya que podemos encontrar seres humanos de las más distantes culturas prácticamente en todos los países; sin embargo, como crítica a este autor, debo subrayar que esto no ocurre siempre por propia voluntad, sino que en no pocas ocasiones las personas se ven obligadas a huir de sus hogares. Pero antes de profundizar en este tema, retomaré el relativo a la empatía hoy en día.

La cosmopolitización de la especie humana ha promovido que en los centros laborales de algunos países se lleven a cabo talleres de sensibilización y respeto a otras culturas y religiones, lo que obviamente incluye el tema del color de la piel. Por ello, Rifkin opina que ha empezado una etapa de tolerancia, y me parece que también inicia una de preparación para que en dichos centros de trabajo se acepte la diversidad, lo cual revela la falta de respeto que todavía se observa en contra de los migrantes; no obstante, desde mi perspectiva, la tolerancia no es el concepto más adecuado para abordar la convivencia humana, pues tolerar implica soportar, resistir aquello con lo que no se está de acuerdo y que, por no quedar de otra, entonces es aceptado. En cambio, para Rifkin “las sociedades basadas en el conocimiento, gracias a su elevado grado de individualismo y expresión personal, muestran niveles más altos de extensión empática. La individualidad conduce a mayores cuotas de confianza y franqueza con los demás y a una mayor tolerancia hacia quienes son diferentes” (Rifkin, 2010: 436).

En su opinión, se ha promovido la aceptación de las distintas manifestaciones identitarias en torno al género y a las preferencias sexuales, así como un trato justo en todos los niveles hacia hombres y mujeres, donde sea que se ubiquen dentro del amplio espectro de la diversidad, que incluye a la comunidad LGTTTBQ+ (integrada por personas lesbianas, gais, transgénero, transexuales, travestis, bisexuales, *queer* y otras). Por otra parte, se han adecuado leyes, así como espacios públicos, para la gente con capacidades diferentes, a quienes antaño se trataba como a una molestia. No debe olvidarse la ampliación del corpus de derechos de los niños, el reconocimiento de los derechos de los animales y el gran esfuerzo empeñado en el bienestar ecológico del planeta que, desde luego, beneficia a toda la humanidad.

Sin embargo, pese a la clara trascendencia del cúmulo de medidas proyectadas para mejorar la convivencia, la mayoría de quienes ocupan los puestos directivos de la política y la economía hacen todo lo posible para mantener su nivel de ganancias e incrementar su control sobre la población, valiéndose, justamente, de las diferencias sociales. Todo ello ha provocado grandes movimientos por parte de las poblaciones afectadas en busca de un modo satisfactorio de vida.

Frans de Waal encontró que los humanos detestan las jerarquías sociales; sin embargo, las han creado a través de la convivencia; por ello experimentan empatía por otros en situaciones semejantes, salvo que se les tenga envidia o representen una amenaza a su seguridad, por lo que entonces la confianza se verá disminuida y se tomará partido por el más débil. Cabe recordar algo expresado en el primer capítulo, que la búsqueda de justicia inició con la conciencia de que el reparto de comida y, en general, de productos para la sobrevivencia estaba siendo inequitativo, de modo que, en ese conjunto de empujones, gritos y gestos agresivos, que las más de las veces no pasaban de ello, mediante los cuales se mostró inconformidad y se procuró revertir la inequidad, es un aprendizaje que debe estar presente en los seres humanos actuales. En palabras de Frans de Waal: “Nuestra especie tiene una vena subversiva distintiva que asegura que, por mucho que admiremos a los que tienen el poder, siempre nos encantará ver cómo alguien les baja los

humos. Los grupos humanos igualitarios de hoy, como los cazadores recolectores y los horticultores, muestran la misma tendencia. Ponen por delante la compartición y suprimen las distinciones de riqueza y poder” (Waal, 1997: 208).

Cabe señalar que, desde la experiencia de los migrantes latinoamericanos, dicha condición se vive en diferentes modalidades y grados, por lo que “la evidencia demuestra que estamos siendo testigos de la mayor oleada de extensión empática en toda la historia de la humanidad. Esta oleada, no obstante, está limitada a las poblaciones acomodadas de las naciones más desarrolladas y a los enclaves de la clase media de los países en vías de desarrollo” (Rifkin, 2010: 438). Las personas somos cooperativas, altruistas y empáticas, pero para estar en concordancia con la vida social, donde los cambios más significativos acontecen de manera inesperada, es necesario prepararse para las nuevas condiciones socioambientales.

### **Los problemas actuales a la luz de la violencia**

Para algunos pensadores, el origen de los problemas actuales está en nuestra tendencia a la violencia, a la que consideran algo natural; de ahí que padezcamos preocupantes niveles de contaminación por el uso intensivo del petróleo y que vivamos bajo la amenaza de un pronosticado armagedón nuclear, del riesgo asociado con la producción y manipulación de armas químicas y biológicas, incluyendo a ciertos virus, como el que originó la Covid-19, pues pese a que la ONU y diferentes instancias, sobre todo de Estados Unidos, han señalado que el SARS-CoV2 no ha sido usado como un arma bacteriológica, en la conciencia de cientos de miles de personas persiste la idea de que éste es un instrumento, un arma con la que se intenta controlar nuestras vidas. Creámoslo o no, hay muchas dudas en torno a la pandemia cuyo inicio se identificó en China en 2019.

Por lo anterior, el siguiente análisis se sustentará, principalmente, en los instintos como guías no determinantes de la conducta humana, pero

sí como un impulso, según lo señala Matt Ridley, incluso de la conducta compleja, aunque “no tiene por qué ser automático” (Ridley, 2010: 66). En este sentido, la noción de instinto resulta útil para entender que una parte de la conducta es heredada, está integrada y se actúa de una manera casi automática.

Una de las ideas más interesantes que he encontrado, pues permite entender por qué recurrimos a la violencia, la publicó el escritor colombiano Germán Uribe en la revista *El Tiempo*:

La violencia de los hombres es tan remota como la controversia sobre su legitimidad. Es legítima para quienes, teniendo el poder, quieren perpetuarlo; es legítima para los oprimidos que quieren sacudirse el yugo del poder; es legítima en los dioses para aplicar la soberbia de su arbitraria voluntad; es legítima en el Dios de los cristianos para castigar a quienes burlan sus leyes, y es legítima para todo aquel que le dé la gana de creerse con la verdad revelada e imponerla (Uribe, 2005: s. p.).

### **La violencia, ¿consustancial al ser humano?**

Con base en la última cita, destaco la idea de la violencia que, para algunos autores, es algo consustancial al ser humano. Así, se puede emplear para conculcar unos derechos y para acallar otros; todo depende de quién y de qué se quiera legitimar. En este punto, se deja entrever la existencia de intereses, objetivos egoístas, los cuales han estado presentes en la historia de la humanidad, y cuya presencia cotidiana en las relaciones humanas es innegable; por ello, de manera interesante, algunos investigadores sociales han caracterizado a la violencia como una tendencia innata.

En este orden de ideas, el antropólogo estadounidense Michael P. Ghiglieri, en su libro *El lado oscuro del hombre*, expone que hay razones naturales, así como culturales, por las cuales los seres humanos y, principalmente, los varones actúan de manera violenta. Para sustentarlo, acude a episodios de asesinatos entre chimpancés salvajes, en donde

encuentra analogías con el comportamiento humano. Huelga decir que no citó el ejemplo de los bonobos (chimpancés pigmeos), entre los que no se registran asesinatos.

Para Ghiglieri, los instintos son la causa del comportamiento humano; desde esa base, explica por qué los varones son más violentos que las mujeres, y en su opinión, se debe a la necesidad de transmitir el material genético mediante el sexo, así como por su papel natural de proveedor.

Relata que los niños, antes de los dos años, ya identifican lo masculino y lo femenino, por lo cual insisten en copiar a su propio sexo e incluso los comportamientos que consideran más adecuados para éste, independientemente del sexo del actor a quien se imita. Esta división conduce a los niños a ser violentos, y debido a eso padres y madres educan a sus hijas e hijos de diferentes maneras. Y el proceso evolutivo ha hecho que las prioridades de hombres y mujeres sean completamente diferentes. Vale recordar que la imitación no es motivo suficiente para hablar de la violencia como algo natural en el ser humano.

Ghiglieri se basa en el supuesto de que las características propias de un sexo ayudan a sus miembros a ganar a sus rivales en la competencia por el apareamiento, de ahí que concluya que “la selección sexual del macho muy viril es la que lleva a la guerra, la violación y buena parte de los asesinatos que se producen en la naturaleza” (Ghiglieri, 2005: 29). Ello se debe a que no hay hembras suficientes para que todos los machos se apareen adecuadamente; sin embargo, advierte, la biología del comportamiento siempre está modulada por la crianza, creando una gradación que se debe estudiar por separado.

Referente a lo biológico, continúa Ghiglieri, en los hombres la testosterona reduce el miedo, aumenta la agresividad y aporta glucosa a los músculos, es decir, los prepara para la acción. Por otra parte, el papel del macho es alimentar a toda su familia, por lo que, si muere, es posible que también lo haga la familia; aunque señala que:

Los machos de otras especies también se ocupan de sus familias. Ninguno de ellos lo ha aprendido a través de su “sociedad”. Tampoco los

hombres cuidan a sus familias por puro mimetismo de otros esposos o padres (aunque eso también contribuye). El impulso que sienten los hombres a invertir en sus hijos es universal; se trata de otro instinto modelado por la selección natural que está enraizada en la psique masculina (Ghiglieri, 2005: 51).

Aquí debo acotar que, en innumerables ocasiones, las madres han desempeñado, además de lo asociado con su rol, el del padre, y mucho mejor.

Sé que las ideas expuestas por el antropólogo estadounidense en torno de los roles sexuales resultan extrañas, razón por la cual cito a Ridley quien, desde otra perspectiva, anotó: “Hoy día nadie niega que los hombres y las mujeres difieren no sólo en anatomía, sino también en conducta [...] lo cierto es que afirmar que –salvo excepciones– las diferencias mentales y también físicas entre los sexos ya no resultan polémicas” (Ridley, 2010: 67).

A un número considerable de antropólogos les causa animadversión la disciplina que proporciona pruebas sobre la existencia de las diferencias sexuales biológicas. No está de más señalar que, a pesar de lo controvertidas que resulten, no es posible soslayar que algunos investigadores sostienen que la psique humana está genéticamente preparada para aprender sobre la división sexual del trabajo, así como acerca de los roles femenino y masculino, en opinión de Ridley, “provechosos” para las mujeres y los hombres; y en este punto anoto una de las ideas que me parecen más controvertidas. Citando al estadounidense Donald Symons, escribe:

Pero “la caza, la lucha, y esa actividad tan indefinida como es la política”, añadía, “[son] ámbitos muy competitivos, muy masculinos”. La caza, la lucha y la política son, por supuesto, los campos principales en los que los hombres pelean por el control que ejercen otros hombres de los recursos que son básicos para atraer y cuidar a las mujeres. Y a menudo los hombres lo hacen de forma violenta, robando, asesinando, haciendo la guerra y sembrando el caos por doquier (Ridley, 2010: 52).

Ahora bien, las posteriores ideas de Ghiglieri, básicamente, se sustentan en las posturas expuestas, pues a pesar de que al ser humano se le considere un ente con uso de razón, también influyen en él sus instintos y emociones. Para apoyar sus dichos, reflexiona en torno al sistema límbico, que es una red de estructuras neuronales compuesta por el hipotálamo, la amígdala, el tálamo, entre otros. Dicho sistema hace que mujeres y hombres se comporten de manera diferente. Entre estas diferencias señala que ellas cuidan sus relaciones, pues los hombres que dudan de su paternidad ponen poco o nulo esfuerzo en el cuidado de esos niños.

Ghiglieri destaca otros problemas como las violaciones, los robos y las guerras que, en su opinión, tienen como causa el sexo con fines reproductivos; por ello en las guerras se perpetran violaciones masivas de mujeres integrantes del grupo perdedor. En este sentido, escribe que “la guerra es una estrategia masculina para la reproducción. Lo único que requiere esta estrategia es que los agresores luchen y ganen más a menudo que los agredidos. Sin embargo, como la guerra plantea un riesgo letal, cabe preguntarse qué botín merece tan alto riesgo” (Ghiglieri, 2005: 207). Respecto a lo expresado en esta cita, el autor señala que, al estar expuestos a la muerte, los soldados buscan implantar su semilla. En este sentido, señala que, en promedio, desde las guerras napoleónicas los hombres combaten en seis batallas internacionales y en seis civiles cada década.

Como crítica a Ghiglieri, es oportuno señalar que concede poca importancia a los intereses económicos, religiosos, en general, a la ambición humana y al hecho de que los soldados son enviados a pelear; esto es, las más de las veces no van a luchar por su gusto. Muy diferente es que ya en situación de guerra aprovechen las circunstancias para ejercer violencia sexual. Por otra parte, el antropólogo continúa en la línea de que el varón es el sustento de la familia, por lo cual opina que, cuando se le dificulta cumplir con su papel de proveedor, en muchas ocasiones esto desencadena la violencia, que puede manifestarse de maneras variadas, incluyendo el homicidio; no obstante, hay una posibilidad de que la humanidad mejore, pero antes de develar este punto es esencial



analizar lo que ocurre en el mundo durante algunas guerras, así como a raíz de la pandemia de Covid-19, debido a que todo ello provoca tensiones en la sociedad y observarlo permite descubrir qué otros intereses impulsan las luchas armadas.

## **La situación de guerra**

Uno de los ejemplos más claros de violencia suele ser la guerra, sea interna o externa, debido a que implica muerte, violaciones, abandono, humillación, migración y, por ende, mayor pobreza, entre otros males, sobre lo cual se expondrán brevemente dos casos.

El primero se relaciona con el régimen talibán y la situación imperante en Afganistán. Es necesario señalar que en ese país cohabitan tres grupos extremistas: el mencionado movimiento, el Estado islámico (ISIS en inglés) y Al Qaeda, enfrentados entre sí, aunque tienen en común la creencia de que la religión debe comandar la vida política, económica y social. Como en 2021 los talibanes derrocaron al gobierno apoyado por Estados Unidos, ello condujo a nuevas hostilidades contra la población. Esto es importante, pues “ante el recuerdo de la experiencia talibán entre 1996 y 2001, muchos afganos han huido en masa del país en las últimas semanas, temiendo que ahora que tienen el poder se repita la historia” (Cueto, 2021). Incluso se han publicado imágenes de padres que en el aeropuerto entregan a sus hijos a desconocidos, debido a que tuvieron la suerte de conseguir un boleto de avión y podrán alejar a estos jóvenes de la guerra.

No debe olvidarse la violencia pública contra las mujeres<sup>1</sup> ni la posibilidad de una nueva invasión de fuerzas militares que intenten de-

<sup>1</sup> De acuerdo con AP News (2021), el líder de los talibanes, Haibatullah Akhundzada, declaró, en diciembre de 2021, que la mujer no es una propiedad, que debe dar su consentimiento para el matrimonio y no se debe forzar a una viuda a casarse, por lo que no debe coaccionar a ninguna mujer para contraer matrimonio, medida cuya aparente intención es abordar criterios que la comunidad internacional considera una

rocar a dicho régimen con la “intención” de “restaurar la paz” o, más bien, de que permanezcan los acuerdos económicos que benefician a los países de Europa y Norteamérica.

Así, este grupo dista mucho del que, en sus inicios, durante el enfrentamiento contra Rusia, prometía restaurar la paz y la seguridad, así como una versión austera de la *sharía* (ley islámica), y cabría señalar al fundamentalismo islámico como el culpable de este cambio.

Otro ejemplo canónico es el conflicto Israel-Palestina, que en 2021 se intensificó, pues los cohetes lanzados por Hamas y el Estado judío han provocado graves destrozos y numerosas muertes. Por ello creo oportuno revisar la historia.

Tras independizarse del Reino Unido, Palestina buscó constituirse en Estado. Por otra parte, debido al profundo antisemitismo prevaleciente en Europa, después de la segunda guerra mundial los judíos también buscaron fundar su propio país. Para este fin, la ONU determinó que el territorio entre el río Jordán y el mar Mediterráneo, espacio sagrado para judíos, católicos y musulmanes, fuese dividido y repartido a las dos naciones: “El Comité Especial de las Naciones Unidas sobre Palestina (UNSCOP), en su informe a la Asamblea General en 1947, recomendó que el Estado árabe incluyera ‘Galilea Occidental, la región montañosa de Samaria y Judea, con la exclusión de la ciudad de Jerusalén y la llanura costera de Isdud hasta la frontera egipcia’” (BBC News, 2021).

Así, los dos Estados tendrían su sede en Jerusalén, de modo que el conflicto inició por el control territorial.

Tras la fundación de Israel el 14 de mayo de 1948, la tensión pasó de ser un tema local a un asunto regional. Al día siguiente, Egipto, Jordania, Siria e Irak invadieron este territorio. Fue la primera guerra árabe-israelí, también conocida por los judíos como guerra de la independencia o de la liberación. Tras el conflicto, el territorio inicialmente previsto por las Naciones Unidas para un Estado árabe se redujo a la mitad. Para los

---

condición para reconocer su gobierno y retomar el envío de ayuda al país devastado por la guerra.

palestinos, comenzó la Nakba, la llamada “destrucción” o “catástrofe”: el inicio de la tragedia nacional. 750 000 palestinos huyeron a países vecinos o fueron expulsados por tropas judías (BBC News, 2021).

Ahora bien, de acuerdo con esta cita, así inició el conflicto árabe-israelí y fue el primero de múltiples enfrentamientos, como la batalla entre Israel y Egipto por el canal de Suez en 1956; posteriormente, se suscitó la guerra de los seis días, entre el 5 y el 10 de junio de 1967, que modificó el mapa de la zona, pues tras el rotundo éxito de los judíos, éstos ocuparon la península del Sinaí, en Egipto, y la Franja de Gaza; a Siria le quitaron los Altos del Golán, mientras que a Jordania le arrebataron Cisjordania y Jerusalén del Este.

Sin embargo, tras la guerra de Yom Kipur, en 1973, Egipto recuperó el Sinaí, que le fue entregado completamente en 1982. Posteriormente, Egipto y Jordania firman, cada cual por su lado, un tratado de paz con Israel. Después, en 2005, este país entregó la Franja de Gaza, ocupada desde 1967.

Empero, con la llegada de Hamas al gobierno de Palestina, cuya intención era recuperar territorios y con ello riqueza y poder, restaurando así el “orgullo” de aquella nación, comenzó una nueva etapa de violencia y muertes que, además, han generado cientos de miles de refugiados. Hay que considerar que en este breve resumen no se han incluido los ataques esporádicos que ambas partes han llevado a cabo. Por ejemplo, las coaliciones israelitas, sobre todo con Estados Unidos, han dado lugar a terribles luchas y miles de muertes. En resumen, en ambos casos se muestran de forma somera las consecuencias del fundamentalismo religioso y cómo los intereses políticos han fortalecido las posturas nacionalistas.

### **Otro ejemplo de violencia**

Un caso no menor es lo ocurrido a la atleta bielorrusa Krystsina Tsimanouskaya, quien pidió asilo en Japón debido a que fue obligada a retirarse de los Juegos Olímpicos y además se le exigió regresar a su país

por haber criticado a la Federación de Atletismo de Bielorrusia. Ella publicó un video en el canal de la Fundación Bielorrusa de Solidaridad Deportiva (BSSF) en Telegram. Aquél es un grupo creado por oficiales deportivos y atletas en 2020 para apoyar a los deportistas reprimidos, despedidos o excluidos por sus opiniones políticas.

Lo destacable es que el presidente del Comité Olímpico de Bielorrusia es Viktor Lukashenko, hijo del presidente Aleksandr Lukashenko, acusado por la oposición de su país de alterar los resultados de las elecciones presidenciales. Así, “El triunfo de Aleksandr Lukashenko, que ha gobernado la nación desde 1994, generó masivas manifestaciones a lo largo del territorio bielorruso que fueron sofocadas violentamente por las autoridades. Decenas de personas fueron arrestadas durante las protestas” (Erözden, 2021).

Tal vez esta noticia parezca ajena al tema, pero su mención tiene un motivo: la violencia tiene manifestaciones relacionadas con el ejercicio del poder político. En este sentido, en el ámbito de América Latina, y particularmente en México, cabe mencionar que la violencia intrafamiliar se ha incrementado exponencialmente debido al encierro a que obligó la pandemia de Covid-19, aspecto de suma importancia al momento de considerar los problemas sociales.

## **La violencia evidenciada por la Covid-19**

Antes de desarrollar esta parte del trabajo, que pareciera apoyar la idea del varón como proveedor familiar, debo señalar que no es así, debido a que lo sucedido a partir de febrero de 2020 constituye una experiencia inusitada en la historia de la humanidad; por ello, al final de este apartado expondré un planteamiento que no debe soslayarse.

En México, como en diversos países de América Latina, el encierro a que llevó el afán de contener el avance de la pandemia de Covid-19 influyó en el incremento de la violencia intrafamiliar contra las mujeres y menores de edad. Ejemplo de esto es que cuando se publicó que los niños regresarían a clases, muchos de ellos expresaron un gran deseo

de hacerlo, ya que en esto veían un escape a los maltratos y las agresiones físicas, incluyendo las sexuales, dentro de su núcleo familiar. Las mujeres también enfrentaron múltiples dificultades, de manera que en un artículo de ONU Mujeres se lee que

Durante la pandemia por la Covid-19, las mujeres están sufriendo un impacto desproporcionado de la inestabilidad económica, la presión extrema en los sistemas de salud y la interrupción profunda en la vida diaria. Asimismo, a nivel global, se ha reportado un aumento significativo de la violencia doméstica; las mujeres están atrapadas con sus abusadores y están aisladas de las personas y los recursos que mejor pueden ayudarlas. Antes de la pandemia, la violencia doméstica ya era una situación que experimentaban 1 de cada 3 mujeres en todo el mundo; esto significa que dentro del equipo de liderazgo y el personal de toda organización empresarial, es probable que en este momento haya mujeres que la estén sufriendo (ONU Mujeres y Unstereotype Alliance, 2020).

Específicamente en la Ciudad de México, las llamadas al 911 se incrementaron 20 por ciento, mientras que las comunicaciones a las instancias estatales y municipales crecieron entre 20 y 30%. Tan sólo en 2020, la Red Nacional de Refugios aumentó en 70% la atención a diversos casos con respecto de 2019. Y podría extenderme señalando situaciones que involucran diferentes grados de agresión.

Ahora bien, en el conjunto de América Latina, los índices de violencia también se han incrementado, lo que se añade a la ejercida desde el Estado, como la injusticia social. Y no se debe olvidar que la pandemia afecta más a personas con padecimientos crónicos, adultos mayores de sesenta años y a ciudadanos en condición de pobreza sin acceso a los servicios de salud.

En este orden de ideas, la mencionada crisis sanitaria ha acentuado el enorme malestar social provocado por una injusta distribución económica y las precarias condiciones de vida de la mayoría de la población. El que las agresiones sexuales a mujeres y niños se hayan incrementado es indicativo de que las personas no saben controlarse

en situaciones difíciles, pues nadie les ha enseñado la manera más adecuada de proceder. Por ello es imperativo continuar con la difusión de ideas que sensibilicen al colectivo.

En vista de ese panorama, las sociedades actuales están en un grave riesgo, por lo que es necesario poner el acento en propuestas que durante largo tiempo se han postulado con la esperanza de que las personas modifiquemos las conductas con miras a una convivencia más pacífica.

### **La colaboración, una alternativa humanista**

En este punto de la investigación, es necesario admitir que, a pesar del oscuro futuro que se vislumbra, hay vías para cambiarlo. Ghiglieri establece que el ser humano ha nacido con un instinto que le permite guiar a sus semejantes hacia el bienestar, y lo llama instinto de “colaboración”, mismo que en este trabajo he denominado “cooperación”. En su opinión, la mayoría de las relaciones humanas están caracterizadas por un altruismo recíproco. Como ejemplo, cuenta que en tiempos de guerra los hombres se unen y colaboran por el simple hecho de que así lo hicieron sus antepasados y, gracias a ello, tuvieron más descendientes.

Sin embargo, no todo se puede explicar acudiendo a la genética, ya que es necesario considerar la historia social y la experiencia individual, así como los distintos tipos de educación, además de las circunstancias imperantes, pues todo ello brinda un mejor horizonte de comprensión sobre las causas que motivan ciertos comportamientos.

Es cierto que la colaboración, como antídoto, puede librarnos del egoísmo, así como del lado ciego, oscuro y violento de los varones, al cual Ghiglieri caracteriza como un instinto que impulsa estrategias de toma y daca, por lo que las mejores se imponen y se establece un equilibrio en el que los participantes obtienen similares beneficios, sin que se registre abuso por parte de ninguno de los integrantes. Así, la confianza tal vez no ciega, pero confianza, al fin y al cabo, resulta ser la clave para la colaboración, pues para concretarse ésta requiere de sinceridad y de que, si alguno incurre en engaño, sea castigado, aunque

hay muy pocas personas dispuestas a hacerlo. Concluye que el “instinto de colaboración es tan intenso que puede parecer el genio de la lámpara maravillosa” (Ghiglieri, 2005: 301). Por esta razón, resulta ejemplar que tantos hayan colaborado a escala mundial por el bien de la ecología, de manera que se debe “hacer de la enseñanza de la imparcialidad, la justicia y los valores humanos nuestro objetivo fundamental” (Ghiglieri, 2005: 301). Esta última idea me permite dar paso a la exposición sobre un comportamiento diferente que fortalecerá nuestra tendencia a vivir pacíficamente.

Según Ridley, los seres humanos somos básicamente monógamos, a pesar de que varias sociedades permitan la poligamia; empero, “suelen ejercer un cierto cuidado paternal –un rasgo característico de las pocas especies de mamíferos que viven como monógamos sociales” (Ridley, 2010: 61). Esta idea debe complementarse con la elaboración y las acciones llevadas a cabo durante el razonamiento, que tienen como base emociones que, en colaboración con el espíritu, contribuyan a la unidad humana.

Por lo expuesto, es oportuno advertir que la dificultad estriba en establecer qué tanto del comportamiento humano es heredado y qué tanto es aprendido, debido a que los “genes están concebidos para dejarse guiar por el entorno” (Ridley, 2010: 12). En este punto, cabe recordar la existencia de un componente del cuerpo humano, el espíritu, sobre el cual ya se anticiparon algunas reflexiones que a continuación se complementan.

### **El ser humano, ente tripartito (segunda parte)<sup>2</sup>**

Diversos autores han abordado la unidad humana en lo que corresponde a las emociones y el razonamiento; uno de ellos es Xavier Zubiri con su propuesta de “Inteligencia sentiente”, en donde expuso que sentir no

<sup>2</sup> Se presentó una primera versión de la temática desarrollada en esta parte del libro en una obra anterior de mi autoría: *Contrapoder y dominación* (2022).

es lo mismo que inteligir; pero ello no significa que se opongan, al contrario. En su opinión, forman una “unidad estructural”, pues, aunque dicha unión no produce ninguna síntesis, son dos momentos de un solo acto; por tanto, “es el sentir el que siente la realidad y es el inteligir el que inteligie lo real impresivamente” (Zubiri, 1991: 81).

En América Latina se ha popularizado la propuesta de *sentipensar* el cuerpo, a partir de lo estudiado por el colombiano Orlando Fals Borda (2009); esto significa que al mismo tiempo que se razona se experimentan emociones. Como advierte Horacio Cerutti Guldberg, es fundamental filosofar desde los cuerpos que somos y no en los que estamos, como si fueran un cascarón prescindible. De tal modo que no es posible “dejar de tomar posiciones en medio de las conflictivas [situaciones] en que habitamos. Estas tomas de posiciones implican ideologías, puntos de vista, valoraciones, juicios, lo que se acepta y se rechaza, y es sobre este entramado, a partir de él y desde él, que se ejerce el esfuerzo al filosofar” (Cerutti, 2015: 152).

Para sustentar la propuesta del ente tripartito, es oportuno recordar que la base de esta investigación se encuentra en una concepción del ser humano como ente natural, y de ahí la importancia del gregarismo, ya que gracias a ello y a la tendencia a la apropiación hemos logrado dar continuidad a la especie, con lo que hemos ganado seguridad; sin embargo, las decisiones no deben evaluarse a partir de aspectos básicos, como la obtención de bienes materiales o placeres corporales, ya que con el tiempo también se buscó otros “satisfactores” que no provienen del mundo físico, y percibirlo permite comprender algunos rasgos de las relaciones sociales imperantes, con la mediación de una parte de nosotros: el espíritu<sup>3</sup> inseparable de la razón, las emociones y, por tanto, del cuerpo.

<sup>3</sup> Se puede decir que, a lo largo de la historia, diversos estudios sobre lo humano han vislumbrado o plenamente afirmado la existencia de un mundo construido con una materialidad diferente de lo palpable, aunque perceptible de manera cotidiana. Para explicarlo mejor, es oportuno referirse a las ruinas arqueológicas en una zona de Turquía conocida como Göbekli Tepe, cuyas monumentales estructuras de piedra se remontan al 9500 a. n. e., esto es, la etapa de los humanos cazadores-recolectores.



Suelo abordar el tema del espíritu desde la perspectiva de Ortega y Gasset, para quien no sólo la cultura partía de las actividades biológicas; incluso la vida espiritual era un repertorio de funciones vitales, cuyos productos o resultados tienen una consistencia transvital: “[...] la capacidad de sentir, de pensar la justicia y de preferir lo justo a lo injusto es, por lo pronto, una facultad de que el organismo está dotado para subvenir a su propia e interna conveniencia. Si el sentimiento de la justicia fuera pernicioso al ser viviente o, cuando menos, superfluo, habría significado tal carga biológica que la especie humana hubiera sucumbido” (Ortega y Gasset, 2004: 582). Desde esta base, expresa una idea que antecede a las actuales posturas sobre la humanidad y apunta que “ha sido un error incalculable sostener que la vida, abandonada a sí misma, tiende al egoísmo, cuando en su raíz y esencia es inevitablemente altruista” (Ortega y Gasset, 2004: 601).

Al ubicar al espíritu entre las funciones o capacidades humanas, entonces se echa de ver que, las más de las veces, al espíritu se le ha excluido de las investigaciones sobre problemas económicos, políticos y sociales, como si no se hallara implicado. De manera que sólo resulta fundamental para quienes lo relacionan con alguna divinidad, proporcionándoles la seguridad de que, al asumirse dicho ser como regente de lo dado, las carencias o problemas afrontados en esta realidad serán recompensados de manera justa en otro plano, a donde serán llevados tras su muerte, al lado de la deidad, cuya existencia –trátese de una sola o de varias– siempre será cuestionada por falta de evidencia; no obstante, no todas las concepciones místicas o religiosas inducen a creer en un dios o dioses.

Por otra parte, Yuval Noah Harari (2014) habla de vestigios que permiten afirmar que hace 30 000 años los sapiens eran capaces de inventar códigos sociopolíticos que iban mucho más allá de los dictados

---

Estamos hablando de un centro religioso cuya edificación llevó un largo tiempo, antes de haberse creado una religión como las conocemos ahora. Ello implica la noción de un grupo de entidades etéreas a las que en estadios muy avanzados se denominó dioses o fuerzas de la naturaleza, con quienes se tenía contacto mediante el ámbito más sublime del ser humano: el espíritu.

de nuestro ADN y de las pautas de comportamiento de otros grupos humanos y otras especies animales; sin embargo, no se hace referencia al animismo, sino a la percepción de una materialidad no regida por las leyes naturales ni por emociones individualistas ni por el razonamiento, por lo que incluye la noción de espíritu.

Entonces, se avanza de una concepción dualista inteligencia-razón/emoción-sentimientos, a una tripartita en la que se incluye el espíritu.<sup>4</sup> Con esto, se pone de relieve que es imposible que el cuerpo experimente una emoción sin que haya participación de la razón e incluso una experiencia espiritual, por mínima que sea. Y, al contrario, que, en una vivencia espiritual, el cuerpo, las emociones y la razón también se involucran en aquélla.

En este sentido, en la vida cotidiana se enfrentan diferentes retos y cada uno se valora de acuerdo con las circunstancias personales y sociales. Por ello, para mejorar la convivencia y la cooperación, no es suficiente con promover los mejores valores a nivel teórico para que sean adoptados por nuestros semejantes; además de que es necesario considerar aspectos subjetivos como el miedo, el deseo de seguridad y la tendencia a la apropiación, así como los anhelos de cada individuo.

Entonces, para la toma de decisiones y acciones, las personas no se pueden alejar de sus emociones, cuya construcción, es decir, su manera de sentir una determinada situación, se origina en un razonamiento previo, en el que cada individuo valoró la historia personal, lo que conlleva una reflexión sobre las enseñanzas morales y las condiciones sociales; sin embargo, un número considerable de nuestras acciones, principalmente las relacionadas con abusos sexuales, robos y asesinatos, parecieran no provenir de un razonamiento, pero debemos considerar la historia detrás de aquéllas, es decir, lo que condujo a cometer tales actos, con lo que se echa de ver que el impulso emocional no es algo espontáneo.

Para Luis Villoro, “una decisión moral supone alternativas de acción posibles y, a menudo, conflictos entre conductas igualmente raciona-

<sup>4</sup> Cuando en este trabajo aludo al espíritu, no me refiero a una entidad diferente del alma.

les” (Villoro, 2013: 214), las cuales son evaluadas para determinar lo óptimo o lo más razonable. De acuerdo con él, se debe recurrir a dos criterios: nuestros proyectos de vida y las preferencias en términos de valores, evitando los impulsos egoístas. En este sentido, tomando en cuenta que los hallazgos sobre la inteligencia emocional (IE) contribuyen al control y armonización de la inteligencia y las emociones, entonces es posible controlar las tendencias pancistas, más aún si además se considera que la actividad espiritual permite la contemplación de otra materialidad y, con ello, una visión de la vida que lleva a experimentar una existencia cuyos horizontes rebasen la mera satisfacción de las necesidades cotidianas, así como lo superfluo de los bienes materiales.

He puesto el acento en la importancia que cobran el altruismo, la cooperatividad y la empatía en la vida comunitaria. Ahora considero oportuno traer a colación las reflexiones del psiquiatra Wázcár Verduzco, quien ha escrito sobre la actividad cerebral de las personas, encontrando que

Los seres humanos han desarrollado un repertorio de reglas de conductas morales, que sorprendentemente y en lo esencial se mantienen sin apenas variación en el espacio y en el tiempo.

Sin importar la civilización de que se trate la cultura o las creencias, los principios enunciados, idar a la infancia o a los desvalidos, cumplir lo pactado o respetar la tradición propia), son universales y han estado presentes desde la más remota antigüedad (Verduzco, 2018: 178).

Ya no es posible considerar como ámbitos diferentes a las emociones y el razonamiento, sobre todo cuando se piensa en la vida comunitaria; además, es de suma importancia incluir la actividad espiritual, la cual no está separada de lo que somos y hacemos, aunque estemos menos conscientes de ella. De tal manera que, para conocer cómo interactúa con las demás funciones corporales, es necesario hablar sobre la conciencia colectiva, ya que en ella se observa cómo lo espiritual forma parte de las funciones vitales, cuyos productos tienen una consistencia transvital.

Así, la espiritualidad no sólo consiste en llevar a cabo acciones altruistas, buenas, de sacrificio o de reflexionar en torno a lo trascendente. Como ejemplo, es oportuno señalar que Baruch Spinoza (2005) afirmó que lo bueno y lo malo se determinan por el lugar que se ocupe en algún problema, por lo tanto, dichas nociones no son aptas para la reflexión filosófica. Ahora bien, el espíritu, al formar parte de la vida misma, contribuye al objetivo fundamental de toda forma de vida, preservar su existencia; lo que incluye perpetuar la especie. Por tanto, cuidar al propio grupo junto con el medio ambiente, que permite la subsistencia, es propiciar la continuidad de los ciclos de vida, lo que debe considerarse el inicio de una existencia armónica y espiritual.

Lo espiritual, entonces, se sustenta en las experiencias positivas de los seres humanos, considerando lo positivo como la adquisición de conocimientos, como ya se indicó, de una materialidad diferente y la posibilidad de otra forma de existir, en la que lo cotidiano ya no determina nuestro accionar, pues al ampliarse el horizonte de lo que en este mundo se ha experimentado históricamente es posible evitar el egoísmo. Aún más, al no incurrir en la dominación y los abusos, es posible convivir de una manera más pacífica. Muestra del aprendizaje humano son los múltiples códigos, normas, preceptos ético-morales y leyes, cuyo fin es evitar el despotismo y la dominación.

En la filosofía bantú, encontramos ejemplos de la participación del espíritu en la vida cotidiana; empero, antes de hablar sobre aquélla, debo aclarar que, de acuerdo con Omer Buatu Batubenge (s. a.), el término “muntú” o “bantú” es el que se emplea de manera preferente para referirse a la filosofía africana y distinguirla de las construidas en otras latitudes.<sup>5</sup> Dicho término proviene del sufijo “-ntu”, usado en gran parte de las lenguas africanas del sur del Sáhara para aludir al ser humano y al sentido de humanidad que se encuentra en el comportamiento de la persona con sus congéneres, así como con los no humanos.

<sup>5</sup> El documento “El sentido del concepto bantú usado en la filosofía africana” (s. a.), donde se expone este análisis, inédito al momento de escribir este libro, me lo hizo llegar su autor de manera directa por correo electrónico”.

La partícula “-ntú” puede tener variantes: “t”, “d”, “to”, “tu”, según las etnias; los prefijos “mu-” y “ba-” indican si el sustantivo es singular o plural, por lo que *muntú* es *el* ser humano, mientras que *bantú* es el colectivo humano. Por comodidad y sonoridad, se usa el término plural “filosofía bantú”, es decir, filosofía de los seres humanos. Este uso concuerda con la idea de comunidad, de relaciones comunitarias y con el carácter social que caracteriza al pensamiento africano.

Para continuar con la filosofía bantú, es oportuno señalar que instruye sobre ámbitos de la existencia imperceptibles a los cinco sentidos corporales; entonces, la dimensión espiritual se considera un espacio oculto o místico y, por lo mismo, difícil de comprender, pero que vale la pena buscar, pues da sentido a la existencia. Así, Batubenge escribe:

Cabe destacar que el anhelo de la fuerza vital es una experiencia intangible que se vive mediante los elementos materiales del entorno para acceder a la trascendencia, a lo místico. *Esta misticidad* muestra que la existencia no se desarrolla simplemente a nivel de la presencia, esto es, en el aspecto material y perecedero; la existencia es sobre todo superación, actividad, movimiento hacia lo que aumenta la vida y que podría estar oculto por la materialidad del presente (Batubenge, s. a. b.: 7).

En este sentido, es oportuno subrayar que la espiritualidad es relacional y se sustenta en la convivencialidad. En opinión de este filósofo, “la vida interior se experimenta profundamente mediante las relaciones y actividades que establecemos con los otros seres, ya sean humanos o no humanos a nivel cotidiano. Y el conjunto de nuestras relaciones vividas con los demás, pacíficas o no, constituye la convivencia” (Batubenge, s. a.: 8).

Así, esta filosofía nos brinda un sustento muy valioso para afirmar que, a pesar de que en la vida diaria haya controversias, la convivencia en general está guiada por el afán de mantener relaciones pacíficas. Por ello, el camino a la espiritualidad inicia con la paz interna, por lo cual las relaciones conflictivas se perciben como un obstáculo que se atraviesa, pero que no debe o no debería afectar la tranquilidad interior.

Para el africano, la experiencia espiritual debe considerarse como la capacidad de establecer un lazo fuerte entre el ser humano como individuo y su sentido en tanto ser convivencial. De ahí la importancia de fortalecer, preparar, educar y compartir los aprendizajes positivos que contribuyen a convivir de la manera más armónica posible y por lo cual dicha experiencia es cotidiana. Desde esta base, es posible afirmar que la espiritualidad no es un ejercicio de carácter religioso, por lo que de manera incorrecta ha sido encasillada en ese ámbito. Aun cuando sí ha contribuido a su vivencia, no es de su exclusividad.

Recordemos que la vida humana presenta grados de realidad debido a que no existe un único destino, sino que cada cual construye el suyo; empero, al querer hacer lo mejor, como objetivo de la conveniencia vital y subjetiva, entonces transmitir la información sobre la relación tripartita puede contribuir a la formación de una conciencia colectiva porque las relaciones humanas son históricas y, por tanto, construyen concepciones diferentes de acuerdo con las épocas y los grupos humanos. En este sentido, podemos decir que, hoy en día, se está configurando una visión nosótrica, esto es, que procura la unidad a pesar de las diferencias, y esto constituye una actividad que involucra lo emocional, lo razonable y lo espiritual.

## V. LA MUNDIALIZACIÓN DE LA ÉTICA Y LA PROPUESTA INTERCULTURAL

En este capítulo, avanzo en el análisis de los problemas de lo moral a la ética intercultural, debido a la necesidad de propuestas que contribuyan a mejorar la convivencia humana tanto en América Latina como a nivel mundial. Estoy consciente de que tratar de incluir a todos los grupos humanos en los mismos esquemas es casi imposible; sin embargo, ello no impide que un número amplio de comunidades se puedan integrar, principalmente si perciben que no se atenta contra sus expresiones culturales y morales. De lograrse la construcción de ideas guía para mejorar tal propósito, es posible que más poblaciones se vayan sumando.

Ahora bien, en relación con el tema del tránsito del tema moral a la ética intercultural, retomo algunas reflexiones de Adolfo Sánchez Vázquez, para quien la moral de cada época es inseparable de ciertos principios fundamentales, los cuales han cobrado forma en la práctica, por lo que rigen el comportamiento humano.

De esta manera, el filósofo destaca la relevancia de la vida espiritual o ideológica, que relaciona con las ideas dominantes que han generado un diverso orden social, así como las instituciones existentes, aunque surjan del Estado, como las políticas, estéticas, jurídicas, morales e incluso las éticas, además de las culturales y educativas que, a pesar de tener presencia en el comportamiento moral, no logran un dominio pleno. Por otra parte, afirma: “en el arte y la literatura de una época se

encarnan ciertas ideas y actitudes éticas; el teatro, en particular, ejerce en un sentido u otro una influencia moral. En las instituciones educativas en sus diferentes niveles, se postula y trata de justificar, con mayor o menor énfasis, el contenido de una moral” (Sánchez Vázquez, 2016: 186).

Deliberadamente se inculcan diversos contenidos, un tipo de moral, sobre todo cuando se difunden las ideas que más convienen al Estado, por ejemplo, ciertos valores cívicos o ideales de cambio político social; también se presenta a los personajes históricos como héroes, libertadores, y en América Latina incluso se les rinde homenaje con la esperanza de que no inspiren nuevamente a luchar ni a cambiar la situación, ya que los motivos de su epopeya se asumen como solucionados, por lo que ya no se requiere de la participación social para mejorar las condiciones de vida, y menos si involucra movilización armada.

Para Sánchez Vázquez, la moral y, en consecuencia, la ética responden a la necesidad social de regular la interacción en una sociedad específica, ya sea a partir de los intereses de un grupo concreto o de todo el colectivo. Por otra parte, es verdad que el comportamiento comunitario surge de relaciones encauzadas por ciertas necesidades sociales; sin embargo, también puede ser objeto de una determinada elaboración teórica en ética, leyes, códigos, etcétera, con base en la cual se justifica su necesidad e incluso se le hace pasar como parte de la naturaleza humana. Cabe aludir como ejemplo a los teóricos del liberalismo, quienes han pretendido explicar que el individualismo es inherente al ser humano, por lo que, desafortunadamente, la crisis por la que atraviesa la humanidad es algo generalizado y así lo explican sus teorías. Y, ¿por qué no decirlo?, dicha crisis se origina en una cierta tendencia humana a la autodestrucción.

Sin embargo, según Sánchez Vázquez, es posible solucionar la crisis derivada de unos principios sustituyéndolos por otros, lo que nos lleva al tema de este capítulo: la ética intercultural; empero, antes es oportuno establecer algunos puntos. Este académico considera que el acto moral implica conciencia y libertad, lo que sólo ocurre en individuos concretos y, a nivel social, en actos colectivos cuando éstos son planeados. En este sentido, la realización moral es asunto de individuos



insertos en una sociedad, de tal manera que las acciones responden a necesidades e intereses sociales.

Así, expresa, el comportamiento personal no es completamente espontáneo, ya que el individuo no puede eludir el trato social en tanto situación política y económica, así como relaciones comunitarias específicas, establecidas por las costumbres, las tradiciones y las instituciones construidas en una población y su Estado. Entonces, el actuar está inscrito como una posibilidad en el carácter, debido a que es dinámico y modificable acorde con las experiencias de vida, por lo que el individuo puede actuar de manera egoísta o altruista.

Debido a la capacidad de elección, la propuesta desarrollada a partir de posturas éticas consiste en promover actitudes cooperativas que se consideran positivas o virtuosas, tratando de que se conviertan en hábitos, con lo cual conformarían un accionar equitativo, empático, así como de aceptación y respeto a la diferencia, principalmente porque vivimos en una comunidad, no siempre de imposición, sino de superposición,<sup>1</sup> en la que determinadas clases sociales conviven con propuestas morales que impulsan como necesarias para otros grupos humanos; sin embargo, dichas personas no siempre respetan los principios que proponen cuando no corresponden a sus verdaderos intereses y necesidades. De ello, Sánchez Vázquez extrae dos conclusiones: primera, que el individuo, aunque condicionado por el marco moral de la clase a que pertenece, mantiene un comportamiento propio, libre

<sup>1</sup> Empleo la palabra “superposición” debido a que la noción de “imposición” no es del todo exacta, ya que ésta conlleva la idea de sustituir de manera obligatoria sin que medie la opinión de los afectados; empero, como se sabe, se han difundido formas culturales que, a causa del poder de los medios de comunicación masiva, han sido aceptadas, si no por toda la sociedad, sí por amplios sectores de ésta. En este sentido, la imposición hay que analizarla a partir de propuestas de producción, explotación, extracción, que deben adoptar los gobiernos de países con escaso desarrollo técnico-científico, así como las propuestas políticas que las acompañan y las justifican, haciéndolas pasar como necesarias para toda la humanidad. Por el contrario, la superposición debe analizarse con base en la difusión y comercialización, así como en relación con las ideas estéticas, sobre la comodidad, etcétera, que acompañan a ciertos productos presentados como necesarios.

y consciente, del cual es responsable. Segundo, que si bien la clase social no es corresponsable moralmente de un comportamiento que no ha elegido libremente —ya que esta elección sólo es propia de quienes la hacen conscientemente, es decir, de los individuos reales—, su situación no deja de tener un significado moral por la influencia del comportamiento en general y porque el dictado por su clase obstaculiza o favorece, en una determinada sociedad, la realización de cierta moral (Sánchez Vázquez, 2016: 185).

Por lo expuesto, el ser humano vive en un Estado que establece ciertos principios y valores con los cuales puede entrar en contradicción, si es que se oponen a sus fines políticos, y de ahí la escisión entre moral y Estado en la que no participa el ciudadano; empero que sí es un factor para señalar la influencia de la máxima institución política en el individuo.

Por otra parte, para Sánchez Vázquez, la influencia de las ideas morales sobre las personas es más fuerte en las sociedades menos desarrolladas, y es directamente proporcional al nivel de atraso material y espiritual; empero, ello no impide que el individuo pueda tomar decisiones. El enriquecimiento de la vida moral tiende a elevar la capacidad de decisión y responsabilidad personal, por ello afirma que “la moral que se basa, sobre todo, en la autoridad de la tradición y la costumbre representa históricamente un escalón inferior con respecto a una moral reflexiva que tiene su centro y fuente en el sujeto que medita, decide y asume libre y conscientemente su propia responsabilidad” (Sánchez Vázquez, 2016: 187).

En su opinión, la moral tradicional responde a una etapa inferior del desarrollo de la moralidad personal de los seres sociales; sin embargo, dicha postura no se ubica totalmente dentro del esquema de análisis de este trabajo, ya que al sustentar el valor de una ética intercultural se acepta la validez e importancia de las morales existentes; no obstante, considero adecuada tomarla en cuenta porque en esta propuesta se ha subrayado la importancia del encuentro dialógico con las culturas tradicionales a través de manifestar la diversidad de lo humano.

## **Interculturalidad**

Desde la perspectiva de los derechos humanos, la filósofa mexicana, Ana Luisa Guerrero, considera esencial la noción de interculturalismo al abordar la concepción y edificación de un Estado en donde se reconozcan plenamente los derechos de identidad y autogobierno de los grupos culturales, es decir, del denominado Estado pluriétnico y plurinacional, “que se compromete a incorporar las demandas justas de los grupos culturales y a diseñar respuestas para atenderlas” (Guerrero, 2011: 92).

No obstante, cabe recalcar que no todos los grupos culturales tienen que ser aceptados en la construcción de políticas públicas; sólo aquellos que muestren respeto hacia los derechos básicos de las personas, así como una proyección solidaria hacia el exterior, lo que incluye su relación con la democracia.

Al garantizar el respeto y seguridad, así como el derecho de las personas a modelar su identidad, esas culturas podrán formar parte de la ciudadanía intercultural. En este sentido, para Guerrero los debates sobre la interculturalidad aparecen en diversos ámbitos debido a que las subjetividades emergentes han mostrado su importancia para la construcción de un mundo que considere, como afirma Ricardo Salas, “las configuraciones plurales de identidad que se van forjando en los nuevos contextos; [debido a que] entre las más relevantes subjetividades que no encuentran espacio en un modelo homogeneizado, en estos contextos de exclusión encontramos [a] los pobres, los indígenas, los jóvenes, los campesinos desplazados y emigrantes” (Salas Astrain, 2006: 14-15).

Para la ética intercultural, la unidad humana es enmarcada por equidad y justicia; se propone un rencuentro de culturas, estableciendo su relacionalidad. Para ello, es fundamental el diálogo, pues, según escribe Raúl Fonet Batancourt en la presentación al libro de Salas Astrain: “La filosofía intercultural se comprende desde este diálogo, y entiende que es en ese diálogo donde se juega todo, pues es ahí donde se va a decidir si somos capaces o no de caminar hacia una cultura de convivencia que se cultiva como bien universal, porque en ella todos y todas escriben

la universalidad deletreando la relacionalidad de las diferencias que conforman nuestra diversidad” (Salas Astrain, 2006: 9).

No se puede negar que los mercados, las culturas y modos de vida diferentes interactúan, se entrecruzan, por lo que no se plantea la primacía de uno sobre otro, sino su relacionalidad dialógica; entonces, deben precisarse las categorías que permitan dar cuenta de las nuevas configuraciones del *ethos* actual, que desde algunos ámbitos educativos busca la reconexión del pensamiento académico con la sociedad, de ahí que, desde hace ya algunos años, autores como Hans Küng mencionan que se requiere de una ética mundial, ya que la vida se ha universalizado, evidenciando las graves dificultades por las que atraviesa la humanidad.

### **Hacia una ética mundial**

Una de las principales ideas que destaca el teólogo suizo Hans Küng es que actualmente la “Vida espiritual parece caracterizada por la desorientación y por un angustioso vacío” (Küng, 1999: 11). Por ello, apunta, se requiere una visión realista que ilumine el futuro, que avance sobre las antiguas concepciones del mundo moral que se hicieron pasar por visiones universalistas, pero que han perdido vigencia, ya que el progreso técnico-científico y el social-moral propuesto por las religiones no han tenido los efectos esperados.

En cuestiones políticas es fundamental, sobre todo, porque se ha desarrollado un quehacer que ha seguido el ejemplo del expresidente estadounidense Henry Kissinger, cuyo modelo de gobierno no considera importante consolidar la paz y la justicia, sino la estabilidad y la seguridad mediante el equilibrio de fuerzas en la comunidad internacional. Ésta es la política de intereses nacionales, no sociales, prevaleciente. En otras palabras, interesa la macroeconomía, pero no la microeconomía; por ello se requiere de un cambio, aunque no es posible una nueva política global sin una nueva ética mundial.

Para Küng, es fundamental un equilibrio de intereses, pero éste debe surgir desde la población, de manera que, en caso de conflicto, dichos

intereses deben verse como medios y no como fines, lo cual puede reducir el encono y conducir a una mejor solución. De ahí que el bienestar del pueblo deber ser el fin, no sólo un medio, pues en tal caso sólo sería un pretexto para que algunos pocos obtuvieran mayores beneficios. Más adelante, concluye que “ética política significa, [...], un deber de conciencia que no se dirige a lo bueno y justo en abstracto, sino a lo bueno y justo concreto: lo adecuado en una determinada situación que conjuga una constante normativa con una variable particular condicionada por la situación” (Küng, 1999: 87).

En su opinión, los realistas tienen razón cuando señalan que sólo en una determinada situación política se concreta la moral. En este sentido, la actualidad está marcada por la diversidad de políticas, economías e incluso de religiones, cuyas discordancias explican, en buena medida, los problemas sociales entre naciones, grupos y personas; de ahí que para el autor suizo se requiera un consenso básico para que prevalezca la democracia, la cual debe basarse en el mutuo respeto entre creyentes y no creyentes religiosos.

Para Küng no habrá paz entre las civilizaciones sin una paz entre las religiones, pero tampoco habrá paz entre las religiones sin un diálogo entre ellas mismas. De tal manera que:

La ética mundial común no se identifica con una cultura mundial única y, menos aún, con una única religión mundial. Dicho en términos positivos: Una actitud ética global, una ética mundial, no es otra cosa que el mínimo necesario de valores humanos, criterios y actitudes fundamentales. Más exactamente: Ética mundial es el consenso básico con respecto a valores vinculantes, criterios irrevocables y actitudes fundamentales, afirmados por todas las religiones, a pesar de sus diferencias dogmáticas, y que pueden ser incluso compartidos por los no creyentes (Küng, 1999: 105).

Así, para el último pensador citado, a pesar de las diferencias, se trata de seres humanos, y por ello es posible y válido el accionar de los movimientos sociales que exigen a los políticos el acceso a la verdad, la justicia y la supresión de privilegios para quienes ocupan puestos de

dirección y toman las decisiones nacionales, pues quien se dedique a la política no debería engañar. Asimismo, es necesario evitar las detenciones arbitrarias y las persecuciones, las cuales deben ceder su lugar a la impartición igualitaria de la justicia y las leyes, y, junto con ello, al reparto equitativo de los bienes necesarios para la subsistencia. Reclamamos que, como bien señala el pensador suizo, se repiten en la mayoría de las movilizaciones de protesta y que, por otra parte, son indicativo de la necesidad de un núcleo moral que contribuya a mejorar la convivencia.

Para la construcción de dicho núcleo, se requiere un consenso que considere las debilidades y fortalezas de las corrientes morales y éticas, y para ello hay dos opciones: la propuesta elemental o débil, que abarca unas pocas exigencias fundamentales. Por ejemplo, es posible propagar por todo el mundo los reclamos de verdad y justicia, sustentándose en una especie de moral pura de la que nunca se va a abdicar. Luego está la moral específica o fuerte, que contempla elementos delimitados, aunque en ciertos casos no debe imponerse a ninguna cultura o país, por ejemplo, los debates sobre el aborto o la eutanasia.

Küng prevé la diversidad de situaciones e invita a cumplir con una regla de oro como un requisito fundamental para el comportamiento social. Se trata de un postulado para regular la convivencia, propuesto por diversos pensadores en distintas culturas y épocas. El primer registro se ubica en la filosofía de Confucio (551-479 a. n. e.), quien expresó que “lo que no quieras que los otros te hagan a ti no lo hagas a los otros”. Esta idea, con variantes, está en el budismo, el jainismo, el hinduismo, el cristianismo, el islam, etcétera, como una guía que promueve el pensamiento y la conducta responsables.

Para Küng, las personas tienen derechos y también deberes, los cuales promueven una vinculación responsable entre semejantes, pero que no coaccionan; esto es, no obligan a su cumplimiento, por ejemplo, el amor, el altruismo y la empatía constituyen guías que deben hacerse conscientes, practicar, incentivar y difundir, de manera que toda persona sea tratada humanamente. Para ello, propone algunos criterios formales con miras a una ética mundial:

- 1) Es necesario sentir que toda experiencia negativa nos concierne, y es fácil aportar ejemplos de tratos inhumanos.
- 2) Debemos orientar valores vinculantes, criterios irreversibles y actitudes fundamentales internas que no se circunscriban a leyes, códigos formales, etcétera.
- 3) La propuesta debe ser comprensible para todos y
- 4) Capaz de concitar consenso.

Así, para este pensador, “las fuentes de tal nuevo compromiso podemos hallarlas en las religiones y tradiciones éticas del mundo. Ellas cuentan con recursos espirituales para ofrecer una orientación moral y ética a la solución de nuestras tensiones étnicas, nacionales, sociales económicas y religiosas” (Küng, 1999: 121). Con esa base, es posible una convivencia que permita el respeto a la dignidad humana, así como la libertad, la igualdad, la solidaridad y la interdependencia de todos los seres humanos, tanto en lo individual como en lo social.

En este punto, considero de suma importancia introducir algunas ideas para formular una ética universal, como indica Küng, que provienen de una hermenéutica intercultural, orientada a promover los derechos humanos. Ana Luisa Guerrero subraya la necesidad de crear un Estado mundial, esto es, una comunidad de estados, pues la ciudadanía debe sobrepasar los límites de la identidad nacional para convertirse en cosmopolita, es decir, en una ciudadanía del mundo y liberarse de referentes culturales particulares; empero, se debe mantener el respeto a la diferencia rechazando la discriminación.

Generar una organización internacional resulta de gran interés para múltiples pensadores, aunque, para que realmente sea mundial, es necesario integrar a los distintos grupos humanos y sus respectivas culturas, cada cual con sus respectivos procesos históricos y de construcción, así como sus modos de expresarse; de ahí la importancia de incluir la perspectiva intercultural. Para ello, considero esencial acudir al punto de vista sobre los derechos humanos de Ana Luisa Guerrero.

## La interculturalidad y los derechos humanos

Para Ana Luisa Guerrero, la expansión de la economía ha estandarizado los mercados, inundando a las sociedades con mercancías y códigos de información uniformados, lo que ha provocado fragmentación política. Así, el divisionismo es motivado por grupos que desean mantener sus formas de vida y expresiones culturales, dificultando el diálogo con otros colectivos del país que no están integrados a la economía mundial.

Al abordar el tema de la interculturalidad desde el ámbito de los derechos humanos, Guerrero señala que éstos tienen el reto de contribuir al acercamiento entre las culturas, sin convertirse en una imposición y sí en un universal intercultural que se traduzca en dimensión de transversal ético. En este sentido, se debe reconocer que no hay ningún criterio que se deba considerarse superior, debido a que la moralidad se identifica con los hábitos socioculturales aprobados por cada comunidad; sin embargo, ¿ello significa que son inconmensurables o incommunicables?

Para responder, la filósofa mexicana señala que el relativismo paraliza el pensamiento, ya que al exigir respeto y tolerancia radical a todas las culturas apela a un principio. Por ello, apunta:

Lo defendible no es ni la universalidad de los derechos humanos en su versión acultural ni el relativismo extremo, sino un universalismo tenue y precisamente por ello consistente, abierto a determinados márgenes de pluralidad, significación e interpretación. Si se persigue un transversal ético inculturado que posea como referente a los derechos humanos, no podrá ser adquirido más que con el acuerdo de las culturas, lo que supone que entre éstas se pueden entablar comunicaciones (Guerrero, 2011: 82).

Así, las morales de las distintas poblaciones están a salvo cuando se les acepta con la misma validez, sin un referente externo que lleve a valorar un acto como bondadoso o malvado, lo cual no impide la realización de intercambios, debido a que las culturas no son monolíticas, es decir, no significan lo mismo para toda la sociedad ni son estáticas;



sin embargo, los intercambios no son fáciles, y de ahí la necesidad de generar imbricaciones que los permitan, las cuales son delicadas, pero fundamentales.

Debo señalar que el intercambio cultural ha sido parte de la historia, principalmente gracias a los viajeros, aunque desafortunadamente el costo en términos de seguridad humana fue elevado en algunas ocasiones; empero, la globalización cultural producida tras la llegada de Cristóbal Colón a las tierras denominadas Nuevo Mundo consistió en la imposición de marcos morales a las naciones y pueblos, principalmente de Europa, que se consideraron modelos universales a seguir. Pasando el tiempo, se concluyó que algunas propuestas éticas concebidas con buenas intenciones soslayaron e incluso contribuyeron a la dominación, al control sobre amplios conglomerados humanos a los que se consideró primitivos, como ocurrió en América Latina, y cuyos descendientes han emergido exigiendo el reconocimiento de su existencia, de sus formas culturales y morales.

En este sentido, el intercambio cultural, que había sido común, pero esporádico y casual en nuestra historia, ahora es un requisito, pues se ha reconocido la importancia de considerar a todos los pueblos del mundo como parte insustituible de la humanidad. Por tanto, la dificultad estriba en cómo despojarse de los modelos impositivos para que se construyan auténticos diálogos simétricos y que las variadas expresiones morales puedan difundirse para que cada persona y cada pueblo acepte, rechace o modifique ese contenido con base en sus formas de convivencia.

Aunque, como señala Ana Luisa Guerrero, hay postulados surgidos de las propuestas de universalización, los cuales debieran respetarse intracultural y extraculturalmente, como por ejemplo la libertad de elección, entre lo intracultural énfasis a las culturas para las cuales la imposición de costumbres, sobre todo religiosas, constituye una gran losa que dificulta el cambio social. Y entre lo extracultural destaco el modelo económico capitalista que ha ido absorbiendo y transformando gran parte de los sistemas de producción y comercialización, de manera que se ha ido imponiendo el uso todo tipo de artefactos en detrimento de los que tradicionalmente se construían, al grado de que han limitado en gran medida la posibilidad de elección interna.

En ese contexto, los ideólogos del neoliberalismo se valen de ciertas frases para imponer una determinada expresión cultural como si fuera universal, por ejemplo: “esto es por el bien de la comunidad humana” o “es lo mejor que se ha propuesto en la historia”; ideas que no deberían tener tanto peso, pues todos tenemos la capacidad de construir las formas de vida que nos resulten más convenientes, y por eso la importancia de no bloquear la libertad de elección.

Por tanto, si alguna postura externa se presentara como favorable para alguna comunidad, es la cultura propia lo que permitirá aceptarla como un igual diferente y, al mismo tiempo, dice Ana Luisa Guerrero, lo que hace posible respetar la diversidad cultural, ya que lo diferente sólo constituye una extensión de las expresiones humanas. Esto último permite transitar el tema de los derechos humanos de una óptica intercultural hacia una propuesta de ética intercultural.

### **La ética intercultural**

En este punto es fundamental introducir la noción de diferencia, surgida en los diálogos latinoamericanistas, principalmente porque en sus reflexiones Küng no contempla algunas situaciones suscitadas en la historia de nuestra América, donde se ha estructurado una experiencia humana específica que ha orientado una reflexión particular dirigida a la construcción de una ética intercultural que, en buena medida, resulta cercana a las propuestas del pensador suizo.

La ética, de acuerdo con el chileno Ricardo Salas, debe abordar la conflictividad inherente al reconocimiento de la desigualdad cultural y, desde esa base, buscar las formas sociales que garanticen justicia para todos, aunque procedan de comunidades distintas. Esto pone sobre la mesa la dificultad asociada con la conciliación entre diferentes códigos, leyes, culturas, etcétera; esto es, la misma que plantea Küng, pero desde la perspectiva de la filosofía intercultural que se propone desde América Latina. Por ello, es necesario reflexionar sobre una ética discursiva que debe ser sensible a la dinámica contextual, es decir, que no consi-

dera a las culturas como estáticas, algo con lo que seguramente estaría de acuerdo Küng, pero que no desarrolla.

La ética intercultural no sólo trata sobre seres humanos defendiendo su vida, sino también sobre la diversidad de formas culturales y estratos sociales en que se establecen los vínculos entre personas, sean miembros de mayorías o de minorías, pero también entre naciones y estados ricos o pobres, e incluso entre profesores y estudiantes. De ahí la importancia de la interpelación, sobre todo cuando se trata de relaciones asimétricas. Así, la ética de lo humano se debe elaborar con base en categorías relacionales e intersubjetivas en busca de aprehender las formas culturales emergentes. Ello implica comprender las variaciones materiales, tecnológicas y espirituales que se suscitan entre las distintas culturas.

Sin menoscabo del humanismo filosófico, la ética intercultural también aborda lo humano con base en las formas de vida presentes en los diversos contextos culturales, los hasta hoy ignorados por el reducido sector que controla a las mayorías. De manera que uno de los objetivos más destacables es crear espacios determinados por la convivencia, para lo cual es esencial descentrar el propio contexto como un punto privilegiado para observar a los otros y, de esta forma, quebrar la centralidad hegemónica; así que “la interculturalidad es una nueva toma de conciencia cada vez más nítida de que todas las culturas están en un proceso de gestación de sus propios universos de sentido, y que no existe la posibilidad teórica de subsumir completamente al otro en mi sistema de interpretación” (Salas Astrain, 2006: 59).

De acuerdo con Salas Astrain, la ética intercultural es una forma de tematización del *ethos* en el interior de una cultura, con base en los varios niveles de reflexividad que se concretan en sus formas discursivas y los posibles espacios de apertura comunicativa hacia otras expresiones de reflexividad en los diversos contextos culturales. De manera que no es posible encontrar modos de vida en los que no se puedan sobrepasar los registros discursivos básicos, los cuales pueden articular saberes afectivos cotidianos, permitiendo la inclusión de conocimientos más universalizables.

Sin embargo, no se trata sólo de establecer diálogos con las culturas dominantes, sino de que entre las emergentes se den relaciones interculturales, de forma que se configure una ética intercultural que tome en cuenta la historia, los niveles simbólicos, así como los significados razonables y sentidos de las palabras del momento o etapa en la que se produzca; de ahí que en la teoría discursiva de los conflictos morales sean comprensibles los problemas del diálogo, entre ellos, el asimétrico, al que históricamente se han enfrentado las poblaciones de América Latina.

Así, Salas Astrain muestra que el aporte de esta ética discursiva enfatiza el recambio del establecimiento de las relaciones con el otro y entre los otros: “permite dar cuenta de los diversos sistemas de exclusión que se han gestado en los ‘mundos de vida’: una ética intercultural se hace siguiendo una idea que establece una propiedad analógica entre los mundos de vida que permita articular ‘identidad’ y ‘diferencia’, ‘pertenencia’ y ‘distancia’” (Salas Astrain, 2006: 162).

En la ética intercultural, se busca diferenciar a las poblaciones sin lesionar la igualdad, la equidad y la justicia, por lo que, a partir de los contextos específicos, hay un planteamiento de los conflictos para que se resuelvan, no para que se agraven, debido a que toma en cuenta el exagerado peso de los radicalismos, tanto los particularistas como los universalistas, ya que por lo general son imposiciones nacidas de intereses de los poderosos.

Finalmente, existen cinco criterios definidos por Salas Astrain para guiar el diálogo intercultural, según los cuales:

- 1) La regulación de todo discurso intercultural exige criterios que se derivan de principios formales y abstractos, así como de las características del propio contexto, porque la universalidad ética surge de una doble fuente.
- 2) Es preciso aceptar que la comunicación intercultural es siempre un producto inestable de la interconexión de contextos específicos que definen las relaciones estructurales de los interlocutores, de modo que para poder generar un verdadero intercambio discursivo es preciso partir de las formas argumentativas existentes históricamente

*de facto*, y no disolverlas en un modo abstracto, para lograr un mismo nivel de racionalidad discursiva.

- 3) Todo diálogo intercultural requiere partir de los intereses de los diversos sujetos y comunidades en fricción en una escala histórica, de modo que exige situar siempre los intereses divergentes de todos los implicados: pasados, actuales y potenciales.
- 4) Toda comunicación contextual requiere ser analizada a partir de la brecha entre todos los conflictos existentes y los que se pueden resolver entre los sujetos y comunidades, lo que implica definir como prioritarios aquéllos que pueden resolverse.
- 5) No hay posibilidad de recurrir a un tipo de respuesta que anule la pretensión intercultural a la comprensión mutua, por lo cual el criterio regulador que se sigue es que todo recurso a la violencia queda descartado en el proceso de definir las normas contextuales, lo que exige de todos los interlocutores un rechazo a la violencia para mantener sus posiciones de poder.

Con base en los criterios expuestos por Ricardo Salas Astrain, además de las propuestas de Hans Küng, la dificultad de mejorar en la construcción de una ética mundial, así como en una de carácter intercultural, consiste en avanzar en medio de las interpretaciones religiosas y los radicalismos ético-morales y culturales impuestos por pequeños grupos que controlan la mayoría de las actividades productivas y económicas, y que además, en cierta medida, participan en la toma de decisiones políticas, por lo que al defender sus intereses imponen formas de acción convenientes para sí mismos. Pese a ello, la moral y la ética se constituyen como ideas guía que buscan superar la inmovilidad social.

Sólo resta señalar que algunas teorías éticas fueron enunciadas por pensadores movidos por un profundo deseo de mejorar la convivencia, pero que, teniendo su cultura como centro reflexivo, no pudieron considerar otras formas de vida en gestación permanente, que son las que ahora reclaman el pleno reconocimiento de su identidad.

Desde esa base, cabe afirmar que las propuestas para una ética mundial al estilo Hans Küng se deben nutrir de la ética intercultural, que toma en cuenta los procesos de cambio que experimentan casi todas las

culturas, así como el mundo de los sentidos de expresión y, con ello, los diálogos asimétricos, lo que Arturo Andrés Roig (2002b) denominó culturas emergentes. De este modo, será posible ir construyendo los puentes necesarios para crear un mundo convivencial que vaya incluyendo al mayor número de culturas posible y que, en el interior de éstas, se produzca el giro necesario hacia el respeto a la igualdad y a la propia diferencia interna, así como hacia un trato justo y la justicia.

## CONCLUSIONES

Esta investigación tiene como punto central abordar los conflictos humanos que surgen en el interior de los movimientos de contrapoder. Esto es, de los grupos que se generan para defender los derechos sociales en contra de dirigentes políticos y de políticas públicas que han dañado su modo de vida, impidiendo tener una existencia digna. Desafortunadamente, como se expuso al inicio, en estos grupos hay luchas por la obtención del liderazgo y, en no pocas ocasiones, se reproducen las tendencias de control social y obtención de beneficios particulares.

Así, abordar las características de lo moral, considerando sus orígenes, particularidades e incluso la relación que guarda con otras actitudes humanas, como la empatía y el altruismo, se presentó como una exigencia. Por este motivo, aunque el tema de las paradojas que surgen en los movimientos sociales de contrapoder o poder alternativo no aparece a lo largo de toda la investigación, es la base que guía las reflexiones expuestas.

Con base en la investigación realizada, es posible señalar que en la actualidad se mantiene un modo de vida que se basa en los intereses de unos cuantos, quienes promueven las luchas por el control de territorios y la riqueza natural, propiciando las guerras étnicas, las batallas políticas, los enfrentamientos comerciales y, en general, los abusos que

se cometen contra las poblaciones alejadas de los puestos de decisión política de sus respectivos grupos o naciones.

Es por este motivo que, a pesar de las diferencias visibles que se pueden citar al abordar los diferentes conflictos sociales regionales y mundiales, son perceptibles ciertas similitudes en el accionar humano, por ejemplo, el control, la dominación, el abuso y la exclusión. Por lo señalado, al reflexionar sobre los problemas sociales de América Latina, se me presentó como necesario abordar algunos aspectos de la especie humana, ya que, en la época de la globalización, no es viable tratar los problemas como si estuvieran aislados. Con esa base, posteriormente, abordé los casos de nuestra región.

Así, en todas las épocas, salvadas las diferencias, se han experimentado conflictos, guerras y, en general, problemas sociales; empero, de manera semejante, también se han desarrollado acciones positivas, esto es, formas de convivencia cuyas prácticas se han incentivado, debido a que han contribuido a solucionar conflictos, ayudar a los más desvalidos o a mantener una convivencia pacífica. Entender el desarrollo de las acciones que contribuyeron a la sobrevivencia de la especie es de suma importancia. Por ese motivo, el trabajo se enfocó en el tema de lo moral y la relación que guarda con aspectos como la empatía, el altruismo, la cooperación, así como con otras actitudes humanas. Es por ese motivo que al final se abordó el tema de la ética intercultural, ya que es una propuesta latinoamericana que busca fortalecer las tendencias humanas de respeto e inclusión.

Por lo expuesto, esta investigación apunta a fortalecer las propuestas tendientes a incentivar y, ¿por qué no?, a consolidar una mejor convivencia. Para ello, se partió del análisis de las conductas prosociales que permitieron el desarrollo de la especie humana, grupo que en un principio no tenía mayor impacto en la naturaleza que las demás mandadas de animales, pero que con el paso del tiempo dicha creatividad no sólo ha generado un mundo de confort, sino que también ha dado lugar al peligro de extinción, ya sea por una o varias guerras mundiales o por la acción de la naturaleza que, al readecuarse por los abusos en su contra, puede provocar una reacción que resulte en una catástrofe para la humanidad.



Por ello, otro de los objetivos centrales consistió en abordar las características de diversas conductas, como el altruismo, la empatía, que, en combinación con la creatividad humana y la razonabilidad, dieron paso a valoraciones de las acciones positivas, esto es, a las que permitieron la sobrevivencia de la especie y su desarrollo, ya que siempre se han incentivado las acciones que conducen a una convivencia de respeto e inclusión, pues han sido óptimas para llegar hasta el momento actual.

Así, abordé la problemática en torno a lo moral, empezando con todo aquello que se podría considerar su origen. Cabe destacar que pueden encontrarse algunas orientaciones sobre lo humano al estudiarse el comportamiento animal, principalmente el de los primates superiores; sin embargo, con base en los autores consultados, entre ellos Adolfo Sánchez Vázquez (2016; 2003; 1998), Xavier Zubiri (1991), José Ortega y Gasset (2004), e incluso Paul Bloom (2018), pude concluir que comportamientos como el compañerismo, la solidaridad e incluso la empatía forman parte del repertorio de conductas humanas en tanto integrante del reino animal; empero, y esto es muy importante, lo moral se construye mediante el aprendizaje y la creatividad que brinda la posibilidad de elección.

Las actitudes prosociales que permitieron la continuidad de la especie fueron incentivadas y modificadas para mayor seguridad del grupo, de ahí su diversidad, pues a pesar de que los peligros enfrentados por el humano para su subsistencia eran parecidos, la manera de resolverlos mostraba rasgos particulares en cada pueblo. Asimismo, resulta necesario considerar actitudes como el control y la dominación, tanto de la naturaleza como de sus semejantes.

Para estudiar dicha tendencia a subyugar a sus congéneres, se recurrió al principio de apropiación-seguridad, de acuerdo con el cual el ser humano consigue protegerse de los peligros naturales del medio cuando se apropia del entorno geográfico, incluyendo a las especies vegetales y animales, de tal manera que modifica la naturaleza al crear objetos que le resultan útiles para su seguridad.

Por otra parte, durante la convivencia cotidiana, en la que el compañerismo y la solidaridad han sido fundamentales para la sobrevivencia, cabe destacar la interacción social necesaria para el reparto de

alimento, pieles, así como para la selección de un lugar adecuado para pernoctar a salvo de los peligros naturales, sin olvidar que a través de dicha interacción se fueron perfilando las posteriores actitudes de control y dominación, pero también de autonomía y liberación, acciones que delinearon lo que más adelante se conocería como democracia; no obstante, la obtención de más bienes que los demás, esto es, más comida, pieles, etcétera, no implica una tendencia a la dominación, sino simplemente que no había ninguna medida, patrón o precepto que indicara qué era lo justo, de modo que la tendencia a la dominación también es producto del aprendizaje y la creatividad, sólo que con base en una actitud denominada como egoísmo.

En este sentido, la actitud egocentrista que conduce a la dominación requiere para su ejercicio la posesión de un puesto de privilegio social, el cual puede obtenerse de diversas maneras; aunque, como señala Luis Villoro (2013), no es común a todos los integrantes, y de ahí que se refuerce esa idea recurrente entre la mayoría de los políticos actuales de que al poder se llega por cualquier medio y se mantiene a cualquier costo. Lo que lleva a concluir que las conductas solidarias, así como las tendentes al control, son aprendidas; pero, dada la permanencia de nuestra especie, es posible señalar que la tendencia a cuidar del grupo ha sido la más practicada a pesar de que se hayan desarrollado infinidad de armas que amenazan con acabar con la vida humana.

Por esta problemática surgieron preguntas sobre el comportamiento moral, sus bases, sus características, así como acerca de la importancia de continuar incentivándolo. Para responder a todo ello, se procedió, en primera instancia, a la revisión de las ideas de Adolfo Sánchez Vázquez, quien señaló que lo moral principia cuando se abandona el estado de naturaleza pura, lo que acontece cuando se adquiere un cierto grado de conciencia de que se pertenece a una colectividad, y se concreta con el trabajo propio de la fabricación de herramientas, esto es, en la cultura material; sin embargo, a las ideas del filósofo mexicano agregó la importancia de la individualidad y la cultura inmaterial, es decir, la estratificación social, ya que en ella, en buena medida y desafortunadamente, se han sustentado las ideas del individualismo, así como de la presunta superioridad de unos grupos sobre otros.

En este sentido, el comportamiento moral se presenta a través de un proceso de transmisión-formación y esperanza de aceptación en el que las actitudes que fomentan la integración grupal son reconocidas. Así, siguiendo las ideas expuestas por Frans de Waal (2014; 2010; 1997), Jeremy Rifkin (2010), etcétera, es posible apuntar que las cualidades morales personales, como la cooperación, altruismo y empatía, eran lo propio y al mismo tiempo lo compartido por la mayoría de los miembros de la tribu.

Un punto importante es que lo moral sólo se puede estimular, nunca imponer, por trascendente o valioso que sea para la humanidad, ya que al forzar su aceptación se estará incurriendo en coacción, lo que limitará nuestro accionar y el libre albedrío. Por el contrario, las acciones altruistas y la empatía, desde una propuesta convivencial, deben promoverse a fin de incentivar una toma de conciencia.

El comportamiento moral se basa en las actitudes que han contribuido a mejorar la convivencia humana, debido a ello y para fortalecerlo, actualmente se han postulado valores como la equidad, la igualdad, el trato digno, la aceptación de la diferencia, la justicia, etcétera, planteamientos que no son novedosos, pero que han sido sujetos a manipulación y menoscabo, ya que históricamente se han impuesto, aunque no totalmente, prácticas y valores provenientes de un grupo de naciones de Europa, así como de Estados Unidos, lo que ha llevado a considerar las expresiones culturales de otras poblaciones que no comparten sus estándares como inferiores.

No obstante, lejos de considerar unas prácticas morales mejores que otras, procedí a preguntarme por los elementos que contribuyen a la convivencia pacífica. Para responderlo, comencé por asumir al ser humano como un ente tripartito, conformado de emociones, razón y espíritu, el cual, por el solo hecho de estar en el mundo, cotidianamente enfrenta problemas de diversa índole, por lo que es necesario conceder la debida importancia al control de las emociones que, como expuse, no deben considerarse como negativas *a priori*, identificándolas con actitudes egoístas, de agresividad, etcétera, pues también pueden asociarse con la nobleza, con la capacidad de compartir la felicidad, entre otras posibilidades, por lo que es esencial reflexionar sobre las motivaciones

personales o grupales para llevar a cabo determinada acción. Así, es posible abrir un espacio a la acción del espíritu, esto es, a la actitud que busca la armonía del ser humano consigo mismo, con sus semejantes y con su entorno natural.

Una buena manera de armonizar emociones, razonamiento y espíritu es guiarse por el aprendizaje y las concepciones sobre lo justo, la convivencia armónica y el respeto a la diversidad, ya que las leyes, reglas, normas morales, etcétera, han sido propuestas por la tendencia a querer vivir, pues, como señaló Wázcar Pérez Verduzco (2018), desde la más remota antigüedad el ser humano ha creado un repertorio de reglas y conductas morales que se mantienen con pocas variaciones en el tiempo y por lo cual tienden a la universalidad.

Empero, no sólo se trata de mantener la vida, sino de que la convivencia sea pacífica; por ello, en el aprendizaje y la creatividad humana no sólo deben incluirse las creaciones técnico-científicas, sino también pautas de comportamiento social como la equidad, la justicia, el respeto a la diferencia, además de las instituciones ocupadas de vigilar su cumplimiento.

Para que el cumplimiento de lo más positivo para la convivencia pacífica prepondere, es necesario que se continúe difundiendo lo mejor del pensamiento humano, razón por la que debo insistir en que el compañerismo, la solidaridad, la empatía y la confianza son tendencias por promover, ya que están basadas en la comprensión y el reconocimiento de la otredad. A través de ello será posible establecer un equilibrio en la convivencia dado que así resulta más probable que los integrantes de la sociedad obtengan beneficios similares.

Por tanto, alimentar, generar o incrementar el compañerismo, el acompañamiento y, en general, la seguridad de que los otros van a apoyar permitirá resolver los problemas actuales; muestra de ello es la colaboración ejemplar que las personas han mostrado a escala mundial por el bien de la ecología y de la permanencia de la vida en el planeta.

El ser humano ha sido capaz de alcanzar un alto desarrollo humanístico y civilizatorio, así como de generar los problemas por los que atravesamos, aunque, por lo mismo, también es competente para encontrar soluciones; de ahí la importancia de destacar su identidad tripartita,

pues emociones, razón y espíritu son características que diversos pensadores han destacado, generalmente, de forma separada; sin embargo, la armonización entre ellas puede permitir la sensibilización necesaria para que establezcamos una convivencia armoniosa.

Desafortunadamente, se ha disociado al ser humano, analizando aspectos específicos de su identidad, por lo que, según se cree, la razón y las emociones no se vinculan en sus actividades, lo cual es un error evidente. Lo mismo ocurre con el espíritu, al que se ubicó en el terreno de lo trascendente, de todo aquello que supuestamente está más allá de los sentidos. Como ejemplo de la indisoluble unidad tripartita que destacamos a la filosofía bantú, en donde la espiritualidad se concibe como relacional, sustentada en la convivencialidad. Para comprender mejor esta propuesta, acudo al filósofo Omer Batutu Batubengue (s. a.), quien señala que la vida interior se experimenta de manera más profunda con base en las relaciones y actividades que se establecen de manera cotidiana con los otros seres, humanos o no.

Así, a pesar de que en la vida social existe la controversia, la convivencia humana está guiada por el mantenimiento de relaciones pacíficas. Por eso el camino a la espiritualidad inicia con la paz interna y la cordialidad social, para lo cual es necesario confiar en las personas de nuestro alrededor. En este sentido, en la filosofía bantú la experiencia espiritual consiste en la capacidad de establecer un lazo fuerte entre el ser humano y su sentido como ser convivencial, lo que puede conducir a consolidar una visión nosótrica, esto es, una concepción humana en la que se construya la noción de unidad social.

No hay que olvidar que en la filosofía bantú sí hay contacto con seres no perceptibles con los cinco sentidos; empero, ello sólo es un ejemplo de que, aunque el campo espiritual tiene un ámbito específico de actividad, esto es diferente a señalar que por eso la razón y las emociones se encuentran separadas, y, aunque cada cual tiene un desempeño específico, nunca dejan de estar relacionadas, pues forman un todo indisoluble en el cuerpo humano.

Cada persona es valiosa, como indicó Arturo Andrés Roig (2002a; 2002b), pero, para fortalecer una concepción unitaria, es necesario considerar las diversas propuestas morales; de ahí la importancia de la ética

intercultural, pues, como indica Ana Luisa Guerrero (2000), se sustenta en un universalismo tenue y, precisamente por ello, consistente, abierto a determinados márgenes de pluralidad, significación e interpretación que sólo podrán ser adquiridos por medio del acuerdo entre las diferentes culturas, lo que supone el establecimiento de diálogos y continuas comunicaciones.

No obstante, la propuesta de una ética intercultural no está desligada de una propuesta previa, la de una ética mundial, razón por la cual se retomaron las ideas de Hans Küng (1999), quien apunta que, en primer lugar, los intereses nacionales deben ceder su lugar a los de la población, de manera que el objetivo debiera ser el bienestar del pueblo, para lo cual hay que trabajar en lo justo y en la justicia que, en buena medida, parten de las relaciones cotidianas. De ahí que un aspecto fundamental es lo que se considera una regla de oro, la que, expresada inicialmente por Confucio (551-479 a. C.), encuentra eco en las más diversas culturas y religiones y que se puede resumir en las siguientes palabras: No hagas a los demás lo que no quieren que los demás te hagan. Dicho precepto motiva a vivir una existencia de cordialidad, de búsqueda y establecimiento de acuerdos, consensos y, en definitiva, que apunta a la posibilidad efectiva de mejorar la vida humana.

Esta última idea también encuentra sustento en la ética intercultural que propone considerar a las poblaciones emergentes, esto es, las expresiones y prácticas morales que han sido negadas y que no tienen representación a nivel mundial. Por ello, así como la importancia de considerar todas las expresiones culturales, es necesario señalar que además de estar presentes, sus preferencias y prácticas continúan transformándose, por lo cual es importante tomar en cuenta los cambios que se están llevando a cabo.

La ética intercultural reconoce la diversidad de las poblaciones, aunque sin lesionar la igualdad, la equidad y la justicia solidaria e incluyente. Por esta razón, Ricardo Salas Astrain señala que el diálogo intercultural requiere partir de los intereses de los diversos sujetos y comunidades en fricción, de modo que, para llevar a cabo un correcto diálogo, es necesario ubicar los intereses históricos divergentes de todos los implicados.

Sólo resta señalar que las prácticas prosociales y, posteriormente, morales que los distintos grupos humanos han implementado desde sus inicios han respondido a las necesidades de sobrevivencia y, con ello, a mantener una convivencia pacífica, lo que permitió que el aprendizaje y la creatividad se desplegaran, dando lugar al desarrollo de nuestra especie. De modo que las exigencias actuales no difieren mucho de las de nuestros ancestros, ya que mantener la unidad, respetando la diversidad cultural, tiene como fondo salvaguardar la existencia de todos los grupos humanos y no sólo de quienes se consideran importantes, por lo que al evitar nuestra destrucción también se estará remediando la catástrofe del planeta.





## FUENTES

- ap News Afganistán (2021). “Talibán prohíbe matrimonios forzados de mujeres”, 3 de diciembre de 2021. En <<https://apnews.com/article/268a67c2f41637bb42d9a02ed540a77f>> (fecha de consulta: 24 de septiembre de 2022).
- Aristóteles (1974). *La política*. Trad. de Patricio Azcárate. Madrid: Espasa-Calpe.
- Barón-Cohen, Simón (2012). *Empatía cero. Nueva teoría de la crueldad*. Trad. de Emma Santoyo. Madrid: Alianza.
- Batubengue, Omer Buatu (s. a.). “La vivencia espiritual y el sentido de la vida humana. Una experiencia desde la cosmovisión africana y latinoamericana” (inédito).
- (s. a.). “El sentido del concepto bantú usado en la filosofía africana” (inédito).
- BBC News (2021). “8 preguntas para entender por qué pelean israelíes y palestinos”. *BBC News*, 15 de mayo de 2008. Actualizado el 12 de mayo de 2021. En <<https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-44125537>>.
- Berman, Morris (2004). *Historia de la conciencia. De la paradoja al complejo de autoridad sagrada*. Trad. de Verónica Matta y Renato Valenzuela. Santiago de Chile: Cuatro Vientos.

- Bloom, Paul (2018). *Contra la empatía. Argumentos para una compasión racional*. México: Taurus.
- Cerutti Guldberg, Horacio (2015). *Posibilitar otra vida trans-capitalista*. México: CIALC-UNAM.
- Cueto, José Carlos (2021). “Afganistán: en qué se diferencian al Qaeda, el Talibán y Estado Islámico”. *BBC News Mundo*, 30 de agosto de 2021. En <<https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-58357236>> (fecha de consulta: 2 de septiembre de 2021).
- De Waal, Frans (2014). *El bonobo y los diez mandamientos. En busca de la ética entre los primates*. Trad. de Ambrosio García Leal. México: Tusquets.
- (2010). *La edad de la empatía*. Trad. Harmony Books. México: Tusquets.
- (1997). *Bien natural*. México: Herder.
- Echeverría, Bolívar (2001). *Definición de cultura*. México: FFYL-UNAM/Itaca.
- Engels, Federico (1980). “El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre”, en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas*. Moscú: Progreso, pp. 371-382.
- Erözden, Can (2021). “Atleta bielorrusa pide asilo en Japón tras ser forzada para dejar los Juegos Olímpicos”, en *Anadolu Agency (AA)*, 2 de agosto de 2021. En <<https://www.aa.com.tr/es/mundo/atleta-bielorrusa-pide-asilo-en-jap%C3%B3n-tras-ser-forzada-para-dejar-los-juegos-ol%C3%ADmpicos/2322112>>.
- Fals Borda, Orlando (2009). *Una sociología sentipensante para América Latina*. Bogotá: Siglo del Hombre/Clacso.
- Fernández-Berrocal, Pablo (2021). *Inteligencia emocional. Aprender a gestionar las emociones*. Eslovenia: EMSE/EDAPP.
- Freire, Paulo (2006). *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI.
- Gardner, Howard (1987). *Estructuras de la mente. La teoría de las inteligencias múltiples*. México: FCE.
- Gehlen, Arnold (1987). *El hombre, su naturaleza y su lugar en el mundo*. Salamanca: Sígueme.
- Ghiglieri, Michael P. (2005). *El lado oscuro del hombre, los orígenes de la violencia masculina*. Trad. de José Chabás. Barcelona: Tusquets.

- Goleman, Daniel (1985). *La inteligencia emocional*. México: Piolín.
- Guerrero Guerrero, Ana Luisa (2011). *Hacia una hermenéutica intercultural de los derechos humanos*. México: CIALC-UNAM.
- Harari, Yuval Noah (2014). *De animales a dioses. Breve historia de la humanidad*. Trad. de Joan Domènec Ros. México: Debate.
- Innerarity, Daniel (2004). “La ética indolora: en busca de una moral sin inconvenientes”, en *Antropología, Tiempo de Lectura*, 25 de marzo de 2004. En <<https://www.bioeticaweb.com/la-actica-indolora-en-busca-de-una-moral-sin-inconvenientes-d-innerarity/>> (fecha de consulta: 7 de abril de 2020).
- James, William (1994). *Las variedades de la experiencia religiosa*. Trad. de J. F. Yvars. Barcelona: Península.
- Küng, Hans (1999). *Una ética mundial para la economía y la política*. Madrid: Trotta.
- La Jornada Sin Fronteras* (2020). “La pobreza y la violencia; un cóctel explosivo que atiza el desplazamiento y la migración en México”. *La Jornada Sin Fronteras*, 10 de febrero de 2020. En <<https://www.jornada.com.mx/sin-fronteras/2020/02/11/la-pobreza-y-la-violencia-un-coctel-explosivo-que-apura-exodos-de-poblacion-en-mexico-1986.html>>.
- Landmann, Michael (1978). *Antropología filosófica*. México: UTEHA.
- Lipovetsky, Gilles (1998). *El crepúsculo del deber: la ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*. Trad. de Juana Bignozzi. Barcelona: Anagrama.
- Magallón Anaya, Mario (2012). *Reflexiones éticas y políticas de filosofía desde un horizonte propio*. México: CIALC-UNAM.
- Maldonado Aranda, Salvador (2012). “Drogas, violencia y militarización en el México rural. El caso de Michoacán”. *Revista Mexicana de Sociología* 74 (1), enero-marzo de 2012. En <[http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0188-25032012000100001](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-25032012000100001)>.
- Mayer, John y Peter Salovey (1990). “Emotional Intelligence”. *Imagination, Cognition, and Personality*, 9 (3), 1990: 185-211.
- Mejía Rendón, Joan Sebastián (2018). “El otro lado de la técnica: diferencias y similitudes entre técnica animal y técnica humana”. *Trilo-*

- gía Ciencia Tecnología Sociedad* 10 (18), 2018: 63-77. En <<https://www.redalyc.org/journal/5343/534367758005/html/>>.
- Montaigne, Michel de (1941). *Ensayos*. Trad. de Constantino Román y Salomero. Buenos Aires: Losada.
- Mora Martínez, Roberto (2022). *Contrapoder y dominación: la paradójica experiencia del poder en lo político*. México: CIALC-UNAM.
- Muñoz Oliveira, Luis Humberto (2015). “Los significados de ‘razonabilidad’ y una ruta razonable para alejarnos de la injusticia”. *Argumentos* 28 (79). UAM-Xochimilco, septiembre-diciembre de 2015: 69-76.
- ONU Mujeres y Unstereotype Alliance (2020). “Violencia doméstica durante la Covid-19. Herramienta de orientación para empleadores, empleadoras y empresas”, junio de 2020. En <<https://mexico.unwomen.org/sites/default/files/Field%20Office%20Mexico/Documentos/Publicaciones/2020/Junio%202020/Violencia%20domstica%20durante%20la%20COVID19%20Herramienta%20de%20orientacin%20para%20empleadores%20empleadoras%20y%20empre.pdf>>.
- Ortega y Gasset, José (2004). *El tema de nuestro tiempo. Obras completas (1917-1925), t. III*. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset/Taurus/Santillana.
- Real Academia de la Lengua Española (RAE) (2014). *Diccionario de la lengua española*. 23<sup>a</sup>. ed. Madrid: RAE.
- Ridley, Matt (2010). *Qué nos hace humanos*. México: Taurus.
- Rifkin, Jeremy (2010). *La civilización empática*. Trad. de Genis Sánchez Barberán y Vanesa Casanova. México: Paidós.
- Roig, Arturo Andrés (2002a). “Prolegómenos para una moral en tiempos de ira y esperanza”. Arturo Andrés Roig, *Ética del poder y moralidad de la protesta. Respuestas a la crisis moral de nuestro tiempo*. Mendoza: EDIUNC.
- (2002b). “La conducta humana y la naturaleza”, en Arturo Andrés Roig, *Ética del poder y moralidad de la protesta. Respuestas a la crisis moral de nuestro tiempo*. Mendoza: EDIUNC.
- (1981). *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*. México: FCE.

- Salas Astrain, Ricardo (2006). *Ética intercultural*. Quito: Abya-Yala.
- Salazar Bondy, Augusto (1995). “Dominación, valores y formación humana”, en Augusto Salazar Bondy, *Dominación y liberación. Escritos 1966-1974*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM), pp. 141-152.
- Sánchez Vázquez, Adolfo (2016). *Ética*. México: Debolsillo.
- (2003). *Filosofía de la praxis*. México: Siglo XXI.
- (1998). *El mundo de la violencia*. México: FFyL-UNAM/FCE.
- Savater, Fernando (1992). “La humanidad en cuestión”, en Gianni Vattimo (comp.), *La secularización de la filosofía. Hermenéutica y posmodernidad*. Barcelona: Gedisa, pp. 259-274.
- Singer, Peter (2011). “Darwin y la ética”, en Julian Baggini y Jeremy Stangroom (eds.), *Lo que piensan los filósofos*. Madrid: Paidós, pp. 23-32.
- Spinoza, Baruch (2005). *Ética demostrada según el orden geométrico*. Trad. y notas de Gustavo Sidwell. Buenos Aires: Terramar.
- TELESUR (2015). “ACNUR: Mayoría de migrantes en Europa huyen de la guerra”, *Noticias/Mundo*, Telesurtv.net, 30 de diciembre de 2015. En <<https://www.telesurtv.net/news/-ACNUR-mayoria-de-migrantes-en-Europa-huyen-de-la-guerra-20151230-0048.html>> (fecha de consulta: 6 de febrero de 2020).
- Thorndike, Edward L. (1920). “Intelligence and its Use”. *Harpers Magazine*, 140, 1920: 227-235.
- Uribe, Germán (2005). “La violencia como motor de la historia”. *El Tiempo*, 15 de julio de 2005. En <<https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1959312>>.
- Valderas, José María (2020). *La conciencia*. Madrid: National Geographic.
- Verduzco Frago, Wázcar (2018). “Conciencia moral, decisiones morales y empatía”. *Academia, Ciencia y Cultura*, 10 (4), octubre-diciembre de 2018: 178-185.
- Villoro, Luis (2013). “Lo racional y lo razonable”. Luis Villoro, *Los retos de la sociedad por venir*. México: FCE, pp. 205-222.

- Waal, Frans de (2014). *El bonobo y los diez mandamientos. En busca de la ética entre los primates*. Trad. de Ambrosio García Leal. México: Tusquets.
- (2010). *La edad de la empatía*. Trad. Harmony Books. México: Tusquets.
- (1997). *Bien natural. Los orígenes del bien y del mal en los humanos y otros animales*. Trad. de Isabel Ferrer. Barcelona: Herder.
- Zubiri, Xavier (1991). *Inteligencia sentiente. Inteligencia y realidad*. Madrid: Alianza-Fundación Xavier Zubiri.

*Contrapoder y moral. Una perspectiva desde América Latina* se terminó de imprimir en octubre de 2023, en los talleres de Ediciones y Gráficos Eón, S.A. de C.V., Av. México-Coyoacán núm. 421, Col. Xoco, C.P. 03330, Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México. Tel.: 55 5604-1204. <[www.edicioneseon.com.mx](http://www.edicioneseon.com.mx)>. La edición consta de 500 ejemplares.

